Simón Bolívar, forjador de victorias

Richard José Lobo Sivoli

COLECCIÓN BOLÍVAR XXI



Simón Bolívar, forjador de victorias

Richard José Lobo Sivoli

Prólogo

Jehyson José Guzmán Araque



COLECCIÓN BOLÍVAR XXI



Cuidado de la edición
Yessica La Cruz

Corrección
Miguel Raúl Gómez

Diseño de portada
Alejandro Calzadilla

Diagramación
Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-7975-14-8
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2022001799

Esta obra está dedicada a mi maestro,
el historiador Nelson José Barrolleta Pinto,
quien sembró en mí los más sublimes valores patrios.
A mi hijo, Luis Miguel,
para que siempre esté orgulloso
de haber nacido en tierra de heroínas y libertadores.

Índice

Prólogo

Simón Bolívar, forjador de victorias es una obra que reúne las investigaciones y publicaciones del autor a lo largo de su carrera académica, cuyo objetivo fundamental es el estudio a la personalidad del Libertador Simón Bolívar, para comprender cómo en momentos coyunturales de su vida logra generar una serie de cualidades que incidieron en el desarrollo de su aguda visión estratégica, logrando así desenvolverse en dos escenarios que fueron claves para lograr la independencia definitiva de la América meridional.

Entrada la primera mitad del siglo XIX, la Europa occidental estaba atravesando una crisis política sin precedentes producto de la expansión del imperio napoleónico, la cual, desde luego, se reflejó en el nuevo continente. En el caso particular de la Capitanía General de Venezuela, en el año de 1810 se levantaron banderas en apoyo a los derechos del rey Fernando VII de España, pero bastó tan solo un año de intensos debates y discusiones para que un grupo de jóvenes provenientes de la oligarquía criolla, agrupados en una asociación llamada la Sociedad Patriótica, promovieran en julio de 1811 la firma de un acta que declara a Venezuela independiente de la Corona española, documento legal que daría paso a la redacción de la primera constitución de la República meses más tarde. Como consecuencia de ello comienza una lucha armada entre el Imperio español y la República de Venezuela. El primero luchaba por mantener su colonia; y el segundo, por lograr su libertad.

Así comenzó a nacer un sentimiento nacional reprimido durante trescientos años que buscaba encontrarse con su propia nacionalidad. Entendiendo que estas acciones conllevarían a una lucha armada, los patriotas comienzan a organizar un ejército que fuese capaz de enfrentar a tan gigante contendiente. El marqués del Toro y el generalísimo Francisco de Miranda fueron los primeros llamados a crear y dirigir el ejército patriota, pero lamentablemente el primer ensayo por construir una República y un ejército fracasan. Años más tarde sería el general Simón Bolívar quien capitalizaría el mando indiscutible de las acciones

bélicas y políticas. La historia fue testigo de cómo el Libertador fue incrementando sus conocimientos sobre las artes políticas, militares y estratégicas, gracias a lo aprendido al lado de insignes maestros y lo estudiado en los clásicos de guerra del momento, que muy pronto pondría en práctica en los campos de batalla y en la cotidianidad civil cuando la ofensiva era política.

Es necesario comprender que aún quedan vacíos por descubrir de nuestra historia independentista, aunque ha sido intenso el trabajo intelectual durante estos últimos doscientos años. Este contexto le asigna una gran responsabilidad a esta obra, que más que crear nuevos conceptos aplicables a la historia militar, revela hechos que servirán para fundamentar la nueva doctrina militar venezolana. Bolívar y el aparato político y militar que se comienza a crear a partir del año 1813, y posteriormente en 1819, serán el objeto de estudio que arroja a luz pública un esfuerzo de creación intelectual que desdibujará el mito que durante muchos años se tejió sobre el Libertador porque, aunque se crea que se ha dicho todo sobre sus hazañas durante la gesta independentista, es ahora cuando lo escrito se debe releer, analizar y crear nuevos conceptos. De esta manera hallaremos que el pensamiento del ilustre caraqueño, actualmente reivindicado en toda la América y el mundo, cobra cada vez más vigencia a la luz de los historiadores contemporáneos y del pasado más inmediato.

Entendiendo que siempre será una tarea difícil, esta obra trata de ir más allá, realizando un estudio historiográfico de carácter agudo, el cual permitirá generar conocimientos que sirvan de referencia a los estudiosos de la historia política y militar de la América meridional de principios del siglo XIX. La formación política y militar de Bolívar debe ser punto de partida para poder comprender cómo un hombre perteneciente a la alta sociedad caraqueña abandona toda una vida de lujos y excesos para convertirse en un líder que rompe con toda la herencia de sus antepasados españoles. Los modelos políticos y militares que enfrentaría provenían de siglos de transculturización e implantación del modo de vida europeo (occidental) que permitieron arraigar en Venezuela las instituciones según los reglamentos de la Corona española. Es por ello que se estudian algunos antecedentes históricos para conocer

cómo las llamadas Reformas Borbónicas inciden en la conformación de un ejército nacional y en las milicias. Partiendo de allí se enfoca este estudio hasta llegar al ejército libertador de Bolívar, los primeros ensayos para la organización de un ejército nacional y del ejecutivo impulsado por los hombres del 19 de abril de 1810 durante el período conocido como Primera República.

Bajo estas premisas se hace imperiosa la necesidad de analizar la visión estratégica desarrollada por Simón Bolívar durante su aparición en el escenario de los cambios que sufría la Capitanía General de Venezuela y durante la construcción de una patria soberana. Bolívar, sin duda alguna, supo definir el rumbo que debía tomar la Patria Grande, planteándose los objetivos fundamentales para concretar su proyecto, aprender de los aciertos y desaciertos para replantear sus acciones, usar todos los conocimientos adquiridos en los estudios tradicionales como también lo aprendido en los campos de batalla y en las zonas geográficas donde alcanzaba su deseo libertario. De esta manera lograría proyectar un futuro posible que no era otro sino el ver a su patria libre del cualquier yugo imperial extranjero; así logró obtener una visión estratégica y comprender que a cada acción militar le seguía una acción política.

La primera parte de este trabajo trata de despertar el interés en nuestras instituciones académicas y castrenses por el rescate de la historia política y militar venezolana, más desde el punto de vista académico y científico que desde el anecdótico. Esta investigación busca conocer los factores y circunstancias que incidieron en Bolívar para que se desarrollara su vocación hacia la carrera de las armas y la política. Su ambiente familiar, por ejemplo, de larga trayectoria en la vida pública tanto en España como en la colonia combinando sus quehaceres en el estamento militar, político y comercial. Caracas sería una de las ciudades más importantes de la Capitanía General de Venezuela, y es por ello importante conocer algunos rasgos de sus quehaceres sociales y militares a fin de comprender el ambiente donde comenzó a desarrollar sus facultades.

De gran valor para este trabajo fueron las acciones realizadas por Bolívar en la Nueva Granada (1812-1813). A juicio del autor, es el mo-

mento cuando termina de transcender el joven caraqueño de hacendado comerciante a un bizarro estratega conductor de tropas y político en formación. Es aquí donde se puede observar cómo en el terreno de las operaciones armadas aplicaría con gran esfuerzo todo aquello que solo disfrutaba en los libros.

Conducir las tropas de un ejército naciente que por primera vez tomaba un fusil en situaciones extremas, pasando de temperaturas bajas a muy altas sin detener la marcha, hace nacer en Bolívar el suficiente coraje y la convicción necesaria para convertirse en un líder, un jefe de gran estatura moral, con amplios conocimientos en la estrategia, la logística y política. Es así como organizó un ejército libertario, y una vez ungido del mando supremo salió a cumplir con su proyecto independentista. Fueron célebres sus primeras hazañas militares en la Nueva Granada, donde desarrollaría tácticas militares que no correspondían a las de cortes ortodoxas y de simple defensa aplicadas por sus compañeros de armas. El Libertador pronto comprende que, más que la defensa, era el ataque lo que apremiaba; y acumula rápidamente victorias como las de Tenerife, El Plato, Zambrano, Tamalameque, Cúcuta, entre otras. De esta manera, logra el apoyo del Congreso granadino para salir de sus fronteras a libertar a su patria Venezuela.

Bolívar inicia una ambiciosa ruta conocida en la historia como la Campaña Admirable de 1813, atravesando los Andes venezolanos hasta llegar a la ciudad de Caracas dando paso al período político conocido como Segunda República. Fueron prominentes los hechos acaecidos durante esta Campaña: el reconocimiento por el pueblo merideño como Libertador de Venezuela y el decreto de Guerra a Muerte. Luchas armadas como las de Los Horcones, Niquitao y Taguanes dieron a conocer la calidad guerrera de Bolívar, los libertadores y las heroínas, quienes demostraron a los usurpadores la firmeza de una guerra revolucionaria. La Campaña Admirable y toda esa gesta heroica sin duda alguna representa el quiebre del espinazo del Imperio español frente a la conducción heroica de Bolívar y sus guerreros, que dejaron claro el carácter victorioso del pueblo con armas que durante la ruta los vencía una y otra vez.

Tomada la capital de la República, gracias a las maniobras ejecutadas durante la Campaña Admirable, era imperativo darle una forma institucional al ejército y reordenar el ejecutivo nacional. Así, resuelve decretar oficialmente el reglamento sobre sueldos y salarios (10 de octubre de 1813), como también el reglamento para los uniformes, divisas y graduaciones (17 de octubre de 1813) del nuevo ejército, por lo que ya no se podían considerar como simples milicias de paisanos. La naciente república no daría sus primeros pasos con la sanción de una nueva constitución. Bolívar confía al jurista Francisco Javier de Ustáriz la elaboración de un Plan Provisorio de Gobierno, que da garantías sociales y económicas a los ciudadanos y proporciona al Libertador las facilidades para disponer de todo lo referente a los asuntos militares sin ningún tipo de trabas.

Otro momento crucial de esta obra se desarrolla en el contexto de la preparación de la Campaña de la Nueva Granada (1819). El tiempo era un terrible enemigo para el general en jefe Simón Bolívar; la tarea de construir la República no era fácil. La pacificación del Magdalena en la Nueva Granada, la Campaña Admirable, el intento por sostener la Segunda República, su exilio y la expedición de los Cayos fueron enseñanzas para sus futuros triunfos y en especial para las grandes batallas que estaban por venir, como Boyacá, Ayacucho, Carabobo, Bomboná, entre otras. Con Boyacá comenzó Bolívar su paso libertario por los pueblos hermanos para conformar un proyecto de justicia, libertad, igualdades y unión; pero antes de esta batalla, su genialidad se puso una vez más a prueba en su condición de jefe conductor de tropas, permitiéndole ser el arquitecto de un elaborado plan que tomaría por sorpresa al enemigo que hostilizaba al pueblo de la Nueva Granada. Comprendía Bolívar que estas dos naciones eran como hermanas siamesas y que la supervivencia y el destino de ambas estaban íntimamente ligados.

La toma de la provincia de Guayana entre 1816 y 1817 fue la clave para que los planes del Libertador comenzaran a materializarse. Ya contaba Bolívar con una extraordinaria base de operaciones, la cual le permitió generar una serie de condiciones políticas, sociales y económicas para continuar su avance hacia la Nueva Granada. Pero antes debía afrontar el problema de la presencia de las tropas realistas que se

mantenían en constante movimiento por el llano y el centro del país, dando paso a las campañas del Centro y Apure.

Un acierto político antes de la campaña de la Nueva Granada fue convocar al soberano Congreso de Angostura (1819), que daría la autorización para iniciar su plan de liberación del vecino país. De esta manera, una vez derrotado el virreinato, lograría batir al enemigo y así unificaría plenamente los ejércitos de Venezuela y Nueva Granada, cumpliendo además con tres objetivos claves para la independencia total de la América: libertar definitivamente Venezuela con esta acción directa sobre Nueva Granada; abrir las operaciones para la Campaña del Sur; y comenzar a materializar los proyectos manifestados en Jamaica (1815) y en Angostura (1819).

La lucha por la independencia de las colonias españolas en América fue una extraordinaria ruptura a la estructura histórica que se había mantenido durante trescientos años. El enfrentamiento armado que desencadenaron cambios políticos fue intenso y violento; la Corona española por razones geopolíticas, mercantiles y económicas no podía perder las colonias que tanta riqueza le habían generado, pero triunfaría el ardiente deseo de un pueblo que luchó por su libertad de la mano de un gran líder, el Padre Libertador Simón Bolívar, forjador de victorias.

Jehyson José Guzmán Araque

Gobernador del Estado Bolivariano de Mérida
23 de mayo de 2022

Capítulo I

La República y los Bolívar

Una República nacida en leyes

Los dos primeros años luego del memorable 10 de abril de 1810 fueron de intensa actividad para aquellos hombres empeñados en llevar a cabo la meta de ser los arquitectos de una república independiente de la Corona española. En consecuencia, el "orden" en el cual vivían los habitantes de la capital de la Capitanía General de Venezuela fue sacudido drásticamente en todos los campos tanto en lo político, como en lo social y militar. Desde luego, aquel 19 de abril fue un duro golpe dinamizador del rompimiento definitivo con una estructura histórica marcada por trecientos años de dominio español.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, las repetidas conspiraciones e insurrecciones fueron creando las condiciones necesarias, suficientes y favorables para desencadenar un proceso de luchas por las reivindicaciones políticas y sociales. Desde la rebelión de los Comuneros (1781), la insurrección de José Leonardo Chirino (1795), la conspiración de Gual y España (1797), la conjura de Francisco Javier Pirela (1799), la Expedición Libertadora de Francisco de Miranda (1806), así como la conspiración de los mantuanos (1808), dichas revueltas lograron crear un ambiente idóneo para desencadenar los sucesos que materializaron la independencia definitiva de Venezuela el 5 de julio de 1811, puesta en marcha legalmente con la posterior firma del Acta de Independencia y con su primera constitución, sancionada en Caracas el 21 de diciembre de 1811. El torbellino independentista de pronto sacudió las demás regiones del continente, siguiendo Argentina, Nueva Granada, Paraguay, Chile, México y Perú.

Los hombres del 19 de abril de 1810 provenían en su mayoría de familias ligadas a la aristocracia criolla, quienes vieron crecer sus fortunas luego de la abolición del monopolio de la Compañía Guipuzcoana y la

posterior creación del Consulado de Caracas. Estos grupos se dedicaban al comercio del cacao, rubro que a finales del siglo XVII y buena parte del siglo XVIII fue el principal producto de exportación. El dinamismo económico se convirtió en el motor para la formación y consolidación de la aristocracia local.

> En el caso venezolano, la definición de las élites, y más cuando nos acercamos a las postrimerías del siglo XVIII, comporta un elemento algo negativo: en numerosos documentos y actas de sesiones, los representantes de los mantuanos estigmatizan o a sus competidores —los españoles "europeos", o sea a los peninsulares— o a los estratos inferiores de la sociedad colonial (Langue, 2000, 63).

El matiz de las relaciones entre los criollos y los peninsulares a principios del siglo XVIII estaba en un punto crítico: los primeros con poder económico y los segundos con poder político. Además, el poder de los peninsulares en el estamento militar iba en franca decadencia producto del incremento de la participación de los mandos criollos en las milicias.

Luego de la ocupación del territorio español por los ejércitos napoleónicos (1808), el 25 de septiembre de 1808, en Aranjuez se instaló la Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, la cual asumió las riendas del reino mientras se encontrara ausente el rey Fernando VII. Por su parte, dos años después en Caracas, el 19 de abril de 1810, se conformó la Junta Suprema de Venezuela Conservadora de los Derechos de Fernando VII, la cual, gozando de poderes extraordinarios, depuso de sus funciones a las autoridades peninsulares.

> Con esos hechos, por tanto, en 1808 y 1810 tanto en España como en Hispanoamérica se dio inicio a sendos procesos constituyentes que desembocaron en la sanción de la «Constitución Federal para los estados de Venezuela» en diciembre de 1811, y unos meses después, en marzo de 1812, en la sanción de la «Constitución de la Monarquía Española»; ambas producto de la revolución hispano americana, iniciada así,

> veintidós años después de la Revolución francesa y treinta y cinco años después de la Revolución norteamericana. Esos tres procesos políticos fueron, sin duda, los más importantes del mundo moderno, dando inicio a una transformación radical del orden político constitucional hasta entonces imperante del antiguo régimen (Brewer, 2011, 47).

El 19 de abril de 1810 sin duda alguna dio un paso significativo para la organización de una nueva república, a pesar de haber sido un instrumento de la aristocracia criolla contra la autoridad colonial para la toma del poder político.

> En todo caso, en Venezuela, en medio de la situación de ruptura total que existía entre las Provincias de Venezuela y la Metrópolis, se realizaron las elecciones del Congreso General, en las cuales participaron siete de las nueve Provincias que para finales de 1810 existían en el territorio de la antigua Capitanía General de Venezuela, habiéndose elegido 44 diputados por las Provincias de Caracas (24), Barinas (9), Cumaná (4), Barcelona (3), Mérida (2), Trujillo (1) y Margarita (1). Dichos diputados electos formaron la "Junta General de Diputación de las Provincias de Venezuela" (Brewer, 2012, 122).

El Congreso permitió que se fueran generando las condiciones para la conformación de la República. El 5 de marzo de 1811 se nombraron a tres ciudadanos para ejercer el Poder Ejecutivo: Cristóbal Mendoza, quien sería el primer jefe del Ejecutivo (por encontrarse fuera de Caracas es suplido interinamente por Manuel Moreno de Mendoza), Baltasar Padrón y Juan de Escalona. Se estableció una Alta Corte de Justicia y el 5 de julio de 1811 se aprobó la Declaración de Independencia, dando paso a la creación de una nación denominada Confederación Americana de Venezuela (Brewer, 2012, 124), la cual tuvo su asidero legal el 21 de diciembre de 1811, "bajo la inspiración de la Constitución de los Estados Unidos y de la Declaración Francesa de los Derechos del Hombre, la primera constitución latinoamericana, Constitución Federal para los Estados de Venezuela" (Brewer, 2012, 134).

Este ensayo por crear una República independiente fue fuertemente criticado por los criollos creyentes de las leyes naturales que ponían a la cabeza a un rey o enviado de dios para regir el destino de los pueblos. Para la época un connotado crítico de los patriotas fue el doctor José Domingo Díaz, quien afirmaba a finales de 1812 lo siguiente:

> Entretanto la situación de Caracas era la más lamentable. A los estragos y miserias causados por el terremoto se había unido una calamidad no conocida desde el descubrimiento y la civilización de aquellos países. Faltaba la moneda; el papel había llegado a un descrédito tal que no circulaba a dos mil por cien de pérdida, su valor era imaginario. Los pueblos que proveían aquella capital estaban en incomunicación con ella, bien por no recibir semejante numerario, bien por el horror que les inspira la catástrofe, y los demás, ocupados por las armas españolas, lo estaban aún con más extensión. El hambre se dejó ver con todas sus formas por primera vez en un suelo que parecía exento de ella por la naturaleza, y alimentados universalmente con la verdolaga que se recogía por entre las ruinas, muy pronto apareció la disentería (Díaz, 2012, p. 36).

En medio de la difícil situación en la cual se encontraba Venezuela en 1812 a raíz del terremoto y la invasión de Monteverde, los sucesos se precipitaron trayendo como consecuencia la capitulación firmada por el generalísimo Francisco de Miranda el 24 de julio de 1812, poniendo fin al primer intento republicano. El propio Bolívar definiría más adelante en su *manifiesto de Cartagena* cuáles fueron a su juicio las causas del fatal desenlace de este primer intento republicano. Por su parte, José Domingo Díaz (2012) describió a los protagonistas del 19 de abril en los siguientes términos:

> ... el que por su talento no esperaba figurar en el gobierno español, el que por sus deudas era reconvenido y aguardaba ser perseguido por sus acreedores, el vago disoluto que por sus delincuencias veía la espada de la justicia sobre su cabeza, detenida únicamente por la benignidad del gobierno; el disipado que en juegos y pasatiempos perdía cantidades

> mayores que sus rentas; el ambicioso para quien era pequeño su rango; el presumido que en medio de miserables conocimientos se creía capaz de mandar grandes Estados; el incauto que, sin reflexión, esperaba en promesas un nuevo orden de cosas capaz de nuevas prosperidades; estos fueron los agentes de aquel vergonzoso día (p. 65).

A la caída de la Primera República con la firma de la capitulación de San Mateo el 25 de julio de 1812, le sigue su refundación una vez que el 6 de agosto de 1813 entrara Bolívar triunfante a Caracas luego de realizar con éxito la Campaña Admirable, cruzando los Andes venezolanos y expulsando a los realistas que se encontraban en el occidente del país. Vendría a ser esta la gran diferencia entre el nacimiento de ambas Repúblicas: una nacida desde las acaloradas discusiones, asambleas y constitución; y otra nacida al fragor de la "guerra a muerte". Sin embargo, no por ello el Libertador sumió al país en un caos jurídico; por el contrario, delegó en el patriota Francisco Javier de Ustáriz la tarea de diseñar un plan de gobierno provisorio para Venezuela dando garantías a los ciudadanos y proporcionando al Libertador las facilidades para disponer de todo lo referente a los asuntos militares, legislativos y ejecutivos. El enemigo más fuerte de Bolívar ahora sería el tiempo, pues debía organizar una República mientras que la guerra se hacía más sangrienta.

> ... independencia al Poder Judicial, con asiento en Caracas. Los diversos ramos de la Administración se pusieron a cargo de Magistrados, dependientes todos del jefe supremo. Dividió el territorio en varias provincias, y a éstas dio un Gobernador Militar y otro Político, y además, varios Corregidores para el servicio municipal. Este Gobierno, que en realidad era una segunda Dictadura, debía regir hasta la conclusión de la guerra, según lo participó Bolívar al Congreso de Nueva Granada, dando la explicación a aquel Soberano Cuerpo de los motivos que le habían impedido restablecer el régimen federal (Chalbaud, 1983, 115).

Los sueños por mantener viva la República se desvanecían con la presencia de nuevos elementos. España contaría con aliados imprevistos

a lo interno de nuestro país: los esclavos, campesinos y llaneros ahora gritaban vivas al rey. "Fue entonces cuando se hicieron conocidos aquel grupo de pulperos y contrabandistas convertidos en jefes del movimiento popular, […] de Ñaña, de Rosete, de Morales y de José Tomás Boves" (Uslar, 1962, 78). Al fracasar el segundo intento de fundación de la República, luego de un período de reflexión sobre esta realidad conflictiva en su nación, volvió Bolívar con una Carta de Jamaica bajo su brazo y en la mente la idea de un magno congreso que echaría los cimientos del proyecto de nación más grande conocida en la América.

La nueva República en armas

Las gestas emancipadoras en América no se sucedieron bajo un clima de paz ni de armonía. Los grandes imperios europeos no iban a permitir que las tierras que les producían riquezas pasaran a manos de las clases criollas que se hacían cada vez más fuertes en las colonias. Las potencias europeas de la época poseían el poderío bélico suficiente para hacer frente a cualquier insurrección; sus ejércitos estaban compuestos por hombres bien adiestrados, con años de experiencia en la guerra, y quienes veían a sus contrarios en las colonias como grupos de inexpertos campesinos y esclavos, liderados en algunos casos por aventureros criollos poco conocedores del oficio de la guerra. Empero, lo que comenzó como revueltas populares pronto se convirtió en magnas cruzadas, donde el genio militar de los próceres naturales, más que la fortuna, les permitió dar un espectacular revés al escenario bélico.

Es necesario comprender que Francia, Austria, Prusia e Inglaterra dieron a conocer al mundo a los mejores teóricos de la guerra de la Edad Moderna, unos influenciados por las ideas racionalistas y otros por la Ilustración. Las condiciones geoestratégicas de la Europa de los siglos XVII y XVIII, aunadas a las nuevas corrientes del pensamiento, fueron la combinación perfecta para el surgimiento de nuevas formas de hacer la guerra. De esta manera se comenzaba a hablar de la ingeniería militar, se observaban nuevas y modernas armas de fuego y la disciplina de los ejércitos en los campos de batalla. El Libertador Simón Bolívar, al igual que

muchos de los combatientes criollos formados al fragor de las batallas, logró deslumbrar al mundo al dar a conocer sus primeros aportes al desarrollo del pensamiento militar de la América meridional, influenciado desde luego por las mismas formas de hacer la guerra de sus enemigos.

> El tema de lo militar *per se* es sumamente amplio y complejo, máxime cuando se trata de los siglos de la dominación hispánica, pero su conocimiento a nivel regional y local es aún más desconocido. En tal sentido, estudiar las instituciones militares, en cualquiera de sus dimensiones espacio-temporales, implica, simultáneamente, un conjunto de variables relacionadas con lo político, lo económico, lo religioso, lo social en términos más generales, lo cual hace al aparato castrense un factor clave para explicar la conformación de las sociedades modernas pero, al mismo tiempo, descubrir una de las partes del sistema más importantes de las estructuras de poder imperantes en América desde el siglo XVI (Cardoza, 2012, p. 3).

A partir de mediados del XVIII la militarización de la provincia era inevitable debido al crecimiento del comercio hacia la Península y al constante asedio por parte de Inglaterra y los Países Bajos en las rutas comerciales. Aunado a estas problemáticas se sumó el descontento de las clases desposeídas, lo cual desencadenó revueltas populares, obligando la intervención de hombres armados al servicio de la Corona española para garantizar el orden interno y el buen desenvolvimiento del sistema. Una de las primeras rebeliones contra el monopolio comercial de España fue la del zambo Andresote (1730-1732); sucesivamente, la de San Felipe el Fuerte (1740); la de El Tocuyo (1744); como también los movimientos de negros y esclavos en Chacao, Petare y la insurrección acaudillada por Juan Francisco de León, develados en 1749, entre otros. Por tales motivos era necesaria la instalación de una institución armada fuerte en la provincia de Venezuela; el ejército de la Corona era acompañado por las milicias, institución que más tarde se convertiría en una brecha social entre españoles y criollos. Las milicias venían gestándose siglos atrás desde la real cédula que dictara el rey don Carlos I, obligando a los encomenderos

a portar armas que sirvieran para su defensa en momentos que así lo requiriesen sus empresas, volviendo posteriormente a sus labores habituales una vez cumplida con la tarea. “En cierta forma, la presencia de milicias durante los siglos formativos del territorio y de la nacionalidad venezolanos, constituye una emanación del fuero de cada villa o ciudad según acendradas tradiciones hispánicas” (1971, 27).

> La escogencia de las milicias en lugar del ejército de línea tuvo consecuencias inmensas en la sucesión de los acontecimientos. Explica primero la debilidad táctica de la Primera República. Luego permite comprender la facilidad de movilización de la población en bandas armadas de republicanos y realistas durante los años 1813-1814. Las listas de las milicias constituyen en efecto una especie de reclutamiento virtual de la población civil. Cualquier poder que desconociera las inmunidades jurídicas opuestas por los vecinos a las confederaciones de 1810-1812 podía servirse de ellas para enganchar a la población en la guerra (Thibaud, 2003, 47).

Una vez instaurada la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, en el mes de julio de 1810 se publicó un documento contentivo de la “Organización Militar para la Defensa y Seguridad de la Provincia de Caracas”, el cual diseña un sistema de organización militar basado en las reflexiones sobre la importancia geoestratégica de la provincia, de sus innumerables riquezas y asentado en los derechos fundamentales de los hombres (Grases, 1967, pp. 5-15).

> El nuevo gobierno se ganó a las fuerzas armadas gracias a la alza de salarios y ascensos. La huida de los realistas —del brigadier Cagigal de Caracas, pero también de Sámano, el coronel del Auxiliar de Santafé de Bogotá—, permitió las promociones rápidas, incluso las de gentes de color. Arévalo, el capitán pardo del 19 de abril, ascendió así al grado de coronel, a pesar de la ordenanza de 1643. Manuel y Ramón de Ayala obtuvieron también este grado, y el primero se convirtió en comandante de la estratégica plaza de La Guaira. Su hermano, Juan Pablo, accedió a

> la presidencia de la junta de armas, que dirigía a la institución militar. Juan de Escalona saltó del grado de capitán del batallón de Caracas al de brigadier comandante de la plaza de La Guaira, sin respeto por la continuidad de la graduación. El 18 de mayo de 1810, la Junta procede además a hacer una serie de promociones, tanto en el seno del batallón veterano de Caracas como en las milicias. En esta forma se promueve a sesenta y seis miembros de las élites ilustradas. En el curso del año 1810, esta generosa distribución obedeció a la necesidad de colocar hombres seguros en los puestos dejados vacantes por la huida de los oficiales superiores y generales de la Corona (Thibaud, 2003, 35).

No estando de acuerdo con las decisiones políticas tomadas en Caracas, la población de Coro con su gobernador al frente, el brigadier José Ceballos, se declara en desobediencia. Para sofocar la insurrección es designado el general en jefe marqués del Toro con un ejército compuesto por una división del batallón de pardos de Valencia, la compañía de caballería de El Pao, reforzado con piquetes de cañones y artilleros. Contaba el marqués para esta operación con el apoyo del coronel don Luis Santineli, jefe de la vanguardia; el teniente coronel Leandro Palacios al mando de la tercera división; el teniente coronel don Juan Paz del Castillo, comandante de la segunda división; el capitán don Tomás Montilla (caballería); y el capitán don Diego Jalón (artillería) (Grases, 1967, 17-22), cuyos nombres serán recordados años después en el mismo ejército libertador.

La incursión de Coro fue un fracaso; el marqués no tomó en consideración elementos claves de la guerra como el conocimiento del terreno, cálculo de los recursos empleados en el combate y el factor sorpresa. José Domingo Díaz (2012) describe al marqués del Toro como "un simple particular, había comenzado su carrera militar con el empleo de coronel del batallón de milicias de Blancos de Aragua, y cuya incapacidad en su profesión le hacía nulo aun para mandar una compañía" (p. 24). Por otro lado, Clément Thibaud (2003) hace referencia sobre el marqués considerando que el referido "pone en práctica un antiguo concepto del arte de la guerra, el de una poliorcética apoyada en verbosas negociaciones" (p. 51). Poco tiempo después, desde Valencia, el 13 de agosto de 1811, se levantaban los estandartes de Castilla y el pueblo en general entraba en

rebelión a favor de la Corona española. Como consecuencia del fracaso del marqués del Toro, el Congreso decidió designar como comandante y poner al frente de todos los procedimientos militares a don Francisco de Miranda. La batalla presentada en Valencia fue digna de reconocimiento; los nuevos oficiales patriotas demostraron valor en el combate, entre ellos el coronel Bolívar. Por su parte, Miranda lanzó su proclama a los valencianos destacando la misión del ejército que asistió de inmediato a Valencia para seguirla guiando por el camino correcto de la libertad, la tranquilidad y el orden, donde la moral era base fundamental del establecimiento de la sociedad y el respeto hacia la religión que hace buenos a los ciudadanos (Grases, 1967, pp. 55-57). Parecía entonces que la naciente República se estaba enrumbando más hacia una guerra civil que continental.

> Esta "adopción" de la república no simplifica, sin embargo, la tarea de legitimación del combate. Porque lo que se inicia desde fines de 1810, con la invasión de Coro por las tropas del marqués del Toro, es claramente una guerra civil. Se establece entonces en los discursos una construcción retórica que tiene tres facetas. Los peninsulares europeos ocupan el lugar del enemigo terco; los criollos realistas, el de un adversario también indómito; y en la tercera se encuentran los amigos patriotas. Con la proclamación de la Independencia, el doble polo realista se unifica en el discurso en un conjunto "español", sin que la realidad que subyace en esta nomenclatura cambie la realidad política: los españoles siguen siendo españoles americanos. Pero con el fin de justificar su poder en el discurso, los patriotas niegan la realidad de la guerra entre las ciudades venezolanas para construir un antagonismo en torno a dos nuevas categorías discursivas: el Español y el Americano. La lucha se convierte, en teoría, en un combate de emancipación patriótica (Thibaud, 2003, 67).

El orden en las colonias entraba en crisis; es por ello que el mando central de la Península resolvió con enviar desde la isla de Puerto Rico una compañía de marina comandada por el experimentado capitán de

fragata don Domingo de Monteverde con la misión de pacificar la insolente provincia. Ante este escenario, para desgracia del proyecto republicano, el país es azotado por un terremoto el 26 de marzo de 1812 que dejó pérdidas considerables entre la población; y las derrotas militares sufridas en Carora, Guayana y la plaza de Puerto Cabello fueron menoscabando la moral del ejército de Miranda.

> Mucho se ha criticado a Miranda por su táctica defensiva y mucho se la criticaron entonces los oficiales venezolanos, pues ninguno de ellos se explicaba cómo disponiendo de un número muy superior de tropas al de Monteverde, optaba por la inactividad en cambio de tratar de destruir en un ataque inmediato. Esta extraña conducta no carecería de serios fundamentos. Miranda vio en San Carlos que la batalla se decidía porque sus tropas se incorporaban a los ejércitos enemigos, y en la acción de Los Guayos, donde los republicanos disponían de 4.000 hombres, no pudo evitar que más de la mitad de los mismos, al avanzar de Monteverde, se negara primero a hacer fuego y después abandonara las filas para unirse a las tropas realistas. Miranda optó entonces por la defensiva, con el fin de conservar sus posiciones esenciales mientras trataba de obtener ayuda militar de Inglaterra (Liévano, 2011, pp. 119, 120).

Al año siguiente, con un espíritu inquebrantable, Simón Bolívar capitalizaba el mando indiscutible de las acciones bélicas y políticas de la Segunda República. La historia sería testigo de cómo fue creciendo este líder en sus conocimientos sobre el arte militar al calor de los campos de batalla. Fue un intenso aprendizaje durante los años 1813 y 1814; en suelos neogranadinos y en el occidente venezolano se sucedieron batallas que exigieron inteligencia, arrojo, valentía y planificación, como las de Tenerife, El Plato, Zambrano, Tamalameque, Cúcuta, Los Horcones, Niquitao, Cerritos Blancos, Vigirima, Bárbula, Carabobo y Taguanes, por tan solo nombrar algunas, pero que sirvieron de invalorable experiencia para los futuros triunfos del Libertador. Por otro lado, en el oriente del país un grupo de patriotas que se encontraban en un islote llamado Chacachacare el 11 de enero de 1813, firmaron un documento conocido

como el *Acta de Guerra de Chacachacare*, donde se comprometían a expulsar a los españoles y dar la libertad a sus tierras. De estos 45 patriotas destacaron Mariño, Manuel Piar, los hermanos Bermúdez (José Francisco y Bernardo), Francisco Manuel Valdés, José Francisco de Azcue, Juan Bautista Bideau y otros hermanos antillanos, quienes no dudaron en cooperar con esta noble lucha. Armados precariamente con tan solo seis fusiles, algunas pistolas, trabucos y armas blancas, se lanzaron en cruzada a la costa de Paria, sorprendiendo al enemigo y abriéndose paso hacia Güiria, que ocuparon el 13 de enero. Tomaron el sitio conocido como Punta de Piedra e hicieron huir a los realistas. De esta manera lograron aumentar su pequeño parque y se ganaron el prestigio de ser los redentores del oriente (Austria, 1960, p. 18).

Una vez que el intento por instaurar una segunda República culmina en el fracaso, Bolívar escribe un grandioso documento el 7 de septiembre de 1814, llamado *Manifiesto de Carúpano*, explicando las causas de la pérdida de la Segunda República.

> Mas, si los sucesos no han correspondido a sus miras, y si desastres sin ejemplo han frustrado empresa tan laudable, no ha sido por efecto de ineptitud o cobardía; ha sido, sí, la inevitable consecuencia de un proyecto agigantado, superior a todas las fuerzas humanas. La destrucción de un gobierno, cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la mutación de costumbres; el trastorno de la opinión, y el establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos, es una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano; por manera que nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado, es inherente a la causa que seguimos, porque así como la justicia justifica la audacia de haberla emprendido, la imposibilidad de su adquisición califica la insuficiencia de los medios (ADL, 1814, d. 924).

No permanece mucho tiempo en la Nueva Granada, pues debía mantener las ideas claras y la causa patriota viva y se dirige a Jamaica. Una vez instalado en Kingston, de su ingenio nace un extraordinario do-

cumento titulado "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", con fecha de 6 de septiembre de 1815. Algunos estudiosos insisten en denominarla como una *carta profética*, pero lo cierto es que en ella plasmó sus ideas luego de un profundo análisis sobre la revolución en América y su repercusión a nivel mundial.

> Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América (ADL, 1815, d. 1302).

Bolívar deja Jamaica y parte hacia Haití ese mismo año, para continuar planificando su vuelta al proyecto libertario de su patria. A finales de 1817, resolvió abrir una nueva campaña para tomar el control de Caracas, su idea era llevar al Apure las tropas de Guayana, de Barcelona y el Alto Llano, reunirlas con las tropas de José Antonio Páez y abrir las operaciones al centro. Trastornada la campaña por la indisciplina apoderada en los mandos patriotas, se vio obligado a retirarse y replantear la situación en la cual se encontraba la República. Control político y militar era la premisa del Libertador, pues sin estos elementos no lograría llevar a cabo la nueva campaña que se dibujaba dentro de su mente.

Los Bolívar en la Capitanía

Durante la colonia, dentro de la aristocracia mantuana los niños ya venían al mundo con la suerte echada sobre su futuro. En la alta sociedad era muy común que sus mozos se dedicaran bien sea a los servicios religiosos o a la vida castrense. La familia conformada por el coronel Juan Vicente Bolívar y doña María de la Concepción Palacios no escapó a esta realidad; a su último hijo, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad

Bolívar y Palacios, tal vez le presentaría dos opciones: ser militar como su padre o un hombre de dios como su pariente Juan Félix Xerés de Aristeguieta. Pronto el destino se encargaría de enrumbar el futuro de este niño que luego hombre sería conocido por la América y el mundo como el Libertador.

Simón José Antonio provenía de una familia con una larga trayectoria y tradición política, comercial y militar, que sobresalió siempre en los servicios que prestó a la Corona española en ambos lados del hemisferio.

> El mismo nombre de Simón tenía historia en la colonia, porque Simón de Bolívar se llamó el primero de los antepasados que pasó a la América, y también su hijo, por lo cual se le distinguió, según costumbre de la época, diciendo Simón de Bolívar el Viejo y Simón de Bolívar el Mozo (Mijares, 1987, p. 12).

El tema castrense era un punto de honor en la familia Bolívar. Se pueden ubicar cinco generaciones directas que prestaron sus servicios como hombres de uniforme, pero que jamás descuidaron sus compromisos con el negocio familiar, salvo Simón José Antonio, a quien el destino le deparaba otras ocupaciones.

> Si algo caracterizaba a la élite criolla eran las apetencias de honor, prestigio y vanidad en su entorno político y social. Una buena parte de los mantuanos caraqueños dividía su tiempo entre sus producciones agrícolas, la sociedad, sus relaciones, los compromisos con el espíritu y la familia, las reuniones y tertulias, y algo cardinal en sus vidas: la milicia. Representaba en sí el deber ser de un mantuano venezolano. Los códigos inherentes a ello era toda la proyección mental del Antiguo Régimen, sus claves medievales, heredadas de los primeros conquistadores —los beneméritos de Indias— que aún vivían en el estamento militar al que accedían por su condición hidalga, noble, caballeresca (Cardozo y Butto, 2013, pp. 23, 24).

Hijo de Simón Bolívar el Mozo sería don Antonio de Bolívar, nacido en 1596, quien sobresalía por ser un hombre intrépido que incursionó en la carrera militar obteniendo el grado de capitán. Para los Bolívar, la política era parte esencial de sus vidas; el capitán don Antonio fue encomendero de San Mateo y de Cagua, alcalde de la Hermandad en Caracas, corregidor y justicia mayor de los valles de Aragua y Turmero. Bautizado en Caracas el 7 de marzo de 1596 (Sagrario), fueron sus padrinos Juan de Ibarra y Francisca de Rojas. Contrajo matrimonio en Caracas el 20 de febrero de 1622 (Sagrario), con doña Leonor de Argumedo Rebolledo y Armendáriz (Herrera, 2010, pp. 143, 144).

A medida que las generaciones se aclimataban en estas tierras meridionales, más se acentuaban sus rasgos valerosos. Nacería posteriormente don Luís de Bolívar y Rebolledo, bautizado en Caracas el 22 de febrero de 1627, quien alcanzó el grado de capitán de infantería; gracias a sus conocimientos en estrategia militar y pensando en cuidar sus bienes comerciales logró identificar la necesidad de fortificar el puerto de La Guaira, ruta indispensable para el comercio y las comunicaciones entre la Corona y la colonia. Para ello, el 8 de mayo de 1667 contribuyó con 1000 pesos para sus reparaciones y remodelaciones (p. 141). Ocupó cargos políticos como los de alcalde de Caracas, corregidor y justicia mayor de los valles de Aragua. Hasta ese momento los Bolívar se habían entrelazado con la flor y nata de la sociedad caraqueña, pero don Luís le da otro matiz a los genes de la familia, ya que contrae nupcias con doña María Villegas y Guevara, pariente del intrépido y un tanto sanguinario don Juan de Villegas, quien ocupó el cargo de gobernador y capitán general de la Provincia de Venezuela y fue fundador de Barquisimeto.

De la unión de los Bolívar y los Villegas nace don Juan de Bolívar y Villegas. En su hoja militar, el teniente coronel Juan de Bolívar se destaca por haber participado en la defensa enérgica de La Guaira en contra de los piratas y contrabandistas.

> El Teniente Coronel don Juan de Bolívar y Villegas, nació en el Estado Aragua hacia 1665 y falleció allí en 1729. Capitán de Infantería, otorgó su testamento en Caracas el 5 de noviembre de 1729. Fue Alcalde y

> Gobernador interino de Caracas, Procurador General de la Provincia de Venezuela, Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de los Valles de Aragua y Turmero, Corregidor de San José, San Mateo y Cagua, fundó la Villa de San Luís de Cura en 1719. En 1728 adquirió de los monjes benedictinos del Convento de Nuestra Señora de Monserrat de Madrid el derecho a un título de MARQUÉS para sí y sus descendientes mediante probanza genealógica y pago de 22,000 ducados. Se encontraba en trámites de obtener los Reales Despachos al título de Castilla de MARQUÉS DE SAN LUIS, con el Vizcondado previo de Cocorote, cuando falleció (pp. 139, 140).

Contrae nupcias por segunda vez en Caracas el 8 de enero de 1711 con doña Petronila de Ponte, heredera de las minas y el señorío de Aroa, concedidas por el rey a su abuelo Francisco María Narváez en 1663 (Blanco, 2007, p. 43). Esta vasta herencia, como también el derecho vitalicio a ejercer jurisdicción civil y criminal en San Luís de Cura, pasa a manos de su hijo don Juan Vicente de Bolívar y Ponte.

El coronel Juan Vicente Bolívar y Ponte era un hombre muy reconocido por su astucia en los negocios y su regia personalidad, lo que lo llevó a ser uno de los principales defensores de La Guaira contra la escuadra británica del almirante Charles Knowles (1743), cuando contaba apenas con 17 años de edad (Moreno, 2006, p. 36). Juan Vicente fue coronel del batallón de milicianos del Valle de Aragua, con calidad "ilustre" en su hoja de servicios. Fue asimismo procurador general de Caracas en 1747, teniente gobernador, corregidor, cabo de guerra y juez de comisos de La Victoria y San Mateo en 1759, administrador de la Real Hacienda en 1765 (Herrera, 2010, p. 139). Siendo un hombre muy rico para la época, contrajo nupcias a los 47 años de edad con doña María de la Concepción Palacios y Blanco, quien apenas tenía 14 años (Moreno, 2006, p. 35).

> En consecuencia, la boda de don Juan Vicente y doña María de la Concepción, sucedida en diciembre de 1773, reúne los intereses de dos poderosos clanes. El consorte llega al templo con el uniforme de coronel de las milicias regladas de los valles de Aragua y con la insignia

> del río Yaracuy, símbolos de autoridad que ha concentrado en su persona como miembro del estamento primacial (Pino, 2012, p. 26).

La unión de las dos casas incrementaría aún más sus fortunas, posicionándose como unas de las familias más ricas del valle de Caracas luego de los Toro. Su fortuna se valoraba en aproximadamente 258.000 pesos en dinero efectivo, 46.000 pesos en objetos de platería y una cuantiosa cantidad en propiedades (Herrera, 2014, p. 47).

> Los parientes de Bolívar, por parte de madre, tanto de una como de otra rama, son de los más antiguos y empingorotados de la Provincia. Los nombres de una y otra familia figuran en la historia de la Provincia desde lueñes días. Los tíos Palacios provienen de Miranda del Ebro, en Castilla la Vieja. Constituyen la flor y nata de la colonia. Lo mismo los Blanco, con quienes los Palacios se cruzan durante dos siglos. Aquellos Blanco provienen de Francia y de Flandes, bien originarios de allí, o tal vez pasados a esas regiones como oficiales en las tropas de los Reyes de España (Blanco, 2007, p. 37).

La muerte del coronel Bolívar y Ponte hace que su joven esposa se llene de valor y pericia para poder administrar los bienes de la familia y asegurarse de la educación de sus hijos doña María Antonia, doña Juana Nepomucena, don Juan Vicente y don Simón José Antonio. Entre sus posesiones materiales se encontraban:

> … cinco mansiones y cuatro solares en la ciudad, media docena de casas en el puerto de La Guaira, obtenidas cuando trabajó para la Compañía Guipuzcoana; plantaciones de cacao en El Tuy y en el valle de Taguaza, labranzas de azúcar y añil en los alrededores de San Mateo, rebaños de animales en El Totumo y El Limón, el valle de Aroa completo y minas en Cocorote, acreencias en la provincia y en España, sirvientes que parecen de la familia, numerosa esclavitud y la cantidad de trescientos cincuenta mil pesos en efectivo (Pino, 2012, p. 27).

Desde Bolívar "el Viejo" cada generación fue más activa que la anterior, pero el fin que perseguían fue siempre el mismo: asegurar su poder en lo económico con simpatía en lo político, ya que lo militar servía para el resguardo de las otras dos. Esta casta de hijos de la Corona fue en su momento capaz de mantener durante casi un siglo el orden sociopolítico de servir al rey y de mantener la estabilidad en una de sus principales colonias. Esta realidad era característica de la aristocracia de la época:

> La aristocracia local es una aristocracia cuyos orígenes se remontan hasta el siglo XVI. Se caracteriza además por su excepcional estabilidad estructural y generacional, respaldada por las estrategias matrimoniales y la organización de los núcleos familiares en torno a un patriarca. En ese aspecto, las élites caraqueñas se inscriben, sin lugar a dudas, en la larga duración que caracteriza a las élites principales de la Colonia (Langue, 2000, p. 63).

La ilustración lideraba las olas de cambios en todos los órdenes sociales y se venía deslumbrando a finales del XVIII en todos los círculos de personas letradas, donde se hablaba y se analizaba sobre conceptos nuevos para la época, como la felicidad de ser humano con el bien material, el utilitarismo, la razón como elemento fundamental, la crítica a la religión, la autonomía del hombre, el progreso, el igualitarismo, el individualismo, las reformas, el despotismo ilustrado, entre otros temas de interés que lograrían en un corto tiempo transformar las viejas estructuras con que se concibieron las colonias europeas de ultramar. Por supuesto, estos cambios no dejaron de lado a la Capitanía General de Venezuela. José Domingo Díaz (2012) se expresaba sobre este fenómeno nacido de los pensadores europeos de la siguiente manera:

> La ignorancia, la imprecaución, la malicia o la novelería hacían ver entonces como llenas de sabiduría las producciones de aquella gavilla de sediciosos llamados *filósofos*, que, abrigados en París como su principal residencia, había medio siglo que trabajaban sin cesar en llevar a cabo

> su funesta conjuración: *la anarquía del género humano*. El mundo estaba anegado con estos pestilentes escritos, y ellos también penetraron en Caracas, y en la casa de una de sus principales familias. Allí fue donde se oyeron por primera vez los funestos *derechos del hombre*, de donde cundieron sordamente por todos los jóvenes de las numerosas ramas de aquella familia (p. 4).

En medio de estas tribulaciones del acontecer político, militar y religioso en que se encontraba el mundo occidental entre la Independencia de los Estados Unidos de América (1776) y la Revolución francesa (1789), nace el cuarto hijo del coronel don Juan Vicente Bolívar y Ponte y de doña María de la Concepción Palacios y Blanco el 24 de julio de 1783, al que llamarían Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios. Siguiendo la tradición católica de la familia, fue presentando ante el altar de la Catedral de Caracas para recibir el sacramento del bautismo el 30 de julio de ese mismo año, siendo el padrino su abuelo materno don Feliciano de Palacios Sojo (Herrera, 2010, p. 136).

> Hijo de un Coronel, nieto de un General, Gobernador de Venezuela, Simón Bolívar cuenta entre sus ascendientes, por línea recta de varón, Capitanes Generales de la Provincia, fundadores de pueblos, defensores del país contra los indios y contra los europeos, contra los contrabandistas y contra los piratas. En suma, hombres de acción y benefactores sociales (Blanco, 2007, p. 43).

Los primeros años de Simón transcurrieron en la normalidad de una familia perteneciente a la aristocracia caraqueña de la época, con una madre siempre en casa conduciendo los quehaceres del hogar, pendiente de las demandas de los asuntos sociales y un padre muy activo velando por la administración de la fortuna familiar. El recién nacido no probó sus primeros alimentos maternales de su progenitora, sino de dos mujeres extrañas para él y de rasgos étnicos muy marcados; la primera fue doña Inés Mancebo y Quiroga de Miyares, esposa del militar realista Fernando Miyares, y la otra la negra esclava Hipólita, a quien Simón expre-

saba públicamente su cariño y la llamaba su otra madre, tal cual lo podemos ver plasmado en una comunicación que le envió a su hermana María Antonia el 10 de julio de 1825 desde Cuzco, donde decía: "Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella" (ADL, 1825, d. 155).

Para entender el carácter del futuro estadista y militar es necesario hurgar un poco en su vida personal desde lo más temprano de su infancia. Pierde a su padre el 19 de enero de 1786, aunque desde luego para el momento es difícil que pueda entender el significado de la muerte, pues Simón tendría apenas dos años y medio. "Una vida más larga del padre hubiérale significado cuando menos un aprendizaje oportuno y temprano de las ciencias militares" (Rumazo, 2006, p. 14). Años más tarde, a la edad de nueve años, pierde a su madre; no es necesario ir más allá de lo que pudo sentir Simón antes de cumplir sus primeros 10 años de vida: "el que es huérfano cuando niño, se siente huérfano siempre, y en sus sentimientos se afina la sensibilidad, de modo que sufre mucho más en lo hondo que los otros" (p. 18).

A la muerte de doña María Concepción, la custodia de Simón pasa a su abuelo don Feliciano Palacios y Sojo, pero finalmente, producto de situaciones familiares, la custodia del niño queda en manos de su tío materno don Carlos Palacios. Es necesario recordar que el niño era poseedor de una gran herencia dejada por sus padres y el vínculo de la Concepción.

Luego de sortear el destino del niño entre sus familiares, comienza Simón a educarse. Con la fortuna que poseía la familia no es de extrañar que recibiera una excelente formación académica de manos de los mejores letrados de la Caracas de entonces. Las primeras letras vendrían a muy temprana edad entre los juegos y los viajes a las haciendas con su madre. Entre los primeros maestros del niño destacan Carrasco y Fernando Vides, con clases de escritura y aritmética, el presbítero José Antonio Negrete con historia y religión, y Guillermo Pelgrón con latín (Pérez, 1979, p. 30). Tiempo después, en 1795, ocurren algunos sucesos inquietantes dentro del seno familiar que llevarían al joven Simón a encontrarse con quien sería, según escribió de su puño y letra más tarde, "mi amigo, con el compañero de mi infancia, el confidente de todas mis alegrías, de

todas mis penas, el mentor cuyos consejos y consuelos han ejercido siempre tanto imperio sobre mí" (ADL, 1804, d. 24). "¡Oh mi Maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson!", exclamaría el futuro Libertador en Pativilca el 19 de enero de 1824. Se trataba de don Simón Rodríguez.

Simón Rodríguez era un joven autodidacta, idealista y ambicioso, quien tendrá la oportunidad de ser el maestro que más influyó sobre Simón Bolívar. Seguramente vio en el niño mantuano la oportunidad de aplicar lo que mucho había estudiado de Rousseau; es posible que el mismo libro Emilio hubiese sido su guía para enseñar. El historiador Manuel Pérez Vila (1979) hace una referencia sobre este tema a partir de la investigación realizada en su momento por Cristóbal Mendoza:

> Desde luego me inclino a pensar —escribe el Dr. Mendoza— en presencia de los documentos encontrados, que la tesis del Emilio es una mera fantasía provocada en buena parte por el propio Libertador en su carta de Pativilca y también por la carta inventada o por lo menos fundamentalmente adulterada para Fanny du Villars o Teresa Laisney […]. Un análisis desapasionado de los hechos, a la vez que descarta totalmente la tesis del influjo "ruseoniano" de Simón Rodríguez sobre el espíritu del niño Bolívar en esa época, no permite negar que esos meses de constante relación entre maestro y discípulo dejasen de tener su importancia en la vida del niño Simón. Es muy posible que, dadas las cualidades de pedagogo que Rodríguez poseía, éste lograse entonces despertar en el espíritu de Bolívar la afición al estudio, o que por lo menos contribuyera con sus consejos, con sus lecciones, a serenar aquel ánimo conturbado por una crisis característica al fin y al cabo, de la primera adolescencia (pp. 41, 42).

Esta fascinación por los estudios formaría el intelecto de Simón, su afán por leer y aprender cada día más de lo que sucedía en las afueras de Caracas, saber lo maravilloso de la cultura de otros mundos y lo interesante del panorama político en la vieja Europa. El propio Bolívar hace una referencia sobre la educación recibida como niño mantuano de la colonia al general Francisco de Paula Santander, desde Arequipa el 20 de

mayo de 1825, producto del desatinado comentario sobre su educación escrito por Gaspard Théodore Mollien en el *Morning Chronicle*, del cual se extrae lo siguiente:

> Lo que dice de mí es vago, falso e injusto. Vago, porque no asigna mi capacidad; falso, porque me atribuye un desprendimiento que no tengo; e injusto, porque no es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese, me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson que usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el Barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa de continuar mis matemáticas en la academia de San Fernando; y aprendí los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid: todo bajo la dirección del sabio marqués de Ustáriz en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Lock, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filanger, Lalandes, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente para que no crea que su pobre presidente, ha recibido tan mala educación como dice Mr. de Mollien y aunque por otra parte yo no sé nada, no he dejado sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede serlo en América bajo el poder español (ADL, 1825, d. 10287).

Sin duda alguna los estadistas militares más grandes de la historia eran fieles lectores. Se sabe que Alejandro Magno (356-323 a. C.) llevó siempre consigo como libro de cabecera la obra de Homero *La Ilíada.* Julio César (100-44 a. C.) y su esmerada educación griega, más tarde es-

cribiría sobre dos de sus más grandes hazañas: *Comentarios de la Guerra de las Galias* y la *Guerra Civil*.

De Napoleón Bonaparte (1769-1821) le confesaría Bolívar al coronel Luis Perú de Lacroix (2009: "El diario de Santa Helena; las campañas de Napoleón y todo lo que es suyo es para mí la lectura la más agradable y la más provechosa: es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar" (p. 161). También devoraba todo lo que venía de Voltaire, Rousseau, Platón, las campañas de Federico el Grande y todo lo que le pudo ser útil para su gran proyecto. Su afición por la lectura hacía que entrara en contacto con los hombres del presente y del pasado, aprovechando y memorizando cada enseñanza que lograba extraer.

Por otro lado, no podemos olvidar que ya joven se convirtió en un terrateniente y por supuesto dedicó parte de su tiempo en la administración de los bienes familiares, en su mayor parte dirigidos hacia la agricultura y la ganadería. Su fortuna para principios del siglo XVIII "se ha calculado en torno de 66,2 millones de dólares" (Herrera, 2014, p. 53).

Como ya se ha advertido, el joven proviene de una larga línea generacional de militares y milicianos al servicio de la Corona española, pero se hace necesario mencionar que por el lado materno también portaron uniformes. "Esteban Palacios y Blanco, uno de los tíos, gestiona en 1792 el ingreso a la Compañía de Reales Guardias de Corps establecida en Madrid" (Pino, 2012, p. 30).

Es interesante hacer referencia sobre el encuentro del joven Simón con sus parientes militares en Bilbao. El historiador Alejandro Cardozo (2010) describe el encuentro de Bolívar con Julián Manuel Bolívar y Elorduy (brigadier de los ejércitos del rey), héroe de las batallas en contra de los franceses. Además, compartió con Damián, Juan y Pedro Antonio, todos parientes militares (2010, p. 31). Podemos imaginarnos las innumerables preguntas que Simón les haría a sus primos sobre las batallas contra los ejércitos de Francia, el cumplimiento de las Ordenanzas, la vida castrense en España y sobre todo la confusa situación política que atravesaba la Corona en esos momentos.

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios ingresa en el Batallón de Milicias Regladas de Blancos de los Valles de Aragua, donde es recibido por el capitán graduado de teniente coronel,

Francisco Lozano y Ponte, tal como lo expone su hoja de servicio (AGN, 1797, f. 134), muy utilizada por los biógrafos de Bolívar al momento de citar sus inicios en la vida castrense.

> La formación militar de Bolívar durará exactamente año y medio, lo normal para un cadete de infantería de milicias español en la segunda mitad del siglo XVIII. En efecto, desde el 14 de enero de 1797 al 4 de julio de 1798, Simón Bolívar permanecerá como cadete de la sexta compañía del Batallón de Milicias Disciplinadas de Blancos de los Valles de Aragua, cuya sede del comando, para la fecha, se encontraba en la población de Cagua (Falcón, 2006, p. 47).

Falcón, en su libro *El cadete de los valles de Aragua*, señala que "el régimen de formación de un Cadete de Milicias difería muy poco del señalado por las Ordenanzas Militares de 1768" (p. 47). Por otra parte, Francisco Andújar Castillo asegura que la educación recibida por los cadetes era tal cual como se establecía las ordenanzas.

> Según las Ordenanzas de 1768, los cadetes deberían ser instruidos en los regimientos, ante todo en el estudio de la misma Ordenanza y todo lo que ella comportaba en cuanto a cuestiones de táctica, formación de los cuerpos, mando de las tropas, vestuario, administración económica y jurídica de las unidades militares, así como demás materias propias de la mecánica interna de los respectivos cuerpos. Una vez que estuviesen adelantados en todas estas cuestiones "se le hará aprender la aritmética, geometría, y fortificación" señalaban las mismas ordenanzas (Andújar, 1991, p. 39).

Más adelante Andújar, en su mismo trabajo, cita la obra de José Manuel Abarca, "Discurso sobre fomentar la educación de la nobleza destinada a la milicia", diciendo:

> Un Cadete, antes de serlo debería traer aprendido de "su casa", en primer lugar todas las "verdades de nuestra santa Religión... la ortografía y puntuación para escribir bien... y a lo menos ha de traer estudiada la gramática Castellana, Latina, y Retórica", materias todas ellas necesarias e imprescindibles para los nobles que pretendían seguir la carrera de las armas (p. 39).

Indudablemente, tal aseveración de José Manuel Abarca coincide con el cadete Bolívar, ya que desde su propio hogar traía cierta formación moral e intelectual, producto de las enseñanzas de las cuales ya se ha hecho mención. El alistamiento de Bolívar como cadete cumplió con todas las normas legales para el momento, aunque su padre hubiese sido el coronel fundador del Batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua y quien mantuvo su condición de comandante hasta su muerte. Es necesario recalcar que el Reglamento para las Milicias de Infantería y Caballería de la Isla de Cuba (1793), con el cual se regían las milicias en la Capitanía General de Venezuela en el capítulo II Del Gobierno y Policía, en su artículo 50 determinaba que:

> Los oficiales que quedaron reformados en la formación de estos cuerpos, podrán ser reemplazados en las vacantes que ocurran, siendo buenos; y sus hijos (quedando reemplazados) pueden ser cadetes; y aún ahora, concurriendo en ellos las circunstancias que previenen las reales ordenanzas (p. 35).

En mención de lo anterior sobre el joven Bolívar, en las hojas de servicio y evaluación como cadete al momento de su ingreso, se registra su edad en 14 años, su calidad ilustre y su salud buena. El empleo como cadete lo ubica con fecha 14 de enero de 1797, con una duración de once meses y siete días hasta el 31 de diciembre de 1797. Con una evaluación expresada de la siguiente manera: "Valor: se supone; Aplicación: la demuestra; Capacidad: buena; Estado: soltero" (AGN, 1797, f. 134). Posteriormente se puede observar en la hoja de servicio la indicación de su grado de subteniente, con fecha de 4 de julio de 1798, y una evaluación

signada en los siguientes términos: “Valor: conocido; Aplicación: sobresaliente; Capacidad: buena; Conducta: buena; Estado: soltero” (AGN, 1798, f. 135).

> Entre el 4 de julio de 1798 y el 15 de enero de 1799, Bolívar permanecerá en la unidad como subteniente de la 6ta Compañía de fusileros (con sede en Maracay) y un mes (no hemos podido determinar cuál) “como Ayudante Mayor que ejerció las funciones del Sargento Mayor que se halla ausente” (Falcón, 2006, p. 54).

Para el mes de mayo de 1810, Bolívar es ascendido a capitán y posteriormente al grado de coronel. En el primero figuraba en las listas enviadas por el depuesto capitán general Emparan antes de los acontecimientos del 19 de abril (p. 125), en el segundo podemos suponer que fue producto de la importante misión diplomática que se le encomendó en Inglaterra, luego de los sucesos del 19 de abril de 1810.

> Bolívar pues, ha heredado de sus abuelos con la aptitud guerrera el amor de la política y la tendencia al mando y al imperio.
> También ha heredado predisposiciones que el calor, el paludismo, el tabaco, la lucha contra los indios y la barbarie ambiente acumularon seguramente en su raza durante más de dos siglos de vida tropical (Blanco, 1969, p. 88).

Bolívar se enrumbaría a largos viajes fuera de su Caracas natal y se encontraría cara a cara con los novedosos sucesos del extranjero que solo leía en sus libros. Viajes que sirvieron para forjar su carácter; conocerá la opulencia, el amor, los excesos, las letras, alegrías, juegos, intrigas y odios. En fin, viajes que concluyen con aquel memorable juramento del 15 de agosto de 1805 cargado de toda la energía revolucionaría que la literatura le habría enseñado.

> ¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español! (ADL, 1805, d. 28).

Pinceladas militares de la Caracas de finales del siglo XVIII

Es importante conocer que para finales del XVIII la Corona española dictó una serie de medidas de ordenamiento desde lo político, judicial, administrativo, militar y eclesiástico. En el caso de Venezuela, por Real Cédula de Carlos III se agregaban a la jurisdicción gubernativa y militar de la Capitanía General de Venezuela las provincias de Cumaná, Guayana, Maracaibo, e islas de Trinidad y Margarita. El 6 de julio de 1786 se creó la Real Audiencia de Caracas. Se promulgó la Real Cédula de creación del Consulado de Caracas el 3 de junio de 1793 y, finalmente, el 24 de noviembre de 1803 se dictó desde la Santa Sede una Bula Papal creando el Arzobispado de Caracas (Grases, 1988, pp. XVI-XVIII).

Para este territorio lleno de incalculables riquezas era necesario establecer sistemas de controles y de defensa. En los primeros tiempos de la conquista y colonización de América una de las respuestas al problema de la defensa lo constituían las huestes o mesnadas levantadas por un conquistador como su capitán y financiador. Luego, con el nombre de *encomendero*, tenía como objetivo principal mantener la paz y el equilibrio del orden económico con la potestad de armar un contingente de hombres según fuese la situación. “Estas huestes dan paso a las milicias que constituían grupos de reserva al gobernador colonial” (Liendo, 2001, p. 49). En las costas y en tierra adentro se ordenaba la construcción de fortalezas, fuertes y cuarteles según se fueran asentando los conquistadores (p. 17).

La Caracas de finales del siglo XVIII, según José Domingo Díaz (2012), era la provincia más feliz del nuevo mundo, crecía a un ritmo acelerado gracias a la paz que reinaba en cada uno de sus rincones, producto de las sabias decisiones tomadas por su majestad. “En 1778 la población de la capital consistía en dieciocho mil habitantes, y en 1805 en treinta y

cinco mil; en este período la agricultura, el comercio y las rentas habían triplicado" (pp. 3, 4).

No solo esta era la opinión del criollo defensor de la Corona. Por otro lado, se pueden conocer las interesantes opiniones de un grupo de franceses que luego de haber prestado sus servicios en la Revolución de los Estados Unidos de América, visitaron nuestro país en 1783. Este grupo de oficiales estaba conformado por el caballero de Coriolis, Louis Alexandre Bertheier, el príncipe de Broglie, el conde de Segur y el conde de Dumas. En sus descripciones sobre la ciudad los visitantes coincidían en lo agradable del clima producto de encontrarse en un valle rodeado de montañas, permitiendo que la estación estuviera detenida en una eterna primavera. Muy rara vez y sobre todo en los días más calurosos la temperatura llegaba a estar entre 23 a 25 grados centígrados y las más bajas entre 15 y 17 grados. Este clima era tan benigno que en las calles aún se podía ver pasear a ancianos de 70 años. La ciudad albergaba entre 25.000 y 28.000 personas; sus casas tendían a ser muy espaciosas, pero en general de un solo piso, relacionado tal vez a los temblores y terremotos; sus calles muy bien medidas al estilo europeo y sus cuatro plazas públicas muy bien adornadas en especial la plaza real (Duarte, 1998, pp. 143, 144).

Las costumbres como las horas para ir a la iglesia, las tres comidas, las meriendas, la siesta, los bailes, la hora de encontrarse los amantes y sobre todo las hermosas damas caraqueñas, no pasaron desapercibidas. Los visitantes franceses quedaron impresionados; no cesaron en ningún momento de elogiar la amabilidad con que fueron recibidos y el alto de grado de civilización de esta colonia española.

En definitiva, la ciudad y en general la Capitanía, estaban pasando por una situación de acelerado progreso y en donde las clases sociales reclamaban sus espacios de acción. Esta situación se observaría muy marcada en los futuros acontecimientos de 1810. Pero por el momento Caracas seguía creciendo considerablemente, lo que trajo como consecuencia que el 13 de noviembre de 1778 por Real Orden se dividiera en ocho departamentos: La Pastora, Las Mercedes, La Trinidad, San Pablo, San Felipe de Neri, Santa Rosalía, San Lázaro y la Candelaria (p. 104). Por tal razón cada vez se hacía más necesario proteger la ciudad de los ataques de los enemigos de la Corona española y de los vándalos que hacían

mella en la ruta marítima, especialmente por La Guaira, vía principal para el acceso a Caracas desde el mar.

> De hecho eran 17 el total de fuertes, atalayas y castillos que desde las costas de La Guaira se iban levantando y recorriendo el camino a Caracas. El Puerto de La Guaira, principal de la Gobernación, requería refuerzos y comenzando con La Pólvora y El Asoleo, en 1590 se erige todo un sistema defensivo que fue puesto a prueba muchas veces, pudiendo ser quebrantado en algunas oportunidades (Liendo, 2001, p. 24).

Aunque la propia naturaleza con sus montañas brindaba una barrera protectora contra los ataques de los enemigos de la Capitanía, fue a la plaza de La Guaira que le tocó sufrir las violentas incursiones armadas. Se puede recordar como en dos oportunidades fue comprometida: el 27 de junio de 1680 fue tomada por el pirata francés Francisco Grammont de la Mothe y el 18 de febrero de 1743 le tocó el turno al comandante de la Marina Real inglesa Charles Knowles, quien afortunadamente no tuvo la oportunidad de ocuparla.

Por supuesto, antes de las reformas borbónicas no se descuidaba la atención hacia Caracas para su resguardo en cuanto a la dotación de pertrechos y vituallas. Esto se puede constatar en las diferentes comunicaciones entre el rey y sus funcionarios de las colonias; por ejemplo, en comunicación del 17 de junio de 1681 la relación de la artillería, pertrechos, armas y municiones que de orden de su majestad se remitieron a las partes de las Indias en los galeones a cargo del señor general marqués de Brenes, para Caracas se envió un patache con 50 quintales de pólvora en sus jarras y barriles (Suárez, 1978, p. 16).

En otra comunicación fechada el 16 de junio de 1691 se describe la relación de la artillería, pertrechos, armas y municiones que se remitieron a diversas partes de las Indias en navíos de la flota del señor general don Gaspar Manuel de Velasco y en los navíos a cargo del gobernador Juan Tomás Miluti, siguiendo las órdenes de su majestad.

Para Caracas:

- Dos piezas de artillería de hierro de a doce libras, 4.300 balas de hierro rasas; las 507 de 14; 1.810 de 12; 1.158 de a 10; 350 de a 6; y las 467 restantes de a cinco libras de calibre.
- 2.150 balas de hierro de diferencia, las 717 palanquetas, 717 angelotes, y las 716 puntas de diamante.
- 28 quintales de cuerda, con otros barriles.
- Cien mosquetes vizcaínos con sus frascos y frasquillos, en 13 cajones.
- Cien horquillas para dichos mosquetes.
- 200 arcabuces con sus frascos y frasquillos, en 20 cajones.
- Doscientos Tahalíes de bandoleras, en dos barriles.
- Quinientas varas de lienzo bramante crudo.
- Una guindaresa de cáñamo blanca.
- Doce cedazos para gramar pólvora, en dos barriles.
- Veinte quintales de balas de plomo de mosquete rasas, en veinte cajoncillos.
- 30 quintales de balas de arcabuz en 30 cajones.
- 80 quintales y diez libras de pólvora empacada, en 267 jarras de barro metidas en otros tantos barriles (pp. 45, 46).

No solamente Caracas era dotada con pertrechos militares muy necesarios para tener las costas libres de invasores, azotes del comercio ultramarino, o para mantener el orden interno de las regiones, sino que también buena parte era dirigida a otros puntos como Margarita, Mérida, La Grita, Cumaná, Araya, Maracaibo, isla de la Trinidad y Guayana.

De igual manera los planes de defensa para garantizar la viabilidad segura hacia el Puerto de La Guaira y viceversa eran constantemente revisados. La seguridad de Caracas dependía en gran medida de la defensa de La Guaira. Así, en comunicación de fecha 13 de noviembre de 1765, el gobernador de Caracas don José Solano y Bote le expresaba a don Julián de Arriaga, secretario del Despacho Universal de Indias, la necesidad de fortificar en La Guaira el cerro El Zamuro y la importante conservación de aquel puesto, inquietud compartida por las autoridades caraqueñas de la época (p. 239). A raíz de esta situación, en el año 1766 arriba a La

Guaira el ingeniero militar español Miguel Roncali, conocido como el conde Roncali.

El 28 de julio de 1766, el conde Roncali dio a conocer sus impresiones sobre la situación encontrada en La Guaira y Puerto Cabello; fue claro al manifestar que La Guaira era de vital importancia para la capital de la provincia por su cercanía a su frontera marítima. Verificó el pobre estado de defensa que tenía la fortificación, lo que la hacía incapaz de defenderse activamente en caso de un ataque en el que de seguro resultaría sometida sin mayor problema. La posibilidad de un desembarco de tropas para la ocupación de esta plaza parecía inminente y de haber ocurrido el ejército enemigo hubiese marchado sobre la capital apoderándose de la provincia de Venezuela. Sin embargo, no hubiese resultado nada fácil remontar el camino que comunica La Guaira con Caracas, gracias a la abundante vegetación y los desfiladeros naturales que hubiesen entorpecido los movimientos del enemigo. Por esta razón los invasores se tenían que conformar con la ocupación de La Guaira y gozar de todos los beneficios que este puerto les podía ofrecer en materia económica al controlar un vasto comercio, lo que sin duda hubiese traído como consecuencia un fuerte descenso en las arcas de la Corona española (pp. 243, 244).

Previendo esta situación, Roncali preparó un plan para la defensa de La Guaira, planteando la construcción de dos fortificaciones principales: una en la loma El Zamuro y la otra en Las Tunas. El ingeniero planteaba que aunque los enemigos lograsen desembarcar tropas y dominar las defensas de tierra firme, desde la fortificación de El Zamuro, por su magnífica posición y altura, se les dificultaría mantener el control absoluto del puerto. Si la fortuna les sonriese y efectivamente también lograsen tomar este fuerte, podrían establecerse en La Guaira sin jamás encontrar tranquilad, pues desde el fuerte de Las Tunas las bombas lloverían (p. 246). Esta obra de gran infraestructura diseñada para la defensa de La Guaira tuvo un costo para la época de 260.373 pesos.

Tabla 1. Costo de construcción de la infraestructura militar de La Guaira

	Pesos
El Fuerte que ha de ocupar la altura de las Tunas comprenhendiendo la escavazión y puentes de las Cortaduras importará	**139.263**
La obra proyectada para que ocupe la altura del Zamuro costará	**26.015**
Para construir la Batería alta y Escalera de comunicazión se necesitan	**13.578**
La Battería de San Juan con el cuerpo de Guardia correspondiente y su cortadura costará	**6.000**
Para executar la Battería proyectada en el puesto llamado del Palomo son menester	**4.000**
Los tres ordenes de edificios que han de servir para quarteles y almacenes de viveres, con abitación alta y baja, colocados junto a la Battería del Cólorado costarán	**68.529**
Para construir el Parapeto que circuye exteriormente el Colorado y sirve para la defensa de los Escarpados inmediatos apostando fusilería importará	**988**
En conducir agua desde la Sierra a las Tunas, Zamuro, Battería del Colorado, a fin de llenar los Algibes en caso de necesidad, se gastarán	**2.000**
Suma total	**260.373**

Fuente: Suárez, Santiago-Gerardo. *Fortificación y defensa.*

Ya referido el valor estratégico de La Guaira, Caracas, como cualquier capital en el mundo, necesitaba mantenerse resguardada tanto de los enemigos internos como de los externos, y para finales del siglo XVIII contaba con estructuras militares bien concebidas.

Carmen Liendo (2001) señala, según datos de Francisco Depons, que las tropas acantonadas en Caracas para este período estaban en 3438 efectivos discriminados de la siguiente manera:

Tabla 2. Número de tropas acantonadas en Caracas, 1804

Tropa de Línea	Totales	
Caracas		
Tropa de Línea		
12 Compañías: 1 de Granaderos	**71**	
11 de Fusileros de 77 hombres	**847**	**918**
Artillería		
1 Compañía	**100**	
2 Compañías de milicias de blancos	**200**	
4 Compañías de milicias de pardos	**400**	
2 Compañías de milicias de negros	**200**	**900**
Milicias		
1 Batallón de blancos de 9 compañías	**800**	
1 Escuadrón de blancos	**100**	
1 Escuadrón de pardos	**720**	**1.620**
		3.438

Fuente: Liendo, Carmen Brunilde. *El Cuartel San Carlos y el Ejército de Caracas 1771-1884*.

Para el año de 1772 se realizó un inventario del material de guerra existente en los Reales Almacenes de la ciudad de Caracas a cargo del capitán de infantería Salvador Escurpí, el cabo de artillería Pablo Vidal y el brigadier Joseph Carlos de Agüero. En el inventario del almacén de la plaza Mayor se evidenciaba que el material existente correspondía al uso de la defensa más que para realizar alguna incursión armada. Existían tan solo 867 fusiles nuevos y 131 fusiles antiguos, sin contar con la compra de 400 fusiles hecha por el batallón de Milicias de Blancos y los 605 fusiles por el batallón de Pardos, los cuales serían utilizados para los ejercicios de enseñanza (Suarez, 1978, pp. 259, 260).

> Es así como el cuerpo militar de Caracas se configuró. A partir de 1752 se concreta la creación de una unidad regular: 720 hombres de infantería y 35 de caballería. La tendencia a perder hombres y las dificultades para llenar las vacantes se manifestarán en todo el período. La primera práctica fue incorporar hombres de las milicias de la provincia de manera más o menos permanente al Ejército Veterano. La continua recomposición del batallón trae a sus filas a uniformados del Regimiento de la Reina de 1799 a 1803, como a un número ascendente de criollos, los cuales suplantarán a los andaluces como grupo dominante. Este fue el germen de no pocos conflictos dentro de la Institución: peninsulares y criollos se disputaban el monopolio de privilegios, hidalguía y méritos (Liendo, 2001, pp. 100, 101).

La vida cotidiana del caraqueño de la época, en especial de la clase criolla dominante, transcurría apegada a códigos de comportamientos muy marcados donde prevalecía el culto religioso, los agasajos de la alta sociedad y los negocios según la actividad económica a la que se dedicara el jefe de la familia. Pero, fieles herederos de la gloria y el honor de sus antepasados conquistadores, veían en las milicias otra vía oportuna para acceder al poder político que tanto anhelaban. Por ello, no es casual que en los acontecimientos de principios del siglo XIX fuesen los más preclaros apellidos caraqueños los que estuviesen al frente.

> La formación de las milicias de castas venezolanas representa, desde el punto de vista étnico-social, una empresa de gran complejidad, contra la cual conspiraban, de hecho, la organización política, las realidades económicas, los prejuicios sociales y, sobre todo, la estructura social. El trabajo organizativo para el logro de ese objetivo se emprendió en una época en la cual, a lo largo y ancho de las Indias, los círculos superiores de la jerarquía social dieron rienda suelta a cierto exclusivismo segregacionista que erosionaba las posibilidades de ascenso de los grupos sociales subalternos (Cardoza, 2012, p. 48).

La incursión cada vez más marcada de los criollos en las direcciones de las milicias trajo como consecuencia una serie de descontentos entre los españoles, al punto de que durante la segunda mitad del siglo XVIII eran constantes las misivas dirigidas al rey solicitando su intervención para tratar este asunto. Se puede tomar como ejemplo de estas pugnas entre españoles y criollos caraqueños el caso de un grupo de españoles peninsulares que en comunicación de fecha del 18 de junio de 1769 suplicaron al rey acceder a sus derechos para ejercer cargos públicos, así como lo hacen los criollos: "Así es (Señor) que nosotros no podemos ser alcaldes, Regidores, Oficiales de Milicias, ni (en una palabra) obtener en esta Ciudad empleo alguno honorífico" (Mago, 2012, p. 421). Son variados los argumentos que utilizaban para explicar a su rey la incómoda situación que estaban padeciendo; entre ellos se puede destacar el siguiente:

> El año de 1764 levantó vuestro Governador en esta Ciudad varias Compañías de milicias urvanas, que dividió por Provincias, y entre otras, apedimento de estos Naturales, formó la que llevamos dicha de caballería, con Título de Nobles Aventureros de Caracas, (la otra de Yfantería se creó posterioremente) para la que nombró Capitán primero y segundo Theniente, Dos Subtenientes, Dos Ayudantes, Brigadieres y otros Oficiales, y entraron por Soldados de ella, sólo los Criollos que eligió el Cavildo, graduando por Nobles a los que habían sido Alcaldes, Regidores, y sus hijos, y excluyendo a quantos no fuesen de este distintivo, cuyo hecho privaron a los Españoles de su goce, pero sin embargo vivíamos en la satisfacción (aunque muy a pesar, y con repugnancia del Cavildo y sus secuaces) de que quando por todos caminos nos quitaron el uso, no ya de distinción sino que tuviese algún uso de ella (pp. 428, 429).

Otro ejemplo sobre la compleja situación entre españoles y criollos lo muestra el caso seguido a don Sebastián de Miranda cuestionando la legalidad de la jerarquía de capitán que poseía (pp. 454, 455). En la compañía de milicianos ya descrita en la comunicación enviada al rey se encontraban los apellidos más ilustres del mantuanaje caraqueño, los "Bolívar y Palacios, Tovar y Blanco, Xerez de Arestigueta, Ibarra Galindo,

Palacios y Sojo, Verois y Rada" (Cardozo, 2013, p. 33), los cuales paradójicamente estarían directa e indirectamente ligados a los acontecimientos del 19 de abril de 1810 y en la vanguardia como los jefes militares de la futura independencia.

Símbolo emblemático para la memoria militar de la Caracas durante el siglo XVIII fue la construcción del cuartel San Carlos.

> Para levantar las edificaciones del cuartel San Carlos se escogió un amplio lugar, las Sabanas de La Trinidad, desde donde se podría maniobrar hacia todo el valle de Caracas. Estratégicamente era el mejor terreno ya que desde ese lugar se dominaba todo el valle de Caracas y además se controlaba el paso por la Puerta de Caracas, lugar obligado para quienes iban al Puerto de la Guaira o venían de él, ejerciendo la supervisión del acceso por el Camino Real, pero fuera del núcleo primario de manzanas que a cordel trazaron los fundadores (p. 103).

El 10 de enero de 1791 el superintendente de la obra le informaba a don Pedro de Lerena la culminación del cuartel y la entrega por el Cuerpo de Ingenieros a la Plaza y Batallón de Veteranos, notificándole además que desde el 30 de diciembre del año anterior ya se encontraban en dichas instalaciones las tropas correspondientes (p. 111).

Emblema de la capital era su batallón Caracas, nutrido de soldados y oficiales profesionales al mando del brigadier Cagigal, "cuya lealtad a la Corona nunca estuvo en tela de juicio. La renuncia de Emparan tuvo el efecto de inhibir su capacidad de reacción ante un hecho que, en abril de 1810, no podía ser visto como una seña de desobediencia al rey" (Thibaud, 2003, p. 34).

> El nuevo gobierno se ganó a las fuerzas armadas gracias a la alza de salarios y ascensos. La huida de los realistas —del brigadier Cagigal de Caracas, pero también de Sámano, el coronel del Auxiliar de Santafé de Bogotá—, permitió las promociones rápidas, incluso las de gentes de color. Arévalo, el capitán pardo del 19 de abril, ascendió así al grado de

> coronel, a pesar de la ordenanza de 1643. Manuel y Ramón de Ayala obtuvieron también este grado, y el primero se convirtió en comandante de la estratégica plaza de La Guaira. Su hermano, Juan Pablo, accedió a la presidencia de la junta de armas, que dirigía a la institución militar. Juan de Escalona saltó del grado de capitán del batallón de Caracas al de brigadier comandante de la plaza de La Guaira, sin respeto por la continuidad de la graduación. El 18 de mayo de 1810, la Junta procede además a hacer una serie de promociones, tanto en el seno del batallón veterano de Caracas como en las milicias. En esta forma se promueve a sesenta y seis miembros de las élites ilustradas. En el curso del año 1810, esta generosa distribución obedeció a la necesidad de colocar hombres seguros en los puestos dejados vacantes por la huida de los oficiales superiores y generales de la Corona (p. 35).

Una Caracas que, durante la primera década del siglo XIX, fue testigo de los acontecimientos políticos que llevaron a coincidir en medio de tertulias y reuniones secretas a hombres de diferentes estamentos sociales, pero que compartían los mismos intereses. Se entiende que la escala de conflictos luego de los acontecimientos de 1810 y 1811 apuntaban a los enfrentamientos armados entre patriotas y realistas, la Venezuela de entonces, en las palabras de Guillermo García Ponce (2002), "no reunía ninguna de las condiciones para el establecimiento de una industria de guerra: era un país colonial, feudal-esclavista, agropecuario, no siendo extraño que en su guerra predominara la lanza y el caballo" (p. 97). Esto obligaría a los patriotas a establecer maestranzas de guerra para la elaboración y confección de las armas que requerirían para enfrentar a uno de los ejércitos más modernos conocidos para la fecha.

> Las primeras maestranzas de guerra aparecieron en Caracas en 1811. La *Gazeta de Caracas*, en su número del 11 de junio, publicó una información dando cuenta de la existencia de una "fábrica de fusiles", en Petare. La Junta de Gobierno concedió su inmediata protección a la empresa, que era dirigida por el "artista de herrería" don Manuel Toro, colaborando en la maestranza, don Gerónimo Ricaurte, Dionisio Palacios y

> don Manuel de las Casas. Los proyectos, impregnados de entusiasmo, consignaban la intención de producir treinta fusiles diarios. Los primeros modelos obtuvieron vivos elogios de las autoridades caraqueñas, las cuales tenían idea sobre las necesidades de las milicias, pero que desconocían las duras realidades de la guerra. Pese a las continuas reorganizaciones que practicó el gobierno, la maestranza de Petare no dio los resultados apetecidos (p. 98).

En todo caso los patriotas, pese a sus esfuerzos locales, comprendían que las operaciones insurgentes dependerían en gran medida de las armas y pertrechos provenientes del exterior; era por ello una necesidad imperante mantener el control en los puertos que facilitaran el comercio de los mismos.

Capítulo II
De Coronel vencido a Brigadier victorioso

Aprendiendo a conducir tropas

La Junta Suprema de Caracas resuelve enviar a tres funcionarios diplomáticos a Londres: el coronel don Simón Bolívar, el comisionado ordenador Luis López Méndez y el oficial primero de la Secretaría del Estado don Andrés Bello, para solicitar a la Corona inglesa el reconocimiento de esta provincia que se declaraba aliada de Inglaterra una vez que se había revelado en contra del tirano de Europa, Napoleón Bonaparte. Pronto comprenderán estos jóvenes diplomáticos que la geopolítica internacional es un juego de intereses donde prevalece el interés propio. La Corona británica, a pesar de sus guerras históricas, ahora compartía con la Corona española un mismo enemigo. Por esta razón la misión no cumplió con el objetivo que se tenía planteado; por lo menos no para los intereses de la Junta de Caracas, pero sí para el coronel Bolívar, según Mariano Picón Salas (2006): "Bolívar convida a Miranda para que vaya a Venezuela y actúe en primer plano de la revolución que allá se estaba gestando" (p. 159). Sin duda alguna veía en el viejo general la chispa, la experiencia y la astucia política que se necesitaban para avanzar en la construcción definitiva de la nueva República. Convencido estaba el joven coronel de la necesidad de darle un empuje a la Junta de Caracas con un liderazgo fuerte, que no temiese por su estatus social o por sus intereses económicos; total, sería su acaudalada familia la que en principio lo acobijaría con su protección (p. 159).

Una vez Miranda en Caracas, los acontecimientos se fueron generando uno tras otro. La sociedad caraqueña estaba plagada de contradicciones, la Junta parecía ir hacia rumbos distintos al planteado por los integrantes de la Sociedad Patriótica. Aunque Bolívar y Miranda advertían sobre los riesgos implícitos para la naciente República siendo federal, el

21 de diciembre de 1811 se sancionó la primera Constitución. La Provincia de Coro se sublevó y las recién organizadas fuerzas armadas republicanas fueron obligadas a retirarse, convirtiéndose en la primera derrota armada de las milicias patriotas.

Encendiéndose las mechas por todos los rincones de la antigua Capitanía, llegaría a Caracas el 13 de agosto de 1811 la noticia de la insurrección de Valencia. Don Francisco de Miranda, ahora ungido como jefe militar, de inmediato ejerce su rol y planifica las operaciones para enfrentar la rebelión de Valencia. Esta operación militar es de gran importancia, ya que sería la prueba de fuego del coronel Bolívar; su participación en este evento ha sido largamente debatida entre sus biógrafos. Sobre el asunto, podemos considerar varias opiniones que se han escrito al respecto.

El historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre (2011) en su biografía sobre Bolívar escribe:

> Y cuando Bolívar —quien tenía el grado de coronel del regimiento de las Milicias de Aragua— se presentó a ofrecerle sus servicios en tal calidad, con brusca franqueza lo rechazó, justificando esta negativa, que a todos sorprendió, con la explicación de que Bolívar era un «joven alocado y peligroso» a quien no se le podía confiar tareas de alta responsabilidad, tareas que Miranda reservaba para los oficiales extranjeros, o para aquellos venezolanos que verdaderamente tenían conocimientos técnicos, como Soublette, quien en esos días fue incorporado al estado mayor del Generalísimo. Bolívar recibió la inesperada ofensa en silencio y solicitó entonces a Fernando Toro le llevara a la campaña como ayudante suyo. Éste le hizo incorporar a su cuerpo de edecanes, y en tal calidad pudo entrar en campaña con las tropas que Miranda enviaba a dominar la ciudad rebelde de Valencia (p. 114).

Interesante el comentario de Liévano Aguirre, donde puntualiza varios datos a considerar. El primero, la apreciación de Miranda sobre Bolívar, que evidencia un problema existente entre estos dos militares que representarían la vieja y la nueva guardia. El segundo dato a con-

siderar es que Miranda reservaba puestos importantes a oficiales que poseyeran "conocimientos técnicos"; por supuesto, queda la duda sobre comprender a qué conocimientos específicos se refería el generalísimo exactamente. Recordemos que aunque este sería el bautizo de fuego del coronel Bolívar, su formación venía de una escuela militar abonada por los amplios conocimientos adquiridos en los clásicos técnicos y teóricos de la historia militar universal. Por último, Liévano asegura que el coronel buscó la manera de entrar en acción aunque fuese como edecán de Fernando del Toro.

Ahora bien, el historiador venezolano Augusto Mijares (1987), no asegura en ningún momento que Bolívar fuera edecán del marqués del Toro; al contrario, afirma que combatió como jefe del Batallón Aragua:

> … los rebeldes de Valencia lograron derrotar al Marqués del Toro, a quien una vez más confió el ejército el gobierno. Entonces se organizó una expedición al mando de Miranda, y Bolívar hizo de ella sus primeras armas, ya de Coronel y como Jefe del Batallón Aragua. El General Miranda, que según el escocés Semple, entonces en Venezuela, "se expuso él mismo considerablemente", cita por tres veces a Bolívar en sus partes al gobierno: para indicar que con don Fernando del Toro —que quedó herido y para siempre inválido— atacó el 23 de julio los dos puntos en donde el enemigo se había hecho fuerte; entre los oficiales que sobresalieron en esa acción; y, el 13 de agosto, para anunciar que "se ha distinguido en las diversas funciones que ha tenido a su cargo" y que, en unión del Capitán Francisco Salias, lleva al Ejecutivo informes verbales (p. 204).

Otra mirada sobre este asunto la dio el historiador ecuatoriano Alfonso Rumazo González (2006), cuando destaca cómo las relaciones personales entre ambos ya son irreconciliables.

> Exige, eso sí, que Bolívar no conste en el ejército, por "joven peligroso". Bolívar apela ante el Consejo de Guerra, Miranda cede. […] ordena a

> Bolívar llevar al Gobierno el parte de la victoria; en ella hace esta fría recomendación del joven coronel: “Manifiesto que a Bolívar, así como sus compañeros, se han distinguido en las diversas funciones que han tenido en estos patrióticos trabajos”. Y por medio de esta recomendación, le deja sin empleo en el ejército hasta nueva oportunidad (p. 76).

Por su parte, Lucas Guillermo Castillo Lara (1972) es más enfático y preciso al describir este hecho:

> Miranda partió el 19 de julio al frente de las tropas. Después de unas escaramuzas en Mariara, atacaron el Morro donde se había fortificado el enemigo y doblegaron su resistencia. Miranda comete el error de entrar desprevenido con sus tropas a la ciudad, confiado en que el enemigo estaba rendido y en unas supuestas proposiciones de paz. Desde el cuartel de los pardos, el Convento de San Francisco y otros edificios, fueron violentamente atacados. El Coronel Bolívar al mando de sus fuerzas, se lanzó una y otra vez con arrojo sobre el enemigo, pero al fin el Ejército tuvo que retirarse. El parte oficial menciona entre otros al Cnel. Simón Bolívar, como “dignos de la gratitud nacional”. Era su primer hecho de armas (p. 97).

Finalmente, sobre este hecho son muy acertadas las investigaciones de Fernando Falcón (2006), donde hace referencia sobre el asunto de la siguiente manera:

> Este incidente es narrado de forma más o menos unánime por la gran mayoría de los biógrafos del Libertador. Tienen su origen en comentarios que le hiciese Cristóbal Hurtado de Mendoza a Rafael María Baralt, los cuales fueron ratificados por Francisco Javier Yánes y luego reproducidos en el Resumen de la Historia de Venezuela […]. Los memoristas de época como Briceño Méndez y O´Leary también incluyen esta anécdota como parte de sus recuerdos personales […]. A pesar de la unanimidad de los biógrafos en relación con el incidente no hay acuerdo

> en relación con la forma en que Bolívar marcha a la campaña. Para algunos, participó en la misma como edecán del marqués del Toro, cargo éste bien poco airoso para un coronel. Otros consideran que debido a que Bolívar solicitó ser juzgado en Consejo de Guerra, Miranda accedió a que marchase a la cabeza de su unidad. Los diversos acontecimientos de la campaña permiten suponer que esta ultima [sic] versión es la más válida aunque, paradójicamente, la menos acogida por los biógrafos del Libertador (p. 128).

Este hecho en la vida de Bolívar dejaría al joven militar extasiado de lo vivido, con ganas de volver al campo de batalla y continuar con su aprendizaje. Empero, al transcurrir el tiempo comenzaría a comprender que el arte de la guerra siempre debe ir acompañado del arte de la política. Lo importante aquí para la investigación no es su rendimiento al lado del marqués en aquellos días, sino lo transcendental que fue su bautizo de fuego o primer hecho de armas. Ya la nación le comenzaría a dar signos de gratitud por su arrojo y valentía, pero sobre todo por su patriotismo (Castillo, 1972, p. 97).

Luego de estos acontecimientos tempranos en su carrera militar, vendría otro suceso que marcaría profundamente su vida. Miranda aun manteniendo sus diferencias decide enviarlo como comandante de la Plaza de Puerto Cabello. Para algunos historiadores esta fue una estrategia del propio Miranda para mantener a Bolívar fuera de las operaciones militares y políticas que se daban desde la capital (Mijares, 1987, p. 216).

Comenzaría sus actividades como comandante político-militar y subdelegado de las rentas nacionales en la Plaza de Puerto Cabello el 4 de mayo de 1812. Bolívar aceptaría este puesto por disciplina al comando.

> La plaza de Puerto Cabello está situada sobre una península en cuyas alturas «había un fortín —dice Rivas Vicuña— llamado Solano, y guarnecían sus costas dos baterías, habiendo además unos barrancos, fáciles de fortificar. Comunicaba la península, por medio de un puente levadizo, con el islote artillado, que era la plaza propiamente dicha, y en la que había construido el fuerte de San Felipe en un peñón en aguas más

> profundas que la plaza, reducto bien fortificado para la época y que abrigaba, junto con los almacenes de armas y municiones, las bóvedas que servían de cárcel. Completaban los recursos de la plaza los bergantines Celoso y Argos, la goleta Venezuela, un pequeño buque apostadero y un número muy reducido de embarcaciones menores» (Liévano, 2011, p. 120).

Bolívar aún se encontraba en un proceso de aprendizaje como líder político, y adopta de una manera arbitraria ejercer rigorosas medidas para someter a los pobladores al cumplimiento de las leyes de la nueva República. Cada día la situación se hacía más compleja al ocurrir hechos de insubordinación entre sus subalternos, como el caso del comandante de artillería Domingo de Taborda. Ya para el 30 de junio los prisioneros que se encontraban allí recluidos contaron con la ayuda de oficiales patriotas y se levantaron en armas en contra de la autoridad de la República. A la cabeza del motín estaba el subteniente del Batallón de Milicias de Aragua, Francisco Fernández Vinony, a quien más tarde, Bolívar lo referiría como “oficial indigno”.

> La causa que tuvo, según las conjeturas, el Subteniente Vinony para vender la fortaleza, fue hallarse quebrado de los fondos de su compañía, por una parte, y la seducción de mando o riqueza que esperaba este traidor por recompensa de su felonía, luego que los reos de estado estuviesen en libertad y su paisano Monteverde se apoderase de la plaza. Este oficial indigno de serlo, es un hombre de una conducta detestable, sin honor y sin talento. Yo ignoraba todo esto (ADL, 1812, d. 97).

El coronel Bolívar se batiría día y noche contra el enemigo tratando de sofocar la rebelión, pero era una causa perdida. La falta de recursos materiales y humanos arruinó la estrategia que utilizaría Bolívar y solamente pudo optar por soportar el ataque del enemigo con la esperanza de que Miranda en cualquier momento lo socorriese. Auxilio que jamás llegó por parte del generalísimo, aunque desde el primer momento en que comenzaron a generarse los acontecimientos siempre el coronel

mantuvo a su jefe informado de los sucesos. Lo podemos observar en las nutridas comunicaciones que Bolívar le dirige. El 31 de junio solicitaba apoyo para extinguir el alzamiento, ya que los rebeldes contaban con los pertrechos del castillo y pronto serían auxiliados por las tropas del jefe realista Domingo Monteverde (ADL, 1812, d. 95). El 12 de julio, luego de haber escapado de la plaza de Puerto Cabello, le escribiría amargamente a su jefe sobre la penosa situación en que se encontró durante la refriega armada en la plaza. El joven no estaba herido físicamente, pero sí mortalmente en su orgullo. Expresaba que se sentía incapaz de mandar y culpable por la gran pérdida que había sufrido la República; dejó muy claro que el temor y la cobardía se apoderó de la población por creer que el auxilio se encontraba distante (ADL, 1812, d. 96). El 14 de julio escribía su parte oficial de la pérdida de Puerto Cabello, día por día con el extraordinario talento de detallar los acontecimientos (ADL; 1812, d. 97). Tal vez fueron los seis días más largos de la vida del coronel hasta el momento, pero también fueron de gran valor para incrementar sus conocimientos en la guerra, escrudiñar en su interior y su perfil psicológico ante situaciones extremas que necesitan de la toma de decisiones y sobre todo ampliar sus conocimientos sobre el comportamiento humano, en este caso la traición y la cobardía. Por otro lado, no le quedaba clara la actitud de Miranda hacia él. Se puede pensar, tal vez, que el viejo general cansado de años de lucha revolucionaria por todo el mundo no se adaptaba a este ejército que estaba naciendo, sobre todo a sus jóvenes oficiales inexpertos en algunos casos o adelantados en otros.

> El proceso psicológico que conducirá un año después a la violenta reacción del Libertador contra el Precursor es muy lento y complejo, y, hasta las vísperas del desastre, Bolívar más bien afana por servir decorosamente a don Francisco. Hay la contrapartida, y es que Miranda, acaso enconado por los enredos del clan aristocrático, no estimó en toda su valía la impetuosa personalidad de Bolívar (Picón, 2006, p. 184).

Luego de estas acciones el capitán de fragata don Domingo de Monteverde, enviado por la Corona española para pacificar a los insolentes

provincianos, logra su objetivo, acabando con los sueños independentistas de los patriotas. El generalísimo don Francisco de Miranda fue encarcelado y el coronel Simón Bolívar fue expulsado del país. Irónicamente, el propio Monteverde le otorgaría el pasaporte a quien en el futuro sería el motivo de la desgracia de su carrera militar. Conseguido el permiso gracias a las diligencias de un gran amigo de la familia Bolívar, don Francisco Iturbe, el joven coronel vencido debía partir inmediatamente de Caracas rumbo a Curazao el 12 de agosto de 1812 en el velero Jesús, María y José.

Sus días en la isla fueron terribles; en la letra del propio Simón afirmaba: "yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida, que ya comienzo a ver con demasiado hastío y hasta con horror" (ADL, 1812, d. 66). Agotado físicamente, mas no espiritual ni mentalmente, a principios de noviembre Bolívar se embarcó rumbo hacia Cartagena acompañado de algunos amigos que también habían encontrado refugio allí, como José Félix Ribas, Pedro Briceño Méndez, Manuel Tejada, entre otros. Fueron largos días y noches lidiando contra el hambre y la miseria, pero su mente y su espíritu estaban bien alimentados de pensamientos y reflexiones sobre lo ocurrido en su patria. Arribó a Cartagena de Indias en octubre de 1812 y de inmediato, como hombre de armas, ofreció sus servicios militares a los neogranadinos que habían seguido el ejemplo de Caracas abrazando la idea independentista.

Al habérsele hecho un estudio de sus méritos y la validez de su grado de coronel, el jefe del Poder Ejecutivo de la provincia, don Manuel Rodríguez Torices, lo designa para ocupar una plaza como oficial bajo las órdenes del coronel francés Pedro Labatut. De inmediato pasó a comandar las guerrillas de Barrancas a orillas del río Magdalena (Cova, s/f, p. 77). Pero la formación del carácter del futuro genio de América aún debía soportar nuevas pruebas, pues su jefe Labatut conocía de los sucesos en Venezuela, era amigo personal de Miranda, desconfió y de inmediato marcó distancia del joven caraqueño.

El 15 de diciembre de 1812, Bolívar publicó en Cartagena de Indias su famosa "Memoria dirigida a los Ciudadanos de la Nueva Granada por un Caraqueño", mejor conocida como "Manifiesto de Cartagena", donde explica cuáles fueron, según su juicio, las causas de la pérdida de la

Primera República en Venezuela. De este célebre documento podemos resaltar lo siguiente:

- Destaca la excesiva tolerancia asumida por el Gobierno con la ciudad subalterna de Coro, la cual no aceptó la legitimidad del nuevo orden republicano declarándose como ferviente enemiga de la causa libertadora.
- La falta de voluntad de los gobernantes para aplicar las leyes como factor determinante para la salud de la patria, pues se cometieron atroces delitos acompañados de un perdón indigno.
- La deficiente organización del Estado que afectó directamente la formación de una fuerza armada bien adiestrada; existían cuerpos de milicias indisciplinadas en lugar de ejércitos de soldados instruidos para la batalla y la vida castrense. Bolívar pensaba que la República no necesitaba de hombres pagados, sino de ciudadanos bien dispuestos y preparados para protegerla cuando esta estuviese en peligro.
- La falta de unidad entre los venezolanos hizo que las provincias se distanciaran aún más. El Congreso Federal le concedió a Caracas el noble puesto de ser la capital, lo cual despertó recelo entre las otras, en especial la provincia de Valencia.
- La naciente República se vio ahogada por el incremento desmedido de la burocracia y de las rentas públicas; se debía pagar a una gran cantidad de funcionarios, oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores, entre otros; fue imposible de cancelar el monto, a pesar del establecimiento del papel moneda, que no fue bien aceptado entre la población.
- La naturaleza también jugó un papel significativo como causa del desmoronamiento de la República cuando el 26 de marzo de 1812 un terremoto azotó cruelmente las tierras venezolanas, siendo Caracas una de las más afectadas. Esto repercutió indiscutiblemente en la moral de los ciudadanos al ser vilmente manipulado por el clero católico; los curas promonárquicos y otros extranjeros utilizaron este trágico momento para avivar el descontento del pueblo y llevarlo a la sublevación.

- El Libertador insistió en criticar el sistema federal adoptado. Sin duda este régimen podía brindar la mayor suma de felicidad a cualquier sociedad, pero en nuestro caso sus postulados resultaban contrarios para un Estado naciente. La nueva República debía organizarse sobre bases sólidas que solamente podría ejecutar un Estado unitario y articulado con todas las provincias (ADL, 1812, d. 112).

La intención de Bolívar era hacer comprender a los granadinos lo ocurrido en Venezuela, advirtiendo sobre la posibilidad de repetirse tarde o temprano en cualquier otra provincia. Los instaba a impedir, utilizando todos los medios, el avance de España, pues poseía el control sobre su patria y no se detendría hasta someter de nuevo otra colonia rebelde.

> Las más grandes ideas subsisten sin resultado, mientras no se compruebe su utilidad. Los conceptos geniales emitidos en la Memoria de Cartagena, no produjeron ningún efecto, y el Gobierno sólo le dio al joven Bolívar el puesto pasivo de comandante de Barranca, puerto notable por tener un pequeño fuerte, con 70 hombres de guarnición, cuando sus compañeros de viaje, los Carabaños, Campomanes y Labatut le encomendaron empresas militares de importancia (Lecuna, 1955, p. 2).

Barrancas era "un pueblecillo miserable, de casas guadua, habitado en gran parte por negros, a unos cien kilómetros de Cartagena, tiene la única importancia militar de hallarse a orillas del río Magdalena, por donde llegan los víveres del interior" (Rumazo, 2006, p. 87). Una vez en Barrancas, el coronel Bolívar reunió a la tropa bajo su mando y observó de inmediato el deplorable estado en el cual se encontraba por falta de disciplina. Puso a sus hombres en actividad para organizarlos y los sometió a un rápido e intensivo adiestramiento, lo que asombró a los pocos habitantes de este humilde poblado. Para el 27 de diciembre de 1812 su tropa de 70 hombres de la guarnición, había crecido a casi 250 soldados gracias a los voluntarios y reclutas del pueblo. De esta manera todo esta-

ba preparado para abandonar el caserío rumbo a Tenerife, con la intención de expulsar a los españoles allí acantonados (Lecuna, 1955, p. 2).

En marcha sus hombres se desplazaron sigilosamente por el río Magdalena hasta el pueblo de Salamina para descansar y recargar sus provisiones. Bolívar dejó reposando a orillas del río a sus soldados, lo que despertó la curiosidad entre los pobladores. Luego se dirigió con algunos oficiales a la taberna del pueblo para recaudar entre los habitantes del lugar información sobre el enemigo. Estaría haciendo lo que en la modernidad conocemos como labores de inteligencia. Al respecto, Sun Tzu (2012) dice: "Lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es la información previa" (p. 121). El 23 de diciembre de 1812 llegaron las tropas a Tenerife. Bolívar decidió diplomáticamente enviar una cláusula de rendición, la cual no fue aceptada por las tropas realistas. Demostrando sus dotes en las tácticas militares, desembarcó su pequeño ejército en diversas posiciones estratégicas sitiando al enemigo donde se escenificaría un reñido y sangriento combate. Los realistas no pudieron contener por más tiempo el ataque del coronel y temiendo ser sitiados en aquella plaza decidieron abandonarla, dejando atrás piezas de artillería y algunas embarcaciones pequeñas que Bolívar tomó como parte del botín de guerra. Al día siguiente entraron en la villa de Barrancas y proclamaron la libertad de navegación del río Magdalena. Triunfante, el joven coronel reunió al Cabildo y con gran entusiasmo hizo una apología del gobierno de la justicia y en contra de la tiranía, culminando su discurso con estas palabras:

> Comparad, ciudadanos, la lisonjera perspectiva que se os presenta en el sistema adoptado por Cartagena, con el horroroso cuadro de crímenes e infortunios que habéis tenido a la vista hasta el presente, bajo el poder absoluto de los monstruos que os han mandado de España sus feroces mandatarios. Comparad, digo, ambos gobiernos; y decid, según la expresión de vuestra conciencia, ¿cuál de los dos es el justo? ¿Cuál de los dos es el liberal? Y ¿cuál de los dos merecerá las bendiciones del Creador? (ADL, 1812, d. 113).

A medida que se van desarrollando las acciones va aumentado la hueste libertadora, derrotando a su paso vencedor los destacamentos situados en Plato y Zambrano. El 27 de diciembre entró triunfante en Mompox, y salió de allí el 29 de diciembre con 500 hombres en una cuadrilla de los mejores buques del lugar. Por otro lado, producto de los recientes sucesos, el español Campani decidió evacuar el Banco donde había tres compañías realistas, logrando Bolívar arribar el 1 de enero de 1813 (Lecuna, 1955, p. 2).

Fue así como los acontecimientos se fueron dando uno tras otro, trayendo consigo los laureles de la victoria emancipadora. Bolívar había aprendido a no detenerse a disfrutar del triunfo; al contrario de lo que pensaban los realistas, el coronel retrocedió hacia el Magdalena para entrar en Tamalameque. Desde el cuartel general del Puerto Nacional de Ocaña comunicó al secretario del Soberano Congreso de la Nueva granada el 8 de enero de 1813 lo siguiente:

> Tengo la satisfacción de participar a V.S. que habiendo sido encargado por el Gobierno del Estado de Cartagena de pacificar los lugares que ocupaban los enemigos en el Sur de la Provincia de Santa Marta, desde la Villa de Tenerife hasta la Ciudad de Ocaña, he logrado poner en libertad la navegación del Magdalena, reconquistar toda la parte enemiga, derrotar completamente sus tropas, tomarle cien prisioneros, muchos oficiales, 200 fusiles, la mayor parte de su artillería montada, cinco buques de guerra, sus pertrechos y municiones de boca; y puesto en una vergonzosa fuga las reliquias del Guamal, Banco, Chiriguaná y Tamalameque. Bien pronto tomaré posesión de Ocaña. Todas estas operaciones se han ejecutado en el término de quince días; lo que suplico a V.S. se sirva elevarlo al conocimiento de Su Alteza Serenísima (ADL, 1813, d. 116).

Gracias a estos primeros hechos quedaron restablecidas las comunicaciones de Cartagena con el interior del antiguo Virreinato. Bolívar recibió noticias del entusiasmo existente entre los pobladores de Ocaña, sitio de excelente posición estratégica para el avance hacia Venezuela. Al

deducir esto, el coronel dejó parte de su tropa en el Magdalena y se dispuso marchar sobre Ocaña el 8 de enero de 1813.

Conocidas las noticias sobre el avance de los patriotas, los realistas reúnen una fuerza de 640 hombres para la defensa de Ocaña. Las tropas de Bolívar "toman por tierra hacia Oriente; trepan, vehementes, el lomo de la cordillera y caen sobre la pequeña ciudad de Ocaña donde no encuentran resistencia. En sólo quince días ha sido limpiado de enemigos el gran río navegable" (Rumazo, 2006, p. 89).

Ya la brújula de Bolívar buscaba rumbo hacia su Caracas natal; paso a paso se había erigido una estrategia que lo acercaba a Venezuela. Sus enemigos internos no podían ocultar sus celos ante los éxitos alcanzados por el caraqueño; Labatut lo acusó de insubordinación, pero estaba claro que en tan corto tiempo Bolívar había acumulado los méritos para ganarse la confianza del Congreso. "Estos éxitos despertaron enorme alegría y sorpresa en Cartagena, en medio de las cuales se ahogó la protesta de Labatut y se frustró su empeño de someter al caraqueño a Consejo de Guerra por su desobediencia" (Liévano, 2011, p. 145).

En medio de esta situación, Bolívar recibe una comunicación del Congreso de Tunja anunciándole sobre el avance de las tropas de Monteverde hacia las fronteras granadinas con el coronel Ramón Correa a la cabeza. Aunque esta noticia causó temor entre sus tropas y oficiales, no obstante, le trajo cierta expectativa, pues advertía que las autoridades le confiarían la defensa de sus fronteras, lo cual le permitió consolidar su mando.

Monteverde contaba con un poderoso ejército para pacificar a la Nueva Granada, compuesto por 2.500 infantes regulares y adiestraba a 500 más para reunir 3.000, 1.700 jinetes bajo las órdenes de Yánez y Nieto, todos ellos dirigidos por el capitán de fragata Antonio Tizcar. Agregando también las tropas de Correa sumaban más de 6.000 hombres en armas. Ante tan avasallante contingente bélico, Bolívar impuso su liderazgo para evitar la desmoralización entre sus subalternos. El acercamiento de los españoles a Pamplona obligó al coronel neogranadino Manuel Castillo y Rada a solicitar auxilio a Bolívar (O'Leary, 1981, t. 13, pp. 143-145). Una vez otorgada la autorización respectiva por el gobierno de Cartagena, este salió de inmediato en su ayuda.

> La mayoría de los soldados de Bolívar, acostumbrados a las temperaturas del trópico, en las regiones de la costa, sufrían cruelmente por el aire helado de la cordillera, y sólo el cariño y la admiración que había podido inspirarles su jefe le impedía sucumbir bajo el peso de las miserias. El español Correa trata de sorprender a Bolívar a la salida de las montañas; pero éste, dando ya pruebas de su habilidad guerrillera, ha hecho correr la noticia de que llega con él un verdadero ejército; y en el desfiladero de La Aguada destruye las primeras tropas enemigas que le salen a su paso y en retirada van desocupando todos los puntos fuertes que mantenían en el camino de Pamplona, ciudad que ocupa Bolívar, reuniéndose a Castillo, mientras que Correa, siempre en retirada hacía alto en San José de Cúcuta (Cova, s/f, p. 84).

Con estas acciones Bolívar estaba consagrándose como un audaz jefe militar; planteaba un rápido ataque conjunto como la única manera de liberar a Cúcuta, pero Castillo, obstinado en las viejas tácticas, prefirió inmovilizar sus tropas manteniendo solo una línea defensiva. Bolívar entendió la decisión de su compañero y no ocupó su tiempo en discusiones.

> El brigadier Castillo, neogranadino, se declara pronto en oposición al coronel Bolívar, venezolano; para el primero la guerra debe desarrollarse dentro del territorio de su país, sus ideales acaban en las fronteras; para el otro la lucha tiene sentido de cooperación entre los Estados. El uno cree en los sistemas militares tradicionales; el segundo funda su éxito en la rapidez antes que en la seguridad (Rumazo, 2006, p. 91).

Los patriotas comenzaron su ascenso por la serranía, vencieron una primera resistencia el 22 de enero de 1813 en el alto de La Aguada; luego avanzaron sobre las posiciones enemigas del río Zulia, tomándolas por sorpresa y logrando así su total destrucción.

> Correa, con su Cuartel General, artillería, caballería e infantería ha sido rechazado por nuestra descubierta, batido por nuestra avanzada

> y perseguido por la tercera parte de la vanguardia, abandonándonos el campo, despojos, muertos y heridos; y llevando el deshonor y la vergüenza que acompañan siempre a las armas españolas (ADL, 1813, d. 128).

Para el amanecer del 28 de febrero sus tropas estaban prestas para avanzar hacia la ciudad de Cúcuta donde se encontraban los realistas. En una acción desesperada, los invasores trataron de tomar por sorpresa la retaguardia de los patriotas, pero fueron repelidos con una fuerte descarga de fusilería. Luego de horas de encarnecido combate, Bolívar ordenó a José Félix Ribas —su segundo al mando— atacar por el centro con la difícil maniobra de carga a la bayoneta, movimiento de ataque que solo podría ser ejecutado por un aguerrido y adiestrado ejército. Ribas cumplió la orden a cabalidad, logrando derrotar al enemigo y obligándolo a retirarse, pero Bolívar los quiso ver totalmente diezmados y ordenó entonces que se les persiguiese sin tregua (ADL, 1813, d. 129). Esta operación sirvió para comprender las marcadas diferencias, en cuanto a tácticas militares se refiere, entre la concepción de Bolívar y la vieja guardia de Miranda o Castillo.

> Con estos hechos iniciales de su vida política y guerrera, ya podemos apreciar las características de Bolívar: no es propiamente el militar de escuela, preparado para el ejercicio del profesorado técnico de Oficiales; mas, dotado de una prodigiosa inteligencia, resuelto y firme de carácter, inquebrantable en la voluntad, rápido en la concepción y en la iniciativa como activo, valiente y audaz en la ejecución, desde los comienzos de su actuación en los campos de batalla, supliría con estas cualidades su carencia de conocimientos profesionales (López, 1971, p. 29).

La noticia de su triunfo llegó al Congreso neogranadino colmando a todos sus miembros de entusiasmo. El prócer Camilo Torres, presidente del Congreso, decidió otorgarle al joven caraqueño el título de ciudadano de la Nueva Granada y el rango militar de brigadier de la Unión, como recompensa a los servicios prestados. Quién más sino Bolívar podría expresar su gratitud al Congreso de la siguiente manera:

> Penetrado de la más respetuosa gratitud, tributo a V. E. las debidas gracias por el inmerecido honor que se ha dignado de hacerme, condecorándome con el grado y empleo de Brigadier de los Ejércitos de los Estados Unidos, y concediéndome además el glorioso título de ciudadano de la Nueva Granada, que es para mí más apreciable que todas las dignidades a que la fortuna puede elevarme. La honra de llamarme conciudadano de V. E. es la más alta recompensa que me es permitido desear, no por los miserables servicios que como soldado he hecho a la patria, sino en el caso mismo de haberla salvado en la paz y en la guerra (ADL, 1813, d. 139).

El entonces brigadier, extasiado por su indiscutible triunfo, no vaciló en solicitarle al honorable Congreso la autorización para ir a Venezuela y devolverle su derecho a ser libre y soberana, pero ante tan ambiciosa petición encontraría numerosos obstáculos. Uno de estos fue que su compañero, el coronel Castillo, haciendo revuelo de sus diferencias, lo acusa de ser un hombre arrastrado solo por las pasiones, precipitado e inexperto, considerándolo incapaz de llevar a cabo tan grande empresa, y de que traería como consecuencias grandes pérdidas a la Nueva Granada. Pero Bolívar en ningún momento se apartó de su idea libertaria; cada vez que encontraba la oportunidad trataba de convencer al Congreso sobre la imperiosa necesidad de abrir marcha hacia Venezuela, argumentando que "la suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también" (O'Leary, 1981, t. 13, p. 157).

El 27 de abril de 1813 el brigadier recibió el ambicioso permiso, aunque no tan amplio como lo esperaba, pues solo lo facultaba para ir en campaña hacia las provincias fronterizas de Mérida y Trujillo. Agradecido por tan esperada autorización, el 8 de mayo de 1813 le hace saber al Congreso que su operación no debe limitarse, que el objetivo es llegar hasta Caracas; explicaba la necesidad de ampliar sus facultades ya que las provincias de Mérida y Trujillo no podrían cubrir enteramente las necesidades básicas de las tropas. Estas provincias fueron duramente golpeadas como consecuencia del terremoto y las hostilidades de los realistas (ADL, 1813, d.179).

Bolívar: constructor de ejércitos

"Libertador es más que todo". De esta manera nombra Augusto Mijares un capítulo en su magnífica obra *El Libertador* (1987), un título que encierra lo solemne de poder otorgarle la libertad social, económica, política y militar a los pueblos sometidos por un invasor que logró arrancarles sus autonomías, dominándolos e imponiendo sus designios durante trescientos años. Conocer sobre el ascenso del coronel Bolívar en Nueva Granada fue fundamental para este estudio, ya que allí se determinarían las bases que dieron origen al ejército libertador de Venezuela, tarea extraordinaria que necesitó a un hombre que entendiera la importancia de la planificación, la estrategia y la logística para lograr innumerables operaciones militares en tan corto tiempo. "Para un gran general nunca hay una sucesión de grandes acciones que puedan atribuirse a la oportunidad y a la buena suerte; ellas son siempre el resultado del cálculo y el genio" (Yuchak, 2011, p. 116). La confianza en las acciones emprendidas en la Nueva Granada lo motivó a dirigirse a las autoridades del Poder Ejecutivo de la Unión en los siguientes términos:

> Ya tiene V.E. terminada la campaña de Cúcuta, en solos seis días que han pasado desde nuestra entrada en el territorio enemigo, y doce desde mi salida de Ocaña, libertando una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la asolaban. Ahora sólo nos resta por vencer a los opresores de Venezuela, que yo espero serán bien presto exterminados, como lo han sido los de Santa Marta y Pamplona, que en el corto período de algunos días se han visto arrancar el cetro de hierro con que abrumaban estos Estados (ADL, 1813, d. 129).

El 1 de marzo de 1813, Bolívar se dirigió al pueblo venezolano presentando a los valerosos soldados de Cartagena y de la Unión que vendrían a vengar los agravios en contra de la República y a dar la libertad definitiva, "siendo el instrumento de vuestra redención, y recibiéndola yo también como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión" (ADL, 1813, d. 130). Com-

prendiendo que no podía bajar la guardia en el campo político, expone claramente su razonamiento estratégico al secretario del Poder Ejecutivo, lo cual indica cómo iba madurando su pensamiento militar:

> Mi opinión es que en este mes debemos marchar sobre Venezuela, cuya reconquista por ahora es muy fácil, y después será imposible. El obrar con la mayor rapidez, producirá el mayor bien imaginable a ambos Estados; y será la más terrible calamidad que puede sucedernos, el que el tirano de Caracas se alarme con el golpe que ha recibido Correa, y le demos tiempo para organizar un cuerpo fuerte que venga a nuestro encuentro, y nos derrote quizá en nuestras propias fronteras; pues en el corazón de Venezuela es casi imposible que el enemigo obtenga la menor ventaja, tanto porque se aumentan nuestros medios, como porque obrará con timidez, en razón de la poca seguridad que le queda por la espalda; siendo el peligro de nuestros contrarios tanto mayor, cuanto sea menor la distancia de nuestro campo a las patrióticas plazas de Puerto Cabello, Caracas y La Guaira (ADL, 1813, d. 136).

Clara la reflexión que hace Bolívar sobre actuar con rapidez en territorio venezolano; el tiempo y la distancia eran factores determinantes para el éxito de esta campaña. El brigadier debía aprovechar la oportunidad de ver a un enemigo golpeado y desesperado por no hallar la manera de reconfigurarse. Si por el contrario desacelera su paso, las tropas realistas tendrán tiempo para organizar sus fuerzas. “Los guerreros superiores atacan mientras los enemigos están proyectando los planes” (Sun Tzu, 2012, p. 34).

Sin descuidar su mando y manteniendo el contacto directo con las tropas, arengó a sus soldados para la pronta marcha que traería la libertad a Venezuela exclamando: “El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol” (O´Leary, 1981, t. 13, p.152). Si las decisiones políticas robaban tiempo a su plan, no podía permitir que la moral de sus hombres decayera, pues ya las apreciaciones de sus detractores estaban causando ruido en los campamentos al catalogar

su marcha como un rotundo fracaso como consecuencia de la reducida cantidad de sus tropas. Es justo mencionar la convicción de los hombres que lo acompañaron demostrando que compartían el mismo sentimiento de su jefe. Bien lo exponía el coronel José de Austria:

> Por su influjo y por un sentimiento de libertad uniforme en todo nuestro continente, los granadinos no fueron insensibles ni indiferentes a la triste suerte de Venezuela; y por el contrario muchos quisieron tomar parte de la incierta y peligrosa campaña que debían emprender para redimir del ignominioso yugo a sus hermanos. Los Delúyar, los Girardot, los París, los Vélez, los Ortega, los Ricaurte, los Mantillas, los Lampreas, los Rosas, los Cerranos, los Masas, los Tejada y otros, a la cabeza de los invisibles Batallones 4° y 5° de la Unión, fueron inseparables de los peligros y siempre precedieron la serie de victorias de aquel ejército libertador; a ningún venezolano cedieron en intrepidez para combatir con los opresores. La historia de mi patria les consignará una brillante página; y entre tanto, sirva este ligero recuerdo como testimonio de gratitud (Iribarren, 1963, p. 108).

Bolívar, agradecido de las atenciones dadas por el Congreso hermano, se dispuso de inmediato a la conformación de un pequeño ejército en su mayoría de granadinos, como ya se explicó, con el objetivo preciso de libertar a Venezuela. Los mandos los distribuyó de la siguiente manera: al granadino coronel Atanasio Girardot, comandante de la Vanguardia y del tercer batallón de la Unión; para el cuarto batallón al también granadino capitán Luciano D'Elhuyar; el quinto batallón lo asignó al coronel Rafael Urdaneta, venezolano. La división de la retaguardia la dejó en manos del coronel José Félix Ribas. Bizarros comandantes formados en los campos de batalla bajo las más duras lecciones de fuego implacable.

> Después de la separación de Castillo el pequeño ejército dispuesto a redimir a Venezuela se dividió en dos columnas. La vanguardia a las órdenes de Atanacio Girardot, natural de Medellín, joven de 22 años de

> edad, probado en los combates, enérgico y dotado de grandes talentos militares; y la retaguardia al mando de José Félix Ribas, tío político de Bolívar, natural de Caracas, en plena edad viril, célebre en la revolución por su audacia, acertado e incontrastable en el campo de batalla. El mayor general Rafael Urdaneta, de Maracaibo, educado en Santa Fé, mostró desde los primeros días, según expresión de Bolívar, capacidad para manejar grandes asuntos políticos y militares. Venían de edecanes Fermín Ribón, José Lugo y Juan José Pulido, el primero granadino y los otros venezolanos (Iribarren, 1963, p. 258).

Con estos aguerridos oficiales y la mezcolanza de hermanos granadinos y venezolanos se observa cómo comienza a articularse el ejército libertador de Simón Bolívar. La campaña de Nueva Granada sirvió para forjar su espíritu de guerrero, que supo combinar muy bien con su intelecto y su capacidad de reflexión. Como buen general, logró trasmitir ese espíritu guerrero a sus oficiales subalternos y a su tropa en general. Se comienza entonces a dilucidar lo que Karl von Clausewitz (2002) denomina como Genio de la Guerra, que resulta una combinación armoniosa de fuerzas (p. 32).

El ejército libertador nacería en los propios campos de batalla y comenzaría a nutrirse durante la marcha libertaria. Los más ilustres apellidos derramaron la misma sangre que los labriegos, sin importar la edad o preparación militar de escuela. La mayoría de nuestros soldados procedían de los pueblos por los que había pasado Bolívar; por ende, eran campesinos. Maquiavelo, en su obra *El arte de la guerra* (2007), cuando reflexionaba sobre el oficio que debía tener un hombre antes de ser soldado, concluía que prefería que fuesen campesinos, ya que están acostumbrados a trabajar la tierra según las condiciones que imperen; era el oficio más parecido al del soldado (p. 29). El ejército francés de Napoleón, por ejemplo, prefería jóvenes de 18 a 25 años de edad; por otro lado, los ingleses se nutrían con soldados a sueldo y muchas veces sus cárceles eran vaciadas y utilizaban sus reos para los combates. Al contrario, nuestro ejército se nutriría de todo aquel ser humano que tuviese como premisa la libertad de su patria; incluso Bolívar al conocer los sucesos de San Carlos, donde las mujeres venezolanas se alzaron en armas contra del

opresor, expresaría: "Todo hombre será soldado, puesto que las mujeres se han convertido en guerreras, y cada soldado será un héroe por salvar pueblos que prefieren la libertad a la vida" (ADL, 1813, d. 232). La moral entre las tropas significaría una clara ventaja sobre el enemigo; esto tal vez explicaría las victorias obtenidas por el ejército republicano en las batallas sucedidas a lo largo de la Campaña Admirable de 1813. Años más tarde escribiría Clausewitz (2002) sobre las principales potencias morales nombrando las siguientes: capacidades del jefe, virtudes militares del ejército y su espíritu nacional (p. 107).

Un mes antes de iniciar la campaña, contaría con una mediana cantidad de pertrechos para guerra; Antonio Cañete da el siguiente parte:

Tabla 3. Avituallamiento y pertrechos del ejército en campaña al mando del brigadier Simón Bolívar Palacios. Año 1813

ARTILLERÍA	
Obuses montados	
De 6 pulgadas, de bronce	3
De 3 pulgadas, ídem	1
Cañones montados	
De a 4 de bronce	3
De a 3 de bronce	3
Pedreros montados y desmontados	
Pedreros de recámara de bronce de a 3	2
Pedrero de hierro de ½ libra	2
Balas de los calibres.	
De a 4	930
De a 3	81
De a ½ libra	264
Metralla de botes de lata de los calibres	
De a 4	721
De a 3	174
De a ½	11

Cartuchos de pólvora de los calibres	
De a 4	359
De a 3	427
De a ½ libra	150
Armamento	
Fusiles en el servicio	1226
Fusiles de útil composición	78
Ídem inútiles	28
Escopetas de útil composición	53
Ídem inútiles	22
Sables	300
Lanzas	500
Piedras de chispa y herramientas de zapadores	
Piedras de fusil	10.700
Ídem de pistolas	500
Hachas	18
Azadas	15
Barras	9
Palas	15
Zapapicos	12
Pólvora	
Cartuchos de fusil con bala	120.600
Pólvora en barriles, quintales	6
Ídem en grano suelta, libras	15
Caballos	-------
Balas de plomo de fusil	16.000

Nota. – Tres piezas de artillería son montadas en cureña de batallón, 4 en cureñas de marina, 2 pedreros en tragante de ruedas, y de estos mismos se están construyendo para los pedreros restantes. El número de fusiles es por un cálculo prudente, regulando un número menor que el que efectivamente hay. Las escopetas empleadas en el servicio no se incluyen su número, por ignorar cuál sea.

Fuente: O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias del General O'Leary.*

Con estos pertrechos o menos, según la diferencia de fechas entre el día que fue redactado el parte y la marcha definitiva del ejército, se abrirían camino en un país donde el enemigo podía dar combate desde varios flancos. Esta situación ameritaba grandes esfuerzos de planificación. Desde la salida de Bolívar de Cúcuta hasta su llegada a Caracas y culminada la Campaña Admirable, la composición del ejército de Bolívar fue variando según los acontecimientos que se desarrollaban en los campos de batalla o en las poblaciones que libertaba a su paso.

> El agrupamiento de Occidente, que para mediados de marzo contaba con 1.200 soldados (División de Castillo, 800; División de Ribas 300; Cuerpo montado del Dr. Antonio Nicolás Briceño, 100), ya en los últimos días de abril había disminuido notablemente. Las tropas del Coronel Manuel Castillo tuvieron crecidas deserciones a causa de la separación de éste su jefe y de su segundo, Mayor Francisco de Paula Santander, desacordados con el plan de operaciones en proyecto y resistidos a subordinarse a Bolívar. El Dr. Briceño, con el centenar de jinetes que había organizado y de su propia cuenta, emprendió marcha desde San Cristóbal con rumbo a Guadualito, y se consideraba, por lo tanto, desligado de la autoridad del Comandante en Jefe (López, 1971, p. 30).

Bolívar no se dejó doblegar por este desmembramiento de las tropas a su cargo; por el contrario, como fue señalado anteriormente, ahora estaba resuelto a marchar rápidamente. El 23 de mayo de 1813 hace su entrada triunfal a la provincia de Mérida. Según el historiador Lucas Guillermo Castillo Lara (1981), en Mérida se alistaron de forma voluntaria 500 hombres adiestrados por los españoles Campo Elías y Francisco Ponce, estructurando así un ejército que hasta entonces tenían acentos guerrilleros. La guerra no distingue clases sociales, pues los más ensalzados apellidos merideños asistieron al llamado al lado de los campesinos agricultores de la provincia (p. 20).

Otro hecho específico sucedido en la provincia de Mérida termina de aclarar fehacientemente que el nacimiento del ejército libertador proviene indiscutiblemente de la genialidad del brigadier Simón Bolívar.

En el vocabulario del general, en sus escritos y en sus discursos, siempre utilizó el verbo de libertad, pero es hasta ahora en Mérida cuando hace referencia con mayor fuerza al ejército libertador, en su discurso a la mencionada municipalidad el 31 de mayo de 1813 (ADL, 1813, d. 201). Aunque en comunicaciones anteriores deja ver su postura claramente, los hombres que comanda pertenecen a ese cuerpo que él denomina ejército libertador de Venezuela. Ejemplo de ello, se puede observar en la comunicación al presidente encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión con fecha 18 de mayo de 1813, donde Bolívar denuncia ante ese ilustre consejo la campaña de intrigas que dirige el coronel Castillo en su contra y en contra del ejército libertador de Venezuela. Además, lamenta la posición del Gobierno de Pamplona, que se negó a prestarle apoyo con soldados para su campaña: "Bien doloroso que aquellos mismos [que] debían verme como su Libertador, y que en efecto lo he sido, se esmeran en perjudicarme, perjudicando a su propia patria" (ADL, 1813, d. 192).

Para Bolívar el título de Libertador encerraba toda su obra, no aspiró nunca otro título que por la adulancia, por la soberbia o por el disfrute de señoríos lograran apagar en él el fuego sagrado de seguir el tortuoso camino de las armas y el político para ver cumplido el juramento hecho el 15 de agosto de 1805 en el Monte Sacro (Roma), donde, en presencia de su maestro Simón Rodríguez y su amigo de infancia Fernando Rodríguez del Toro, juró consagrar su vida y todos sus esfuerzos para llevar la independencia definitiva a su patria. El 6 de diciembre de 1829, le escribe a Antonio Leocadio Guzmán lo siguiente:

> La nación puede darse la forma que quiera, los pueblos han sido invitados de mil modos a expresar su voluntad y ella debe ser la única guía en las deliberaciones del congreso; pero persuádase Vd. y que se persuada todo el mundo que yo no seré el rey de Colombia ni por un extraordinario evento, ni me haré acreedor a que la posteridad me despoje del título de Libertador que me dieron mis conciudadanos y que halaga toda mi ambición (ADL, 1829, d. 2189).

En el discurso que se señaló anteriormente dirigido a la ilustre municipalidad de Mérida, Bolívar toca varios elementos claves: honra a su población llamándolos "patriótica ciudad"; elogia al Congreso de la Nueva Granada informando a la población merideña su acertada decisión de enviar a un ejército libertador para restablecer la justicia y tal vez lo que daría paso a la agudeza del general cuando debe tomar la compleja decisión de declarar la guerra a muerte, manifiesta a la municipalidad que tiene la honra de poner en sus manos el título de su comisión que no tiene otro objeto sino el de amparar al americano y exterminar al español (ADL, 1813, d. 201).

Con tan emotivo discurso, no era de esperar otra respuesta de la municipalidad de Mérida, sino la de ungir a estos valerosos hombres que traían sus armas, no para oprimirlos sino para restablecer el orden y la justicia como el ejército libertador.

> ¿Cuál, pues, será la medida de nuestro reconocimiento á la mano libertadora que aleja de nosotros tanta ignominia? ¡Bendita sea para siempre la Nación granadina! ¡Gloria al sabio Congreso que la representa y dirige! ¡Gloria al Ejército Libertador! y gloria ... á Venezuela que os dio el sér, á vos, ciudadano General! Que vuestra mano incansable siga victoriosa destrozando cadenas: que vuestra presencia sea el terror de los tiranos, y que toda la tierra de Colombia diga un día: "Bolívar vengó nuestros agravios" (O'Leary, 1981, t. 13 p. 241).

Otro hecho notorio que se puede observar es que el general utilizaría de allí en adelante el título de Libertador de Venezuela en sus comunicaciones. Ejemplo de ello tenemos la Proclama de Bolívar a los merideños, fechada en Mérida el 8 de junio de 1813, comenzando el escrito con "Simón Bolívar. Brigadier de la Unión y General en Jefe del Ejército del Norte, Libertador de Venezuela" (ADL, 1813, d. 214). A partir del 25 de agosto de 1813 comienzan a aparecer los boletines del Ejército Libertador, teniendo la responsabilidad de rendir cuentas de primero el mayor general Rafael Urdaneta. Vicente Lecuna incluye en su obra *Bolívar y el arte militar* los boletines para que sean resguardados por la eternidad

y puedan ser de fácil acceso para todas y todos los apasionados por la historia patria que desean recabar información sobre los sucesos independentista de la época. "En los boletines, dictados o revisados por el general Bolívar, se halla la descripción de los principales combates de aquel período heroico, junto a datos y apreciaciones militares de sumo interés" (Lecuna, 1955, p. 215). Luego de liberar Mérida, el ejército libertador fue reorganizado de la siguiente manera:

Tabla 4. Grados militares y servicios de oficiales patriotas durante la Campaña de 1813

Comandante en Jefe	Brigadier Simón Bolívar	
Segundo Jefe	Brigadier Joaquín Ricaurte (Según documento oficial, no asistió a la campaña)	
Mayor General y Jefe del 5° Batallón	Comandante Rafael Urdaneta	
Ayudante-Secretario	Pedro Briceño Méndez	
Edecanes y Ayudantes	Juan José Pulido, Fermín Ribón, Diego José Jugo, Briceño Pumar e Ignacio M. Fortuol	
Auditor	Dr. Vicente Tejera	
Proveedor General	Salvador Rizo	
Médicos-Cirujanos	Dres. Pedro León Caldera y Francisco Valbuena	
División de Vanguardia		
Jefe de la Vanguardia y Comandante del 3er batallón	Coronel Atanasio Girardot	246 hombres
Comandante del 5° batallón	Rafael Urdaneta	165 hombres
Comdte. de los cuadros del 4° batallón	Capitán Luciano D'Eluyar	44 hombres
Comdte. del medio escuadrón de caballería de Mérida	Mayor Francisco Ponce	35 hombres

Comandante del cuerpo de milicia de Mérida	Mayor Vicente Campo Elías	70 hombres
	Sub-Total	560 hombres
División de Retaguardia		
Jefe de la Retaguardia y Comandante del Cuerpo	Coronel José Félix Ribas	300 hombres
Artillería, dos pequeñas piezas		23 hombres
	Sub-Total	323
	Total General	883

Fuente: López Contreras, Eleazar. *Bolívar conductor de tropas*. (El autor advierte sobre este número de efectivos el cual disminuye a causa de la deserción de la Compañía de Granaderos, que se llevó sus armas y material. Véase O'Leary, tomo XIII, p. 261).

Las operaciones militares que se sucedieron forman parte de la campaña ya mencionada, denominada por la historiografía venezolana como *Campaña Admirable*, gracias a las victorias conseguidas en ella por el Libertador Simón Bolívar. Augusto Mijares (1987) realiza un importante análisis sobre el significado de esta campaña:

> Con razón se llamó Campaña Admirable ésta, realizada por el Libertador [...]. Con setenta hombres había salido de Barranca y ahora contaba con un verdadero ejército; oficiales experimentados, entre los cuales ya no había traidores, lo seguían con absoluta confianza y de cada uno de ellos se sabía muy bien lo que podía esperarse en pericia o arrojo. La propia población civil comenzaba a aprender lo que tendría que dar para la defensa común, y de aquellas masas huidizas de la primera República había hecho soldados que —como acababan de probarlo en Ocaña y en Mérida— lo mismo combatían en las ardientes llanuras a nivel del mar que en las montañas a mil seiscientos o cuatro mil metros de altura; a machete, a lanza o con el fusil que aprendían a manejar en el propio campo de batalla. En los caminos que había seguido —o inventando, donde no los había— cada jornada era una

> nueva operación militar, tanto por los obstáculos que el ejército debía vencer, como por las posiciones del enemigo, que era necesario eludir o asaltar a todo riesgo. Sin exageración puede decirse que hasta la geografía americana quedó modificada por su iniciativa. […] Pero si juzgáramos por la rapidez con que él se había desplazado, aquellos largos, desolados y abruptos senderos del nuevo continente podíamos imaginarlos iguales a los que en Europa Napoleón en aquellos días recorría, inaugurando también el mismo método de guerra (pp. 246, 247).

Como clarines de gloria libertaria sonarán por siempre y hasta la eternidad las batallas y combates que se dieron al paso del ejército libertador: Los Horcones, Niquitao y Taguanes. Todas ellas dan a conocer los bizarros de Bolívar donde demostraron a los usurpadores de nuestra soberanía la tenacidad de una verdadera guerra revolucionaria y no una simple aventura. Y en ello cabe enfatizar que:

> El carácter que Bolívar imprime a su campaña del año 13 es la ofensiva, el movimiento y la acción de sus pequeñas fuerzas se corresponden íntimamente en una sola modalidad operativa. Pero el primero subordinado a la necesidad de la acción, que es el argumento de calidad. Bolívar ante todo, busca la destrucción del enemigo por medio de la acción de armas, entendiendo por ésta, exclusivamente, el choque de los hombres, el combate dentro de su más cruda expresión. Sus tenientes, arrebatados por el espíritu que él les infunde sin cesar, caracterizan en la acción el pensamiento guerrero del general republicano: buscar el enemigo para batirlo (Iribarren, 1963, p. 332).

El derroche de valentía de sus soldados y oficiales quedó grabado en las memorias de la historia no solamente nacional sino internacional. El ejército libertador de Bolívar nacería con la premisa fundamental de no conquistar pueblos sino de llevar a ellos el imperio de las leyes, la justicia y la libertad.

Con las victorias conseguidas a su paso en la Campaña Admirable, la entrada de Bolívar a Caracas era inevitable, lo cual obligó al gobernador a

enviar una comisión de paz integrada por el marqués de Casa León, don Fermín Paúl, don Vicente José Galguera, el presbítero don Marcos Rivas y don Francisco Iturbe. La reunión se dio en La Victoria en medio de un ambiente de cordialidad lográndose firmar un armisticio. Este acontecimiento lo informó Bolívar al presidente del supremo Poder Ejecutivo de la Unión a través de una carta de fecha 5 de agosto de 1813, donde expresaba con satisfacción la culminación de su campaña. En dicha comunicación explicó haber recibido a cinco emisarios del gobierno monárquico con el fin de llegar a un acuerdo. Destacó la importancia de tal decisión para lograr redimir a su desgraciada patria. Informó también sobre el botín de guerra que adquirió para la causa patriota (ADL, 1813, d. 286).

Una vez en Caracas, Bolívar con su ejército se mantuvo atento a no cometer los errores del pasado; seguramente tendría en su mente letra a letra lo que plasmó en el papel en aquella memoria dirigida a los "ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño". Si bien la Primera República nació de la lucha civil bajo un modelo de gobierno federal, la segunda nació en los campos de batalla del hecho militar. La tarea sería difícil pero no imposible para el Libertador, autodenominado el "hombre de las dificultades" (Mijares, 1987, p. 243). Debía ordenar los mandos civiles y militares, afrontando al mismo tiempo los problemas de tratar de gobernar un país en situación de guerra.

Repitiendo los acontecimientos dados en Mérida a la llegada de las tropas Libertadoras, la municipalidad caraqueña quiso hacer un noble gesto de agradecimiento a Simón Bolívar por haber expulsado a los realistas de su suelo: el 14 de octubre de 1813 le confiere el rango vivo y efectivo de capitán general de los Ejércitos de Venezuela y ratifica el título de Libertador de Venezuela (pp. 395, 396). Con su elocuencia, Bolívar responde a tan honorable asamblea en los siguientes términos:

> He tenido, es verdad, el honor de conducir en el campo de batalla, soldados valientes, Jefes impertérritos y peritos, bastantes por sí solos a haber realizado la empresa memorable que felizmente han terminado nuestras armas. V. SS. me aclaman Capitán General de los ejércitos, y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que

el cetro de todos los imperios de la tierra; pero V.SS. deben considerar que el Congreso de la Nueva Granada, el Mariscal de Campo José Félix Ribas, el Coronel Atanasio Girardot, el Brigadier Rafael Urdaneta, el Comandante D'Elhuyar, el Comandante Elías, y los demás oficiales y tropas, son verdaderamente estos ilustres libertadores. Ellos, señores, y no yo, merecen las recompensas con que a nombre de los pueblos quieren premiar V.SS. en mí, servicios que éstos han hecho. El honor que se me hace es tan superior a mi mérito, que no puedo contemplarle sin confusión (ADL, 1813, d. 451).

Extraordinaria respuesta a la municipalidad, lo que demuestra el valor de un líder que reconoce la lealtad y subordinación de sus soldados. A pesar de las celebraciones y cantos de victoria, Bolívar debía seguir actuando rápidamente en todos los campos para mantener el control de la República. Para ello contaría con el apoyo decidido de Cristóbal Mendoza, Miguel José Sanz y Francisco Javier de Ustáriz; a los dos últimos les da la tarea de diseñar un plan de gobierno provisorio con las siguientes premisas: garantías sociales y económicas a todos los ciudadanos, facultades al general en jefe para disponer de todo lo referente a los asuntos militares, impuestos para contribuir con la paga de los soldados, facultades a los militares para hacer labores fiscales cobrando impuestos, imponiendo multas y hasta la potestad de embargar las propiedades de los morosos. También, como parte del sacrificio de los compatriotas por la nación, ordenó a los hacendados sembrar maíz, arroz y otros rublos para destinarse como raciones de guerra. Bolívar ordenó perseguir a los contrabandistas, acusándolos de traidores, en especial a los traficantes de tabaco por hacerle un daño a la renta nacional. De hecho, durante los tiempos de guerra el contrabando se convirtió en una lucrativa forma de hacer dinero.

Continuando con la organización del gobierno, nombró como secretario de Guerra y Marina al coronel Tomás Montilla y como secretario de Estado y encargado del Departamento de Hacienda a Rafael Diego Mérida. Por otra parte, siendo una tradición desde la época colonial, la capital se mantuvo en Caracas. Como gobernador civil de Caracas dis-

puso a Cristóbal Mendoza y como gobernador militar al general en jefe José Félix Ribas.

Es cierto que el ejército libertador fue tomando forma desde la Nueva Granada hasta llegar a Caracas. Así que era el momento de crear una institucionalidad indispensable para la buena marcha del órgano castrense. Por ello el Libertador resolvió dictar reglamentos para su funcionamiento en lo relacionado con sueldos y salarios, uniformes, divisas y graduaciones. Además, decretó la institución de la Orden de los Libertadores de Venezuela para aquellos oficiales que habían demostrado en el campo de batalla su ímpetu guerrero y amor a la patria. Estos decretos en particular los podemos ver con exactitud en el anexo de esta obra para que puedan servir de estudio.

De esta manera, Bolívar comenzaría a darle forma a la institucionalidad del ejército libertador, tomando experiencias del pasado en la conformación de nuestros ejércitos y milicias, conociendo las prácticas de los ejércitos franceses, ingleses y prusianos que en definitiva servían para generar las condiciones de creación de nuestra propia doctrina militar, permitiendo la cohesión de nuestra fuerza armada bajo un solo pensamiento. A propósito de esto, John Laffin (2012) escribe lo siguiente:

> Aunque un comandante esté aislado de los demás por el transcurso del tiempo, la responsabilidad histórica que comparten los une. En el transcurso de la historia, la mayor parte de los líderes ha estudiado las campañas de sus predecesores, sacando enseñanzas de sus errores y capitalizando sus éxitos. Los escritos de muchos comandantes muestran a las claras que han estudiado detenidamente a los grandes capitanes del ayer (pp. 12, 13).

Se conoce que Simón Bolívar era un fiel lector, y tuvo acceso a vastas bibliotecas bien en Caracas como en sus viajes por Europa. La genialidad desbordada en sus incursiones armadas en Nueva Granada y en Venezuela durante 1812 y 1813 le permitió poner en práctica lo estudiado.

Capítulo III

Una República nacida de la guerra

Aspectos determinantes de la Campaña Admirable de 1813

Como se describió anteriormente, la Campaña Admirable de 1813 tiene una gran importancia para la historia militar de Venezuela, ya que esta operación contribuyó con el nacimiento del ejército libertador que comandó Simón Bolívar para recuperar por segunda vez la República, y además coadyuvó a la formación de una nueva doctrina militar.

> Bolívar sabía que la audacia en la guerra es una fuerza creadora y que la sorpresa induce al adversario a cometer errores generalmente irreparables. Estos dos elementos, manejados por el alma de un Bolívar, producen efecto sobrenatural, aun cuando no sea por tiempo indefinido (Lecuna, 1955, p. 10).

Ya se conoce que las brillantes actuaciones de Bolívar en la Nueva Granada causaron poca simpatía entre algunos oficiales granadinos, entre ellos el coronel Manuel Castillo y el sargento mayor Francisco de Paula Santander, quienes se opusieron abiertamente a los planes del venezolano. Sin vacilar, ordena abrir marcha y el 13 de abril triunfa sobre el coronel realista Correa o, mejor dicho, sobre lo que quedaba de sus hombres luego de huir hacia el lago de Maracaibo y ser perseguidos por el capitán D'Elhuyar (Austria, 1960, p. 37).

El 14 de mayo parte la vanguardia que se encuentra en la villa de Bailadores hacia Mérida. Bolívar, quien se encontraba en La Grita, parte el 19 con destino a Bailadores dejando el poblado en manos del brigadier Ricaurte (ADL, 1813, d.192). Luego de tan halagador recibimiento en Bailadores, inicia su marcha atravesando por Tovar (para la época era

tan solo un caserío), La Victoria, Estanques, Lagunillas, Ejido, La Punta (para la época era solo puñados de caseríos) hasta llegar a Mérida, entrando por el Llano Grande, para luego tomar la calle real y atravesar así la ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida.

La guerra independentista dejó lecciones imborrables en el corazón del pueblo. Una de ellas fue el heroísmo demostrado por las mujeres venezolanas. La provincia de Mérida no se quedó atrás, pues con Anastasia nació la leyenda de "un trabucazo a tiempo". El doctor Tulio Febres Cordero, ilustrado escritor e historiador merideño, la describe como una mujer de recio temple, criada del convento de Santa Clara y que no sentía temor de profesarse seguidora de la causa patriota. La noticia de las victorias de Bolívar se hizo escuchar por toda la provincia; esto hacía reventar de alegría a nuestra heroína. La noche del 18 de abril de 1813, cuando la neblina cubría el campamento de Correa, asentado en la plaza Mayor (hoy plaza Bolívar), muy minuciosamente se acercó Anastasia y comenzó a disparar trabucazos y tocar redobles de tambor gritando *¡Viva la Patria!* La confusión y la desesperación de tiros perdidos reinaban en el lugar; los realistas imaginaron que eran las tropas de Bolívar en avanzada. Fue entonces cuando Correa ordenó la retirada y huyeron en dirección a Betijoque (Febres, 1991, p. 286).

El 23 de mayo de 1813 entró triunfal el brigadier Bolívar a la ciudad de Mérida. Para entonces había sido designado como gobernador y protector al doctor Cristóbal Mendoza, con la tarea de organizar a tan heroica provincia bajo la protección del Congreso de la Nueva Granada y en nombre de la República de Venezuela, tal como lo expuso él mismo en una carta dirigida al Poder Ejecutivo de la Unión el 30 de abril de 1813 (O'Leary, 1981, t. 13, pp. 199-200).

Los merideños han recordado este día gracias al famoso relato que hace del doctor Tulio Febres Cordero:

> En una hermosa mañana de mayo, el mes de las flores por excelencia, la ciudad melancólica se alegra, sus desiertas calles se llenan de gente, las campanas se echan al vuelo, y en los balcones y ventanas de sus casas semiarábigas, brillan ardientes y seductores entre dulces sonrisas, los

> negros ojos de recatadas doncellas, que esperan anhelantes el desfile de la vistosa comitiva, donde viene el guerrero afortunado, el caballero de la torre de plata y de la celeste espada.
> —Es Bolívar que llega.
> En la casa Consistorial lo reciben en asamblea pública, los patricios, los togados y los sacerdotes, revestidos de imponente gravedad y con los corazones henchidos de gratitud y simpatía.
> —Permitidme señores —les dice Bolívar al iniciar su breve y elocuente discurso— expresaros los sentimientos de júbilo que experimenta mi corazón al verme rodeado de tan esclarecidos y virtuosos ciudadanos, los que formáis la representación popular de esta patriota ciudad, que por sus propios esfuerzos ha tenido la dicha de arrojar de su seno a los tiranos que la oprimían.
> Y entonces el más anciano le contesta, terminando con estas palabras proféticas:
> —¡Gloria al Ejército Libertador y Gloria a Venezuela que dio el ser a vos, ciudadano General! Que vuestra mano incansable siga victoriosa destrozando cadenas; que vuestra presencia sea el terror de los tiranos y que toda Colombia diga un día Bolívar vengó nuestros agravios.
> Así habló el viejo Rivas, padre de Rivas Dávila, y en seguida aquella asamblea de próceres y todo el pueblo, agolpado frente a la casa Consistorial, gritaron a una: "¡Viva Bolívar! ¡Viva el Libertador!", quedando así ungido con este sobrenombre el futuro fundador de cinco naciones soberanas (Febres, 1991, pp. 14, 15).

La ciudad de Mérida no solamente contribuyó a la causa patriota al aclamar por primera vez a Bolívar como el Libertador; a pesar de haber sido saqueada por los realistas y de haber sufrido los embates del terremoto de 1812, también ofrece treinta mil pesos en oro a la causa. El canónigo Francisco Antonio Uzcátegui Dávila donó cañones, ollas para la comida y pólvora. Por su parte, doña María Simona Corredor obsequió una casa de su propiedad, la cual fue la primera adquisición inmueble de la patria libre (ubicada al frente del Convento de los Franciscanos). María de Jesús Navas es la madre que entrega a su hijo como soldado de la libertad, ayudándolo a sostener un fusil, puesto que estaba malogrado de

un brazo. La hermana del canónigo Uzcátegui, María Ignacia Uzcátegui, regaló un cañón grabado con su nombre para que las metrallas hicieran por ella lo que las fuerzas femeninas no le permitían. Así también se alistaron de forma voluntaria 500 hombres adiestrados por los españoles Campo Elías y Francisco Ponce; es la briosa juventud merideña que riega sangre y nombres por los caminos para alcanzar la libertad. Aquel batallón merideño de 1813 no fue una recluta de anónimos mozos parameros, de labradores, ni de indios mucuchiceros obligados a cambiar el arado por el fusil y la lanza. Allí se enrolaron junto al pueblo sin nombre los más preclaros apellidos merideños como los Rivas, Dávilas, Picones, Rangeles, Paredes, Talaveras, Arias, Parras, Guerreros, Marquinas, Maldonados, Briceños, Uzcáteguis, Nucetes, Pachecos, Fernández, Quinteros, y tantos otros ilustres lugareños. Cabe destacar que entre estos hombres figuró el joven merideño Luis María Rivas Dávila, quien pasó a la inmortalidad en el campo de batalla y cuyo nombre descolló vigoroso en los clarines de gloria de la patria (Castillo, 1981, pp. 20, 21).

Los merideños felices al sentirse libres del yugo español y cargados del más intenso patriotismo, desbordaban sus emociones hacia Bolívar y bajo la euforia reinante gritaban el apodo que se convertiría en su más preciado título. Gabriel Picón Febres, en su libro *El apellido Picón en Venezuela*, publicado en 1922, afirma que su pariente, don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, fue testigo presencial de este acontecimiento y en su diario personal apuntó lo siguiente: "El 25 mayo de 1813, he presentado y entregado mis hijos Francisco, Jaime y Gabriel al General Bolívar, aclamado Libertador por este pueblo".

A pesar de los múltiples banquetes, bailes y regalos, los días en Mérida le sirvieron a Bolívar para planificar muy cuidadosamente sus próximos movimientos. En uno de los discursos dirigidos a los merideños expresó algo que tal vez sería la génesis de su futuro decreto de Guerra a Muerte, cuando finaliza diciendo:

> Tengo la honra de poner en vuestras manos el título de mi comisión, que como veréis no tiene otro objeto que amparar al americano y exterminar al español; destruir el gobierno intruso y reponer el legítimo;

y en fin, dar la libertad a la República de Venezuela (O'Leary, 1981, t. 13, p. 240).

Una vez estudiada la geografía que debía recorrer junto a su ejército, decidió ponerse en marcha lo más rápido posible, flanqueando la ruta hacia Trujillo, Guanare y Barinas para así diezmar al enemigo acantonado en el occidente. El Libertador, desde la Provincia de Mérida, le escribió una carta al presidente de la Unión el 24 de mayo de 1813, donde le manifestaba su satisfacción por haber entrado a esta provincia, la cual le dio una grata bienvenida. En ella explica también que las tropas se encontraban muy animadas gracias a las noticias llegadas del interior del país, donde manifiestan el agotamiento de las tropas realistas y los importantes triunfos patriotas concretados en Valencia y Puerto Cabello; pero lo más importante de todo fueron las operaciones llevadas a cabo en Cumaná por un grupo de patriotas liderados por el general Santiago Mariño, que estuvieron resueltos a expulsar al opresor de sus tierras (pp. 234-235). "Incansable Mariño y sus compañeros, se embarcaron sin demora para atacar y rendir a los enemigos en Barcelona; pero Cagigal y el escarmentado coronel La Hoz, no le opusieron resistencia; se retiraron hasta el Orinoco, y Mariño ocupó la ciudad el día 20 del mismo mes" (Austria, 1960, p.53).

En definitiva, esta era una situación ideal para que el ejército Libertador de occidente se abriera paso hacia Caracas teniendo en cuenta que las tropas españolas podrían recibir apoyo en cualquier momento desde España; además, el jefe realista Domingo Monteverde, derrotado en oriente, abandona la seguridad de la capital para enfrentar a Bolívar que viene desde occidente cosechando victorias. Es por ello que el 31 de mayo instruye al teniente coronel Atanasio Girardot comandante del 4° batallón y comandante en jefe de la vanguardia abrir camino hacia Trujillo con todas las compañías de fusileros del 3°, 4° y 5° batallón de línea. Girardot tiene las instrucciones directas de su jefe para gobernar los pueblos que a su paso de vencedor vaya liberando, además de incrementar el avituallamiento con comida, armas, hombres y caballos (ADL, 1813, d. 203).

> En cumplimiento del plan del Libertador, salió de Mérida la vanguardia a base de 488 hombres, bajo el mando de Girardot, dividido en dos columnas: una con los capitanes Maza, José María Ricaurte y Yépez en la dirección Mucuchíes – Motatán – Betijoque, tenía la misión de destruir los restos de las fuerzas de Correa; la otra columna comandada por el Capitán D'Eleuyar, tenía como misión la de limpiar la región de Niquitao y luego reunirse con la primera en Motatán para marchar juntas sobre Trujillo. Estas columnas cumplieron brillantemente su cometido y el 10 de junio entran en Trujillo, fecha [en] que Bolívar salía de Mérida para llegar a Trujillo el 14 (*Autores y temas merideños*, 1965, pp. 119-120).

En Trujillo, Bolívar se dedicó a reorganizar sus tropas. Atanasio Girardot había dirigido una proclama en nombre de su general en jefe, ofreciendo garantías para quienes habían estado a las órdenes de Correa y abrazaran la causa libertaria en el ejército patriota; y para quienes se presentasen con su fusil, bayoneta y fornitura, la recompensa de cuatro pesos. Desgraciadamente, el Libertador observó aquí con terror y asombro el comportamiento de los trujillanos, pues eran diferentes de los granadinos o los merideños: los jóvenes y campesinos preferían huir hacia las montañas para evitar ser reclutados; al ejército republicano no se le ofrecieron armas, víveres o bestias, la población estaba totalmente reacia a colaborar con la causa (Liévano, 2011, p. 159). Esta situación tal vez le recordaría los sucesos de un año atrás en la plaza de Puerto Cabello, donde algunos de sus subordinados prefirieron vivir en cadenas a disfrutar las garantías de una nación libre. Bolívar ya había aprendido de los desaciertos, como la pérdida de Puerto Cabello, su exilio en Curazao y la rivalidad de oficiales granadinos; situaciones que le habían hecho madurar en todos los aspectos, entre ellos sus habilidades de estratega militar. Sabía pues que debía incrementar el fervor patrio entre los habitantes; un pueblo sin estar determinado a ser libre sería presa fácil de la ruina y la miseria. Esta situación lo condujo a pensar que los ciudadanos debían comprometerse primeramente con la patria, lo que hace recordar la carta dirigida al ciudadano comandante de Mérida, don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, fechada el 25 de julio de 1813, al referirse a la operación

valerosa realizada por su hijo Gabriel Picón, quien al mando del coronel Ribas en los Horcones cae herido:

> Y tú, padre, que exhalas suspiros al perder el objeto más tierno, interrumpe tu llanto, y recuerda, que el amor a la patria es primero.
> Estos son los sentimientos que deben animar a todo republicano, que no tiene más padres, ni más hijos que su libertad y su país (Bolívar, s.f., pp. 55-56).

A partir de entonces observamos a un Bolívar calculador, con un guante de seda puesto en una mano, para dársela a quien estuviese comprometido con la causa; y en la otra, un guante de hierro, para golpear a quien contrariase los designios de la patria. Así se lo hizo saber al señor gobernador de Trujillo en correspondencia de fecha 22 de junio de 1813.

> Yo no puedo concebir cómo la Provincia de Trujillo que ha sido libertada por las armas de la Unión a costa de los más duros sacrificios por nuestra parte, rehúsa hacer servicios indispensables al ejército, para conservarle su propia libertad y para salvar al resto de Venezuela. Yo no veo que esta ciudad haga nada a favor de sus libertadores; y sí veo una apatía, y una indiferencia por la causa que defendemos, que me hace sospechar, que nuestros enemigos habrían sido mejor recibidos que nosotros, o a lo menos, más atendidos en sus necesidades.
> Yo protesto a US., que si para mañana no tenemos trescientas caballerías capaces de transportar nuestros bagajes a Guanare, diez mil pesos en plata para pagar las tropas, y el completo de los cien reclutas, consideraré la Provincia de Trujillo como país enemigo, y será en consecuencia tratado como tal. Yo espero que este caso no llegará; pero si llegare, la culpa solo deberá imputarse a los que tan indignamente han tratado a los libertadores de Venezuela (Bolívar, s.f. p. 278).

Tal advertencia provocó la renuncia del gobernador de Trujillo, confiriéndose tan alta responsabilidad al ciudadano Fernando Guillén,

en quien Bolívar confió restablecer el orden y dispensarle a la causa patriota tan necesarios recursos.

Decretada la guerra a muerte

En la histórica ciudad de Trujillo, el Libertador invocó todos sus esfuerzos para poner en marcha la madre de sus campañas y crear la conciencia americana, pregonada desde el inicio de su jornada hacia Venezuela. El 15 de junio de 1813, luego de pasar toda la noche en vela, llamó a uno de sus escribanos para dictarle su terrible Decreto de Guerra a Muerte, expresando las palabras más duras y firmes pronunciadas en su vida: "Españoles y canarios: contad con la muerte si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos: contad con la vida, aunque seáis culpables". Esta parte terminante del decreto, la más dolorosa y discutida, fue la contestación no solo de Bolívar, sino de la América toda, que había resistido en silencio los más atroces desmanes sufridos por años de colonialismo español. Tal como expresara el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa (2006):

> Fueron objetivos de ese decreto sobre cuya significación y efectos tan divididos y contrapuestas opiniones se han expresado, separar los campos para iluminar, clara en el horizonte, la imagen naciente de una patria que, madre al fin, ofrece protección a todos sus hijos, cualesquiera que sean sus extravíos y perseguir y castigar no sólo al enemigo manifiesto, sino al potencial. La proclama se proponía, además, poner diques a la ferocidad realista, sorda a los pedidos de la clemencia, ciega ante el horror de la sangre inocente derramada. Sin embargo, pudo errar el maestro. Acaso para enseñar su ciencia aplicó el viejo método según el cual la "letra con sangre entra", pero no podrá atribuírsele propósito de dañar al discípulo que aprende. Bolívar, gran educador de pueblos, dictó ese decreto, "no por crueldad y dureza de corazón", dirá Restrepo, sino por sistema formado después de profundas meditaciones sobre el carácter de sus compatriotas y los hechos de los españoles que habían

> pasado ya o que estaban sucediendo en Venezuela a su mismo alrededor (pp. 31, 32).

Necesaria era la formación de la conciencia americana, pues de alguna manera se debía cortar el cordón umbilical mantenido con España. Bolívar no podía quedarse como simple espectador ante la realidad de cada día, viendo con impotencia cómo las tropas realistas aumentaban sus atrocidades y sus crímenes.

> Concibió el más grande y transcendental de sus pensamientos revolucionarios: el de guerra a muerte. De hecho, estaba ésta declarada y se hacía por los españoles con notable violencia: las matanzas en Perú, en Quito, Popayán y Méjico; las más recientes y horribles de Antoñanzas y Zuazola; las proscripciones y latrocinios de Monteverde; la conducta de Tízcar con los vecinos de Barinas; las leyes españolas, en fin, que condenaban a muerte irremisiblemente a los rebeldes; todo demostraba que el patriota americano no podía esperar de sus enemigos olvido ni perdón (Austria, 1960, p. 48).

En el Cuartel General de Trujillo recibió Bolívar, con profunda emoción, la victoria obtenida por Girardot el 18 de junio en Agua de Obispo, donde valientemente pudo exterminar las tropas del marino don Manuel Cañas, que tenía sitiado el pueblo de Carache. Gracias a esta acción, la causa patriota se hizo de armas y municiones que fueron incautadas a los realistas. Sobre esta operación ya se había informado a la Unión asegurando una victoria (ADL, 1813, d. 218). Mientras tanto, Tíscar, al mando de ochocientos hombres, ordenó hacer un movimiento análogo, pensando sorprender a las tropas patriotas, pero se encontró con José Félix Ribas y sus fuerzas de retaguardia, que le dieron combate y los derrotaron en Niquitao el 2 de julio de 1813. Ribas resultó victorioso frente al coronel José Martí. Gracias a la rapidez de estas acciones y a sus resultados, Bolívar logró entrar a Barinas con 1.600 combatientes. Girardot, que tenía las órdenes de su comandante de perseguir a los españoles sin darles tregua, hizo que Tíscar huyera y dejara atrás soldados y armas. Se

apresaron algo más de cuatrocientos realistas. Posteriormente, Bolívar decidió enviar a Girardot a Guanare y, ya dueño absoluto de la plaza de Barinas, ordenó a Ribas avanzar al norte y someter al gobernador González de Fuentes en El Tocuyo, pero este abandonó la defensa y se retiró. Ribas logró el triunfo en Los Horcones el 22 de julio, tras derrotar al coronel realista Francisco Oberto, quien, a pesar de tener novecientos veteranos y una batería de montaña, no pudo contener la acometida de las fuerzas patriotas (Lecuna, 1955, pp. 12, 13).

Fue entonces cuando Bolívar, Girardot y Urdaneta avanzaron hacia San Carlos, adonde llegaron el 26 de julio para liberarla de la dominación del jefe realista Julián Izquierdo, quien al enterarse de la destrucción de las tropas de Oberto huyó aterrorizado hacia Tinaquillo para evitar correr con la misma suerte de su correligionario.

En medio de este clima favorable, los patriotas se lanzaron en su persecución hasta alcanzarlos en la sabana de Los Taguanes. Ante la evidente superioridad de los patriotas, el jefe español prosiguió su huida. El Libertador ordenó montar a caballo a un batallón de infantería, que realizó una feroz persecución por el ala derecha. Teniéndolos cerca, desmontaron la caballería y es entonces cuando a pie firme atacaron la retaguardia, mientras que el resto de las tropas tomaban el frente. Los españoles, ante tal arremetida, optaron por deponer sus armas. Durante el combate fueron heridos altos oficiales enemigos, entre ellos el propio coronel Izquierdo, quien falleció pocas horas después (Chalbaud, 1983, pp. 104, 105).

Las estrategias militares utilizadas por el ejército patriota fueron muy claras. Sus acciones anticipadas desorientaban al enemigo; atacaban objetivos precisos, golpeando en sitios inesperados por el enemigo. Ello nos ilustra acerca de los amplios conocimientos del Libertador sobre el espacio geográfico donde se desarrollaba el teatro de la guerra, y de su habilidad para mover sus tropas. Dividía sus propias filas para perseguir al enemigo y luego las juntaba para dar un certero golpe (Lecuna, 1955, p. 14).

El invasor Domingo Monteverde, tras haber sido derrotado por los patriotas de oriente, pensó en socorrer sus tropas; pero no le quedó otra opción sino devolverse y buscar refugio en Valencia. El jefe de los tira-

nos españoles que una vez puso a una nación entera bajo sus pies, no encontró explicación por la pérdida del ejército de "pacificación". En un manifiesto fechado en Valencia el 20 de septiembre 1813, Bolívar destacó la gran torpeza que cometió Monteverde al firmar su pasaporte (O'leary, 1981, p. 369).

De 6.000 hombres aproximadamente, con los cuales contaba Monteverde para la pacificación, solo disponía en Valencia de 400 infantes, 500 de caballería y 30 piezas de artillería ligera y de plaza. No permaneció por mucho tiempo en la ciudad, pues al conocer de la proximidad de las tropas patriotas la abandonó el 1 de agosto y se refugió en la plaza de Puerto Cabello, rodeada de murallas fortificadas con artillería. El Libertador entró el 2 de agosto a Valencia, a pesar de que muchos de sus ciudadanos no habían entendido el proyecto de la emancipación americana y continuaban siendo leales a la Corona, pero estos no opusieron resistencia alguna a las tropas libertadoras (Lecuna, 1955, p. 15).

Desde el 1 de agosto de 1813 se corrió en Caracas el rumor sobre la avanzada de su ilustre hijo con el objeto de liberarla del yugo español. Ello provocó profundo revuelo y movilización en los paisanos en situación de clandestinidad, obligando al gobernador interino, coronel Manuel Fierro, a desplegar por toda la ciudad una campaña de descrédito contra Bolívar. Pasado el 3 de agosto, el desconcierto y el temor reinaban en las filas realistas pensando que tal vez se haría efectivo el Decreto de Guerra a Muerte y la espada vengadora del pueblo patriota vendría a recaer sobre sus cabezas. Ante la inminente llegada del ejército libertador, los realistas comenzaron a huir rumbo a La Guaira para embarcarse a Curazao. Algunos cronistas cuentan que fueron más de 7.000 los embarcados y muchos otros se quedaron al agotarse la capacidad de los buques. Esta situación obliga a Bolívar a enviar una comunicación al gobernador y a la municipalidad de Caracas, donde expresa:

> Después de haber destruido los ejércitos que, en número de siete mil hombres, oprimían a las Provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, nada me es más fácil que libertar a la capital de Venezuela por la vía de las armas; pero la clemencia que distingue a

> todos los defensores de la causa de la justicia me hace olvidar que trato con los miembros de un Gobierno infractor, y sólo atiendo a la humanidad doliente, y a los clamores de los desdichados que imploran mi protección contra la justa vindicta, a que se han hecho acreedores los tiranos de mi Patria (ADL, 1813, d. 282).

La entrada del Libertador a su ciudad natal era inevitable, lo cual obligó al gobernador a enviar una comisión de paz integrada por el marqués Casa de León, don Fermín Paúl, don Vicente José Galguera, el presbítero don Marcos Rivas y don Francisco Iturbe, este último fiel amigo y protector de Bolívar. La reunión se dio en La Victoria en medio de un ambiente de franqueza.

Al efecto se logró firmar un armisticio, evento que fue informado al presidente del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión a través de una carta de fecha 5 de agosto de 1813, donde se expresa con satisfacción la culminación de la Campaña Admirable. En dicha comunicación, explicó haber recibido a cinco emisarios del gobierno tirano con el fin de llegar a un acuerdo. Destacó además la importancia de tal decisión para lograr redimir su desgraciada patria. Informó también sobre el botín de guerra, con el que adquirió para la causa armas y municiones (O'leary, 1981, pp. 29-330). El escritor Indalecio Liévano Aguirre (2011) reproduce la descripción que hizo Ducoudray-Holstein de la entrada triunfal del Libertador a Caracas:

> La entrada de Bolívar a Caracas el 7 de agosto de 1813 —dice Ducoudray-Holstein— fue tan brillante como gloriosa. Las mujeres venían a coronar a su Libertador y cubrían las calles por donde debía pasar de montes de flores y de ramos de laurel y olivo. Las aclamaciones de millares de personas se mezclaban al estruendo de la artillería, a los repiques de las campanas y a los acordes de las músicas marciales. Se abrieron las prisiones, y las infortunadas víctimas de la libertad, con sus rostros pálidos y demacrados, parecían espectros que habían dejado las tumbas. Antes de la llegada de Bolívar se había preparado un carro regio y triunfal, semejante a aquellos de que se servían los cónsules

> romanos al regreso de una campaña gloriosa… Bolívar iba de pie en el carro, la cabeza desnuda, vestido de gran uniforme, y llevaba en la mano un bastón como insignia de mando (pp. 165-166).

El 8 de agosto se dirigió el Libertador a los caraqueños a través de una proclama donde abordó varios puntos de su misión y entre los cuales expresaba con vehemencia lo siguiente:

> Caraqueños: el ejército de bandidos que profanaron vuestro territorio sagrado ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas que animadas del sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino y han llenado de un pánico terror a los tiranos, cuya sangre regada en los campos ha expiado una parte de sus enormes crímenes. Vuestros ultrajes han sido vengados por nuestra espada libertadora, que a un solo golpe han inmolado los verdugos y cortado las ligaduras de las víctimas (…)
> Por fin, compatriotas míos, vuestra República acaba de renacer bajo los auspicios del Congreso de Nueva Granada, vuestra auxiliadora, que ha venido con sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las extinguidas por la irrupción de los bárbaros, que envolvió en el caos, la confusión y la muerte a los Estados Soberanos de Venezuela, que hoy existen nuevamente libres e independientes y elevados de nuevo al rango de nación (O'Leary, 1981, t. 13, pp. 332, 333).

El mismo 8 de agosto de 1813, Bolívar le escribió a la comisión de política militar del Congreso de la Nueva Granada, donde expuso la complacencia de los habitantes de Venezuela por la generosidad del Congreso de la Nueva Granada al enviar sus tropas benefactoras para restituirles su dignidad de hombres libres. Además, les informó sobre la organización de un gobierno legal, regido en un principio bajo su autoridad hasta conformarse una junta de notables capaz de dirigir la nación según los intereses de la misma, tal cual lo había ordenado aquel augusto Congreso (pp. 333-335).

El Libertador reconoció la nobleza de su pueblo, que estaba agradecido de estar libre del yugo español, pero a su vez insistió en no cometer el mismo error del fracaso de la Primera República. Para ello, era necesario implantar un sistema de gobierno acorde al momento vivido en todo el país. Tal como hizo en Mérida y Trujillo, estableció un gobierno tratando de mantener separados el poder militar del político. Nombró como gobernador de Caracas al doctor Cristóbal Mendoza y ordenó a Francisco Javier de Ustáriz y al licenciado Miguel José Sanz, hombres de reconocida moral, la elaboración de un plan de gobierno provisional, cuya jefatura del ejército se le fuera encomendada.

Esta entrada triunfal de Bolívar a Caracas selló otro capítulo más en la historia venezolana, pues a partir de aquella histórica fecha nació el período conocido como la Segunda República.

Bolívar en Caracas

El Libertador jamás olvidó el juramento hecho el 15 de agosto de 1805 en el Monte Sacro (Roma), donde, en presencia de su maestro Simón Rodríguez y su amigo de infancia Fernando Rodríguez del Toro, juró consagrar su vida y todos sus esfuerzos para llevar la libertad y la independencia a su patria. Contaba ahora con tan solo treinta años de edad y sobre sus manos recaía la enorme responsabilidad de restablecer el orden, el gobierno y mantener viva la República, después de un año durante el cual se cometieron los más atroces crímenes que la habían llevado a la ruina y a la miseria.

De esta manera había llegado la hora de reorganizar la República. Sin vacilar ni perder tiempo, era menester extirpar todos los viejos vicios, tarea nada sencilla pues el nuevo gobierno se encontró con un capital económico totalmente despilfarrado, pues la torpeza de la administración española había reducido a nada los fondos públicos. En virtud de ello, Bolívar le exigió a su pueblo el más sublime de los sacrificios por el restablecimiento de la nación: exhortó a los empleados públicos, a los políticos y a los militares a cumplir con sus funciones sin esperar recibir

exorbitantes salarios, tal como lo solían hacer las administraciones coloniales. Los funcionarios patriotas recibirían lo justo por su trabajo.

Es necesario acentuar que durante el período de la Segunda República no se sancionó ninguna Constitución; solo se conocieron dos constituciones durante la segunda década del siglo XIX. Una, sancionada en Caracas el 21 de diciembre de 1811, la cual tuvo influencia de otros modelos como la de Francia (1789) con su liberalismo político luego de su revolución y la federalista de los Estados Unidos de América (1787). La segunda, en 1819, producto del célebre Congreso de Angostura, la cual tuvo influencia directa del propio general Bolívar, que se oponía plenamente al caudillismo local y regional. Empero, no fue cumplida en su totalidad, pues Venezuela estaba sumergida en la devastadora guerra por obtener definitivamente su independencia.

El 14 de agosto, días antes de hacer público su plan de gobierno, Bolívar manifestó en una carta al presidente de Cundinamarca la idea, surgida en su mente desde el inicio de su campaña libertadora, de instaurar una alianza con los pueblos hermanos de América, como la única manera de alejar de una vez por todas las pretensiones imperialistas y así ganarse el respeto de las demás naciones. Por ello, la primera medida dictada el 16 de agosto fue abrir las fronteras venezolanas al mundo, invitando formalmente a los extranjeros, sin importar su nacionalidad u ocupación, para establecerse e invertir en la naciente república, la cual les brindaría toda la protección posible en cuanto a sus derechos humanos y materiales. Además, les propuso abrazar las banderas de la causa libertadora y obtener, como recompensa, el derecho de ser reconocidos como venezolanos y cuanto la República les pudiese otorgar dependiendo de sus servicios (O'Leary, 1981, p. 342).

Una vez culminado por Ustáriz el Plan Provisorio de Gobierno el 18 de agosto de 1813, este dejó por entendido lo innecesario de reunir un congreso plenipotenciario para sancionarlo, debido a las circunstancias prevalecientes en la reciente República y por la brevedad del caso. Contaba dicho plan de 15 artículos que muy bien sintetiza Chalbaud (1983) de esta manera:

> ... independencia al Poder Judicial, con asiento en Caracas. Los diversos ramos de la Administración se pusieron a cargo de Magistrados, dependientes todos del jefe supremo. Dividió el territorio en varias provincias, y a éstas dio un Gobernador Militar y otro Político, y además, varios Corregidores para el servicio municipal. Este Gobierno, que en realidad era una segunda Dictadura, debía regir hasta la conclusión de la guerra, según lo participó Bolívar al Congreso de Nueva Granada, dándole explicación a aquel Soberano Cuerpo de los motivos que le habían impedido restablecer el régimen federal (p. 115).

Además de los asuntos económicos, políticos y militares, el Libertador debía atender otras ocupaciones destinadas a encarrilar el destino de la nación; entre ellas destaca la situación con el clero, pues el arzobispo de Caracas Narciso Coll y Pratt fue acusado por el propio pueblo de no cumplir con su apostolado, sino, al contrario, de mantenerse al lado de los intereses de los españoles.

Los asuntos militares se hacían cada vez más importantes y requerían de su completa atención. La naciente República estaba combatiendo al mismo tiempo en dos frentes: uno al occidente y otro al oriente. La entrada triunfal de Bolívar coincidió con la liberación de oriente por parte del coronel Santiago Mariño, patriota invadido de un singular sentimiento libertario y republicano, considerado desde el primer momento como jefe de ese pequeño ejército tenaz que fue capaz de desalojar a los realistas de las tierras orientales.

Santiago Mariño era hijo de ricos hacendados, quienes poseían propiedades en la isla de Margarita y en el oriente venezolano. Gracias a su fortuna, en cierta medida tuvo influencia entre los pobladores de oriente. Se le conocía como un joven revolucionario y ferviente seguidor de la causa republicana desde los primeros tiempos de la independencia.

Al caer la Primera República, Mariño y otros compatriotas se refugiaron en la isla de Trinidad, donde de inmediato concibió la idea de llevar las banderas de la libertad a su tierra. Pero desgraciadamente no encontró ningún tipo de apoyo en la isla, pues la política de Inglaterra para el momento era de mantener buenas relaciones con España y por lo

tanto les había ordenado a sus colonias del nuevo mundo abstenerse de ayudar a los insurgentes americanos.

Sin embargo, esto no detuvo al joven oriental, quien se puso en marcha con el mismo arrojo de Bolívar al emprender la Campaña Admirable. Mariño logró huir clandestinamente de Trinidad y se reunió con sus compañeros secretamente en la hacienda de su hermana Concepción Mariño, ubicada en un islote llamado Chacachacare. Fue aquí donde el 11 de enero de 1813, al lado de un grupo de patriotas, se comprometió con la causa y firmó un documento conocido como el *Acta de Guerra de Chacachacare*. En este grupo de solo 45 hombres se destacaban Manuel Piar, los hermanos Bermúdez (José Francisco y Bernardo), Francisco Manuel Valdés, José Francisco de Azcue, Juan Bautista Bideau y otros hermanos antillanos, quienes no dudaron en cooperar con esta noble empresa.

El historiador militar y testigo de muchos acontecimientos acaecidos durante el período de la Segunda República, José de Austria (1960), nos describe como estos 45 jóvenes, animados de profundo sentimiento patriótico, juraron libertar a su nación, y, armados precariamente con tan solo seis fusiles, algunas pistolas, trabucos y armas blancas, se lanzaron en cruzada a la costa de Paria, sorprendiendo al enemigo y abriéndose paso hacia Güiria, ocupándola el 13 de enero. Tomaron el sitio conocido como Punta de Piedra e hicieron huir a los bárbaros realistas que la ocupaban. De esta manera lograron aumentar su pequeño parque y se ganaron el prestigio de ser los redentores del oriente (p. 18).

El Libertador había tenido conocimiento sobre la propagación de la causa patriota por toda Venezuela. Así, en una carta al Poder Ejecutivo de la Unión con fecha del 26 de marzo de 1813, informó que en la Villa de Güiria de la provincia de Cumaná se había izado la bandera de la independencia, extendiendo la revolución hasta los más apartados rincones de la República (O'Leary, 1981, t. 13, pp. 164-165).

El teatro de la guerra

Cada día transcurrido se hacía más complejo para Bolívar. Por un lado, debía organizar la naciente República; y por otro, atender la lucha

armada encendida en varios puntos de la nación. Fue entonces cuando decidió ponerse en marcha y resolvió enviar sus tropas a los valles del Tuy, Guárico y Barinas.

Por su parte, el gobernador de Barinas le advirtió sobre los peligros que amenazaban aquella provincia, por lo cual no dudó en ningún momento prestarle el auxilio requerido. Ante tal situación, Rafael Diego Mérida le notificó al gobernador el 22 de agosto de 1813 lo siguiente:

> Una expedición destinada a proteger los pueblos de Occidente que puedan ser invadidos por los enemigos, ha empezado a salir suficientemente provistos, y proporciona mayor seguridad a esa Provincia. Del mismo modo está defendido por otra expedición, al mando del teniente Coronel Comandante de Húsares Tomás Montilla, que marcha a Calabozo a batir a Yáñez, pacificando todo el país que está al lado de acá del grande Orinoco (p. 353).

Para entonces el objetivo principal de Bolívar era Puerto Cabello. Allí se encontraba atrincherado Monteverde, quien en cualquier momento podría recibir apoyo de España. A favor de los realistas aparecían nuevos elementos, como Boves y Morales, que estimulaban la sublevación en los llanos de los valles del Tuy, el cura Torrellas en Coro, con fuerzas indígenas que pronto se unieron al cacique Reyes Vargas; y Yáñez en Apure.

Sin pensarlo mucho, Bolívar abrió sus operaciones hacia Puerto Cabello. El 26 de agosto marchan dos columnas lideradas por bizarros patriotas, quienes hacen que la geografía del lugar se ponga a sus servicios. Una columna bordeó por un río que da al mar, mientras que la otra trepaba los cerros. Inmediatamente, ordenó a Urdaneta y a sus hombres agruparse en Valencia. Reunió un ejército de 2.000 hombres, pero solo contó con la participación de 800 combatientes para tomar la plaza, dividiéndolos en dos columnas al mando de los bravos Girardot y D'Elhuyar. Estas columnas se pusieron en marcha hasta llegar a la población de Naguanagua, buscando abrirse paso hasta Puerto Cabello. Tomó Girardot la ruta de Aguas Calientes con la orden de despejar el camino; su arrojo

fue tan excepcional que pudo tomar dos pequeñas fortalezas llamadas Vigía Alto y Vigía Baja. Mientras tanto, Bolívar y Urdaneta tomaban los pueblos cercanos a la fortificación (Lecuna, 1960, p. 114).

En medio de tales acciones fue apresado el realista Zuazola, conocido por las masacres ejecutadas en el oriente. Para el momento de su captura, comandaba el Mirador Solano. El Libertador tuvo la idea de canjearlo como prisionero de guerra por un patriota de apellido Jalón, quien se encontraba recluido allí desde la caída de la Primera República, pero pasó por ingenuo, pues a Monteverde no le importaba la suerte de sus subalternos. Al no tener éxito su idea, resolvió ahorcarlo frente a los atónitos ojos de los realistas atrincherados en el Castillo (ADL, 1813, d. 344). Lamentablemente, en estas primeras acciones se derramó valiosa sangre patriota, entre ella la del capitán de artillería Francisco Tinoco, quien antes de morir, como un gesto de aliento para sus camaradas, exclamaría “Yo he pagado el tributo que todos deben a la Patria. Compañeros: llevad al general mi postrer adiós, y pelead hasta morir, o destruid a los tiranos” (Chalbaud, 1983, p. 144).

Uno de los temores de Bolívar se hizo realidad a mediados de septiembre, cuando en las costas de La Guaira anclaron la fragata Venganza y otros buques menores (ADL, 1813, d. 391), al mando del coronel José Miguel Salomón con 1.200 veteranos del Regimiento de Granada. Ribas quiso detenerlos, pero fracasó en su intento. La recién llegada tropa se dirigió a Puerto Cabello para socorrer a Monteverde (Lecuna, 1955, p. 19). El jefe realista pensó aprovechar la oportunidad y se puso en marcha con 1.600 hombres, montó un cuartel general en Las Trincheras, dejó como retaguardia a 1.100 hombres, y posteriormente se dirigió a Bárbula con tan solo 500 soldados de su tropa.

> Bolívar considera la llanura de Naguanagua el punto ideal para dar la batalla a Monteverde y allí espera a su contendor, pero la descabellada disposición del Jefe Realista le obliga a ordenar a sus tropas trepar el cerro de Bárbula.
> Tres columnas mandadas por Girardot, D’Elhuyar y Urdaneta trepan las alturas de Bárbula; también se destaca en aquella acción el Coronel

> Luis María Rivas Dávila quien con una serenidad incomparable dominó la acción a la cabeza de su glorioso escuadrón de Dragones de Caracas.
> Ya coronada la cumbre de Bárbula, Girardot empuña la bandera nacional y al momento de clavarla en la cima dice a Urdaneta: “Mire usted como huyen esos cobardes” en ese preciso instante recibe una bala en la frente que terminó con aquella gloriosa existencia. Al igual que el Gran Marceau, cuya vida se asemeja tanto a la suya, así murió este granadino a quien la patria le debe en gran parte su existencia (Chalbaud, 1983, p. 148).

El 3 de octubre lo atacaron en el punto llamado Las Trincheras. Con heroísmo épico destrozaron aquel formidable ejército y lo hicieron retirarse hacia el Castillo de Puerto Cabello, donde se encerró Monteverde con una grave herida en la cara, lo cual lo hizo desaparecer por un tiempo del teatro de operaciones. La muerte del excepcional Atanasio Girardot asoló los corazones de todos los venezolanos y granadinos; no obstante, la llama de su gloria se perpetuó en todas las futuras generaciones por su admirable arrojo en pro del restablecimiento de la República. Como consecuencia de esta lamentable pérdida para la causa patriota, en una acción inusual Bolívar deja el mando de sus tropas en batalla para acompañar los restos mortales de tan insigne héroe de la patria libre. Es así como ese mismo día se decretaron los respectivos honores en memoria de Girardot (1960, p. 127).

> Siendo, pues, el Coronel Atanasio Girardot, a quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada las victorias más importantes; y para consignar en los anales de la América la gratitud del pueblo venezolano hacia uno de sus libertadores, he resuelto lo siguiente:
> 1° El 30 de septiembre será una fecha aciaga para la república, a pesar de las glorias de que han cubierto sus armas en este mismo día, y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.

2° Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes de consecutivo luto por la muerte del Coronel Girardot.
3° Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores y se depositará en el mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.
4° Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada.
5° El Cuarto Batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en el futuro Batallón Girardot.
6° El nombre de este benemérito ciudadano, se inscribirá en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como primer bienhechor de la patria.
7° La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe exigir del reconocimiento de este Gobierno.
8° Se tendrá ésta por una ley general, que se cumplirá inviolablemente en todas las provincias de Venezuela.
9° Se imprimirá, publicará y circulará para que llegue al conocimiento de todos sus habitantes (O'Leary, 1981, t. 13, pp. 378-379).

Debemos a un poeta colombiano la composición del siguiente epitafio, el cual, para eternizar la memoria del guerrero granadino, se publicó posteriormente en el número 94 del *Correo del Orinoco:*

EPITAFIO
Girardot… aquí yace sepultado:
Vivió para la patria un solo instante,
Vivió para la gloria demasiado,
Y murió vencedor siempre constante.
Sigue el ejemplo ilustre que te ha dado,
Si todavía hay tiranos, caminante;
Pero si ya de libertad se goza,
Detente, y llora sobre aquesta losa
(Austria, 1960, p. 116).

A pesar de los reveses, las fuerzas patriotas de nuevo demostraron su valentía. Redujeron al ejército español a solo 500 hombres refugiados en el Castillo, destinados a morirse de inanición. Las victorias de Bárbula (30/9/1813) y Las Trincheras (3/10/1813) fueron decisivas para la marcha hacia la reconquista de Venezuela.

Bolívar dejó la mayor parte de sus tropas en Valencia para partir a Caracas. Antes de su partida ordenó ascender al grado de brigadier de los Ejércitos de Venezuela al invencible Rafael Urdaneta, por sus acciones valerosas en Niquitao, Tinaquillo, Puerto Cabello y Bárbula; grado militar posteriormente ratificado por el gobernador militar de Caracas José Félix Ribas el 8 de octubre de 1813 (O'Leary, 1981, t. 13, p. 386).

El 14 de octubre, muy temprano por la mañana, entró el cortejo fúnebre transportando en una urna el corazón del héroe granadino. Todos los presentes vestían de luto y lloraban a uno de sus libertadores. Bolívar, en comunicación al presidente del Supremo Congreso de la Nueva Granada y encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, le dice: "No es posible expresar las sensibles demostraciones de dolor y ternura, al recibir aquellos habitantes estos preciosos manes. Han sido conducidos pomposamente y colocados por el señor Arzobispo, Deán y Cabildo, en un magnífico mausoleo" (ADL, 1813, d. 495). La ceremonia fúnebre fue llevada a cabo en la Santa Iglesia Metropolitana por el arzobispo Narciso Coll y Prat.

Aunque el luto reinaba entre sus habitantes, en su segunda entrada a la capital Bolívar fue recibido con efusivas aclamaciones, lo cual obligó al doctor Cristóbal Mendoza a congregar al Cabildo caraqueño para celebrar una sesión extraordinaria como acto político, público y solemne.

Reunidos sus integrantes junto al pueblo en general, se acordó aprobar el ascenso de grado militar a Simón Bolívar y otorgarle oficialmente el título de Libertador, tal como se le aclamaba en los pueblos por donde recorrió con su ejército durante la Campaña Admirable, especialmente cuando fue aclamado en la ciudad de Mérida el pasado 23 de mayo. Recordemos que el grado de brigadier de la Unión y el título de ciudadano de la Unión fueron otorgados por el pueblo granadino. Ahora su patria le otorgaba la más alta y única jerarquía militar existente, la de capitán general, unida al honor más grande hecho a persona alguna al proclamarlo

como su Libertador. Dicha distinción no envaneció el espíritu y la moral de Bolívar.

> El título de Libertador es superior a todo los que ha recibido el orgullo humano", le respondió en marzo de 1826; y en septiembre del mismo año, ratifica en carta a Santander: "Libertador es más que todo; y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono (Mijares, 1967, p. 245).

En ningún momento pasó por su mente glorificarse hasta llamarse emperador. Esto iba en contra de sus principios éticos y morales y más aún en contra de todo aquello por lo cual había sacrificado su vida. No cometió el mismo error de Napoleón Bonaparte al coronarse como emperador, olvidándose de principios republicanos y liberales fundamentales de la Revolución francesa (1789).

La respuesta dada por Bolívar a la ilustre municipalidad fue el ejemplo más digno de humildad y sabiduría cosechado por hombre alguno. El 18 de octubre les escribió a los munícipes para expresar el honor que significó para él haber dirigido en el campo de la guerra a valientes soldados y extraordinarios jefes libertadores. También les agradece los honores concedidos como capitán general y Libertador, pero insiste en que la verdadera gloria y las máximas distinciones gustosamente ofrecidas a su personalidad debían residir en el Congreso de la Nueva Granada y en sus oficiales Urdaneta, Campo Elías, Girardot y D'Elhuyar, entre muchos otros destacados jefes, además de sus aguerridas tropas. Para Bolívar, ellos eran los verdaderos merecedores de tales títulos y condecoraciones (ADL. 1813, d. 451).

Volviendo al teatro de la guerra, las fuerzas realistas se encontraban ya prestas para reorganizarse y marchar en contra del hasta ahora victorioso ejército libertador. En coaliciones con números respetables de soldados se ponen en acción. Una de ellas fue la dirigida por el brigadier Ceballos, que se abrió paso desde Maracaibo y Coro; el general Urdaneta se activa de inmediato con una división para cortar la marcha, pero ya Barquisimeto estaba comprometida; además, el número de tropas de Ceballos era superior. La prudencia fue la mejor arma de Urdaneta para

evitar un desastre. La segunda coalición era la comandada por Yáñez, con imponentes fuerzas que superaban los 2.000 hombres y habían tomado Barinas desde San Fernando de Apure (Austria, 1960, p. 122). La tercera coalición era la dirigida por José Tomás Boves, al lado de Francisco Tomás Morales, quienes estaban sembrando la muerte y la rapiña por los llanos venezolanos con 2.500 soldados de caballería. Esta última coalición, el 14 de octubre de 1813, probó el sable de los libertadores de Venezuela, pues Boves con 2.000 jinetes y Morales con 500 de infantería, se batieron en duro combate con las tropas patriotas comandadas por Campo Elías acompañado de Cedeño, Anzoátegui y Ustáriz. Estos últimos lograron la victoria en Mosquitero, cerca de Calabozo (ADL, 1813, d. 459). Tras esta victoria, el hijo adoptivo de Mérida ordenó pasar por las armas a los soldados compatriotas desertores de Boves, incumpliendo así el Decreto de Guerra a Muerte, el cual daba garantías a los americanos que se redimieran. La última y cuarta coalición fue el ejército del propio Monteverde, quien aún se mantenía de pie gracias al regimiento de Granada y a su flota marina adueñada de Coro.

Comprendiendo Bolívar la delicada situación en que se encontraba la República con la activación de las tropas realistas, ordena marchar al batallón Aragua con el teniente coronel Vicente Almarza al frente, quien llega a San Carlos visualizando al enemigo desde el punto conocido como el Gamelotal. En esta posición se les une Luis María Rivas Dávila y sus Dragones. Mientras se acomodan las tropas patriotas, ya los realistas se encontraban en orden de batalla en un lugar nombrado como Campamento a la salida de Barquisimeto. El 8 de noviembre de 1813 se encontraron con Urdaneta y marcharon juntos a Cabudare. De esta manera unieron sus fuerzas y formaron un ejército de 1.200 infantes y 200 caballerías. Mientras que Ceballos tenía en Barquisimeto 2.000 hombres, 9 piezas de artillería y 500 caballos al mando del coronel Oberto y su batallón de quinientos hombres más (Austria, 1960, p. 123).

El Libertador, analizando los últimos acontecimientos, ve con preocupación cómo diversos factores alejan la victoria necesaria. Sus tropas se dividían producto de las sucesivas victorias realistas, y además el enemigo incrementaba su poder de reorganizarse con la ayuda de muchos compatriotas, quienes, turbados y temerosos, abrazaban las banderas enemigas.

El 11 de noviembre, Bolívar da la orden de batalla. La caballería patriota derrota a la realista en perfecto orden (ADL, 1813, d. 499). Toda la caballería realista fue destruida gracias a la oportuna participación del batallón Agricultores de Caracas.

> Pero la infantería que comandaba Oberto, combatía aún con sin igual bravura; y en este estado las cosas, muy próximas a decidirse la victoria por los patriotas a decir del historiador Austria, sobrevino un desacuerdo entre el Coronel Ducoylá y el Comandante Rodríguez, quienes tenían un desagravio; y Ducoylá fue quien negó un apoyo a Rodríguez en momentos precisos; a la vez el corneta de órdenes tocó retirada sin ponerse averiguar quién fue que se lo ordenó; y oyó el grito de "sálvese el que pueda". El pánico se apoderó de todos y vanos los esfuerzos de Bolívar, Urdaneta y demás Jefes para contenerlos, pero los soldados, sobrecogidos de espanto, botaban los fusiles y huían. La caballería patriota, que se sabía triunfante, al regresar al campo de batalla y ver huir la infantería, se contagia y desaparece a su vez agravando más la situación. Vino a remediar tal estado de cosas la oportuna llegada del Coronel Ribas Dávila que con su escuadra de "Soberbios Dragones" logró sostener la retirada patriota (Chalbaud, 1983, pp. 166, 167).

Sin embargo, ni los esfuerzos de Urdaneta, ni de los del joven Rivas Dávila, lograron evitar la triste confabulación del destino que revirtió la jornada, convirtiendo una victoria segura en una de las más tristes derrotas de la Segunda República. Quedaron esparcidos por todo el terreno de combate 400 cuerpos sin vida que pronto reclamarían venganza. Las huestes de Ceballos y Oberto quedaron inscritas en la historia como las primeras en vencer al Libertador de Venezuela en el campo de batalla. Pero esta derrota no cegó a Bolívar; al contrario, ahora el general en jefe era más peligroso para los invasores. Intuyendo que las tropas realistas al mando de Boves, Yáñez y Monteverde se unieran para ir tras él y arremeterle con una carga final, Bolívar no aguardó más tiempo y se dispuso a atacarlos antes de que lograran su cometido.

El 20 de noviembre llegó para auxiliar a los realistas el coronel Salomón en las alturas de Vigirima. Ribas, desde Caracas, con 500 hombres en su mayoría estudiantes de la universidad, ordenó a D'Elhuyar trepar las alturas del cerro por el flanco derecho a través de una cortina de fuego enemigo. Mientras tanto, Ribas y Villapol entraron por el centro. El batallón Girardot, al mando de Lamprea, tomó el flanco izquierdo y entraron los dos granadinos destruyendo las posiciones enemigas de ambos flancos. El mismo Ribas, demostrando su conocido arrojo, se puso al frente de sus tropas resistiendo, a costa de su propia vida, el implacable fuego de la artillería durante tres días de fiero combate. Para el 25 de noviembre de 1813 se consumó la victoria: el regimiento de Granada emprendió su penosa retirada para atrincherarse una vez más en Puerto Cabello. La sangre derramada en Barquisimeto fue vengada en la batalla conocida como Vigirima (Chalbaud, 1983, pp. 169-170. Austria, 1960, p. 126).

En otros escenarios, Yáñez hacia desastres en Barinas. El gobernador civil de esta provincia, don Manuel Antonio Pulido, trató de hacerle frente, pero sus enemigos eran muchos, compuestos por dos regimientos de infantería que sumaban dos mil quinientos hombres. Pide desesperadamente auxilio al cuartel general, pero Bolívar acaso podía resistir en el centro-occidente y no le presta la ayuda requerida, lo cual hizo que Pulido abandonara aquella plaza abriéndose camino para buscar refugio junto a muchos de sus pobladores en San Carlos. Pocos días después, el 10 de diciembre, con el fin de poner orden en la provincia de Barinas, ordenó el Libertador al teniente coronel Ramón García de Sena que la tomase militarmente y fuese la única autoridad (Bolívar, s.f., pp. 78, 79).

Los realistas tampoco perdían el tiempo. Habían aprendido que Bolívar era aún más peligroso cuando emprendía una persecución y buscaron reunir sus fuerzas de nuevo. Yáñez se encontró con Ceballos en Araure; llevaba consigo un ejército de aproximadamente 4.500 hombres, el cual había acumulado por su paso por los llanos, y los sumó a los 7.000 corianos de Ceballos, logrando el 3 de diciembre componer en Araure el ejército más grande organizado en la América del Sur para ese momento.

La estrategia de Bolívar fue tratar de concentrar todas sus tropas de occidente en San Carlos y formar un ejército tan poderoso que fuese capaz de enfrentar al poderío realista. Para tal fin, ordenó a Urdaneta re-

unir a todos los combatientes de Vigirima y a los demás dispersos luego de la derrota en Barquisimeto, componiendo un batallón cuyo nombre nació del propio seno de aquellos soldados, Batallón sin Nombre. El encargo de este batallón se le confió al experimentado oficial patriota Florencio Palacios. Se sumaron a estos las tropas de Valencia. Luego, Campo Elías, con el batallón Barlovento, quien debió abrirse paso desde Guárico hasta San Carlos combatiendo tropas enemigas disipadas; a lo largo de su marcha, venció a las guerrillas de los Cruces, a Ruiz en Guacara y a Carlos Blanco en el propio San Carlos (Lecuna, 1960, p. 160).

Sacando el parte de cada uno de sus componentes y tomando en cuenta el estado en el cual se hallaban las fuerzas patriotas por los constantes encuentros con guerrillas realistas, el ejército libertador de occidente solo contaba con 5.700 hombres, un número inferior al de las tropas del enemigo. El Libertador debió sacar provecho de sus dotes de liderazgo para motivar a sus tropas y conducirlas a una inminente victoria. "A pesar de tantos esfuerzos sólo se pudieron reunir en esta última ciudad 2.000 infantes y 1.000 jinetes, sin contar los grupos desarmados de Barinas, Guanare y Ospino y del propio San Carlos destinados a reemplazos" (1960, p. 160).

El general en jefe logra marchar con su ejército en perfecta formación y abandona San Carlos el 1 de diciembre. Al frente de la vanguardia puso al coronel Manuel Manrique con su Batallón Valerosos Cazadores, que entró a Araure por Agua Blanca, pero se encontraron con la sorpresa de la retirada realista, que habían abandonado las alturas de las galeras de Araure el 5 de diciembre. El enemigo, al descender, ubica las tropas en posición de batalla con un ejército de más de 5.000 combatientes y 10 piezas de artillería. Lamentablemente, la vanguardia cometió un error fatal, pues había avanzado más de lo previsto y fueron sorprendidos por el enemigo que se encontraba oculto. Este episodio se convirtió en un duro golpe para los patriotas: el Batallón Valerosos Cazadores fue despedazado; apenas se salvaron cinco oficiales, entre ellos sus comandantes Manrique y Planas (Austria, 1960, pp. 128, 129). Bolívar debió reorganizar su ejército para el combate decisivo en medio de los cadáveres de casi 400 soldados de los Cazadores de Manrique.

> Marchando al lado de los cadáveres de los valerosos Cazadores de Manrique, bajo el fuego de la artillería enemiga, formó el ejército en batalla. Villapol con los vencedores en Vigirima a la derecha, Palacios con el Batallón Sin Nombre, y cuatro piezas ligeras en el centro, Campo Elías con los vencedores de Mosquiteros a la izquierda. En segunda línea la caballería de Barinas y la de Caracas, a cargo del coronel Briceño Plumar (padre de Briceño Méndez) y del capitán Ortiz, a la derecha. La de San Carlos y Calabozo al mando del coronel Vicente Landaeta a la izquierda. En reserva los Dragones de Caracas al mando de Rivas Dávila, y el escuadrón de Ospino. Estos últimos recibieron la orden de matar a cuantos intentaran retirarse (Lecuna, 1955, p. 26).

Araure se convierte de pronto en un infierno en la tierra, donde solo resulta vencedor el mejor estratega. Bolívar ordena avanzar en dos cuerpos, resistiendo la carga de artillería realista, ya que tienen la orden de no abrir fuego hasta que se les indique. Una vez cerca del enemigo, a punto de tiro, inician las descargas. El Batallón Sin Nombre, con lanza en mano, salta sobre el enemigo sin dar tregua, mientras que la infantería, cuerpo a cuerpo, comienza a cargar a la bayoneta. Es un choque brutal de ambos lados; no existe comportamiento humano alguno en este campo; las tropas patriotas solo quieren vengar a sus hermanos Cazadores. El jefe realista Ceballos observa que su infantería comienza a ceder, por lo que ordena a Yáñez cargar con la caballería tratando de hacer una maniobra envolvente que sorprenda a los patriotas. Bolívar demostrando sus aptitudes de conductor de tropas, al percatarse de la acción de Ceballos, manda a la caballería de Barinas a chocar de frente con Yáñez para contenerlo. Atento al infierno que se desencadenó, percibe que la caballería de Barinas comienza a ceder, lo que lo obliga a tomar la decisión de desenvainar su sable y al galope de su brioso caballo entra en el campo de batalla reagrupando a cuanto dragón o lancero patriota viera. El hecho de que el jefe se encontrara dando su vida en el campo de batalla junto al más humilde de los soldados hace que se desborde un gran frenesí entre el ejército libertador, que arrolla al enemigo. Seis horas dura el combate. Los realistas huyen desesperados en todas direcciones (Rumazo, 2006, p. 116).

A pesar de las terribles bajas sufridas por el ejército de occidente con la pérdida del Batallón Valerosos Cazadores en una acción donde lamentablemente perdieron la vida casi todos sus componentes y a duras penas lograron salvarse muy mal heridos sus comandantes, el Libertador honró muy sabiamente a las tropas claves en el triunfo de Araure. En virtud de ello, el Batallón Sin Nombre pasó ahora a denominarse "Vencedores de Araure". El propio Bolívar dijo:

> Soldados: Vuestro valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo, y aún en medio del fuego cuando os vi triunfar, le proclamé el batallón Vencedores de Araure. Habéis quitado al enemigo banderas que en un momento fueron victoriosas: se ha ganado la famosa llamada Invencible de Numancia. Llevad soldados esta bandera de la República (Lecuna, 1983, pp. 307-308).

Según Vicente Lecuna (1983), muchos han considerado que Bolívar les entregó la bandera española del Batallón de Numancia destruido en la batalla. Es un error. Él les presentó y así lo dijo en su arenga, una bandera de la República. La de Numancia, conquistada en la batalla por el Batallón Sin Nombre, la había enviado a San Carlos. El segundo batallón en honrar fue el del merideño Rivas Dávila, los Dragones de Caracas, otorgándole el título de Soberbios Dragones.

Después de esta importante victoria, Bolívar partió hacia Valencia, pues debía restablecer el sitio en Puerto Cabello, reforzar las defensas de la capital y organizar sus tropas, por lo cual decidió confiar el mando del ejército de occidente al brigadier Urdaneta, tarea difícil y complicada ya que por alguna razón Bolívar no dejó al ejército compacto, sino que lo seccionó en grupos, obligando así a Urdaneta a demostrar sus habilidades militares en un territorio muy extenso.

> Desde la Aparición, fueron destinados el coronel Florencio Conde, con una columna, a obrar en la provincia de Barinas, bajo las órdenes de dicha provincia, coronel Ramón García de Sena; el comandante Campo

> Elías, con otra columna, desde la ciudad de Guanare debía transitar la montaña de Biscucuy y posesionarse de la ciudad de El Tocuyo, de las principales del Occidente. Todas estas fuerzas y las operaciones subsecuentes, se sometieron a las órdenes y dirección del general Urdaneta, que también marchó para Barquisimeto, en cuya ciudad estableció su Cuartel General (Austria, 1960, p. 132).

El Libertador ordenó aplicar el Decreto de Guerra a Muerte contra los españoles y canarios, luego de la Batalla de Araure, en represalia por toda la sangre patriota derramada en los campos de batalla como consecuencia de las recientes acciones armadas (Barinas, Barquisimeto, Guanare y Puerto Cabello). No obstante, debemos recalcar que, una vez más, Bolívar demostró los más elevados sentimientos de generosidad, aunque se sentía totalmente contrariado por la conducta mezquina de los españoles y la de muchos compatriotas que seguían del lado enemigo. El 7 de diciembre publicó un indulto en el cual expresó lo siguiente:

> Mis sentimientos de humanidad, no han podido contemplar sin compasión el estado deplorable a que os habéis reducido, vosotros americanos, demasiado fáciles en alistaros bajo las banderas de los asesinos de vuestros conciudadanos. El Gobierno legítimo de vuestra patria, os abre por última vez la puerta a la felicidad. Elegid compatriotas: o venid a disfrutar de la libertad bajo el Gobierno independiente, o expirad de miseria en los bosques, o víctimas de una justa persecución.
>
> Yo os empeño mi palabra de honor, de olvidar todos vuestros pasados delitos, si en el término de un mes os restituí a vuestros hogares. Bajo esta salvaguardia, sagrada para mí, podéis gozar tranquilos de los bienes que os ofrece vuestra patria, y podréis después aspirar, por una buena conducta y útiles servicios, a las consideraciones del Gobierno. Si alguno de vosotros resiste aún esta vía para entrar en el orden, es menester que sea un monstruo indigno de toda generosidad, y debe ser abandonado a la venganza de la ley. Por tanto, he venido en decretar, y decreto, lo siguiente: 1° Todo americano que se presente al Juez de su pueblo, o a otra cualquiera autoridad pública, en el término de un mes,

> será admitido, y no se le perseguirá en manera alguna por haber servido en el ejército español, o por haberse alistado en las cuadrillas de salteadores (pp. 132-133).

De nuevo observamos a un Bolívar sometiendo a prueba sus más profundas emociones y su fe hacia los americanos desertores o traidores a la patria, inspirando así desde el fondo de su alma los más nobles rasgos de humanidad, demostrados a lo largo de su corta pero ajetreada vida entregada en exaltar la dignidad y el amor por el suelo nativo. Otra, en cambio, fue la conducta asumida por los jefes militares españoles.

> Mientras que de los realistas, la historia no registra un solo rasgo en desagravio de la humanidad por tantas crueldades. Se fatiga en verdad, la filosofía, la civilización, la humanidad, para encontrar, por parte de aquellos, una tregua siquiera en que repose la sensibilidad del hombre racional; por el contrario, sólo descubre en la sucesión de tantos acontecimientos un furor desenfrenado de depredaciones, crueldades, exterminio y muerte. ¡Horroroso cuadro que acaba de iluminar con sus negras sombras el poder supremo de que se llamaba madre patria! ¡Inicuos dones con que los españoles conquistaban la adhesión y amor de sus propios hijos! (p. 133).

El año de 1813, sin duda fue muy difícil y trágico en la historia de Venezuela. Jamás se había visto en la patria tanto derroche de valentía ejecutado por sus hijos y sus vecinos para arrojar al régimen colonial. Fue un año que por algunos momentos irradió la luz esperanzadora de ver formada una patria libre como la soñaron los libertadores. Sin embargo, lamentablemente, el año no concluyó con la victoria de Araure; Boves junto a Morales y con un ejército de 4.000 hombres bien apertrechados atacaron sin piedad al pueblo de Calabozo, defendido por el coronel Pedro Aldao con tan solo 1.000 soldados, quienes lucharon con valor, pero al no poder resistir la terrible embestida del enemigo optaron por huir por los llanos hasta las riberas del Guárico donde literalmente fueron arrasados por los realistas. La patria se horrorizó al saber que buenos ofi-

ciales y soldados murieron en estos combates, entre ellos Pedro Aldao y su segundo al mando Carlos Padrón, como también el aguerrido comandante Rafael Castillo. Urdaneta, responsable de las acciones en el occidente como consecuencia del recrudecimiento de las hostilidades, envió a Campo Elías a Barquisimeto y a Villapol a San Felipe, estando tomado este último pueblo por el realista Salomón. Villapol de inmediato se puso en persecución de ochocientos hombres del regimiento de Granada que abandonaron Puerto Cabello, logrando embestirlos el 18 de diciembre en un caserío llamado Guamo; reducidos a la mitad, el enemigo encontró refugio en Coro, y Villapol no se aventuró en continuar su persecución y regresó a Barquisimeto.

Mientras tanto, las nuevas escaladas enemigas seguían causando estragos en la República. La provincia de Trujillo fue invadida por González con la anuencia de los compatriotas desafectos a la causa, tal como lo había denunciado el propio Bolívar tiempo atrás. Por otra parte, la provincia de Mérida estuvo constantemente asediada por las tropas enviadas desde Maracaibo; todo tipo de abuso de autoridad y atropello se cometió contra la población serrana. Los vecinos de Nueva Granada también se vieron afectados con el ascenso violento de los realistas: Pamplona fue ocupada por el español Lizón, no menos vil y sanguinario que sus similares en tierras venezolanas; sus calles se cubrieron de cuerpos destrozados de hombres, mujeres, niños y ancianos, pero aún se mantenía en pie una juventud libertadora, dispuesta a dar su vida por su independencia y libertad (pp. 133-135).

La situación favorable del tirano mayor en suelo venezolano llegó a su fin. Monteverde, que había sometido cruelmente a la colonia rebelde, más por causas del destino que por su propia inteligencia o astucia, fue depuesto de su mando el 28 de diciembre de 1813 por la misma guarnición de Puerto Cabello. Amargado, sin honor y avergonzado, salió del país rumbo a la isla de Curazao, así como lo hizo alguna vez en 1812 el joven Simón. Merecido precio pagó Monteverde por sus crueldades; la muerte no hubiese sido mejor castigo que vivir sus últimos días sin honor y sin gloria.

Indudablemente, estos hechos acaecidos a fines de 1813 marcaron el desarrollo del año nuevo de 1814, y se desconocen las razones por las que

el general Mariño y sus bravos de oriente se mantuvieron como simples espectadores de las cruentas batallas emprendidas por sus compatriotas occidentales. La causa era la misma, el enemigo era el mismo y el futuro de una nación libre jamás se hubiese materializado con el oriente y el occidente obrando por separado.

Capítulo IV
Implicaciones políticas, estratégicas y militares del inicio de la Campaña de la Nueva Granada de 1819

Situación política previa a la Campaña

Como se advirtió en los capítulos anteriores, los primeros años luego de aquellos memorables hechos históricos del 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811 fueron de intensa actividad política para aquellos hombres que se propusieron como meta ser los constructores de una república independiente de la Corona española y romper definitivamente una estructura histórica marcada por trecientos años de dominio español.

El orden en que vivían los habitantes de las provincias que se declararon independientes de España fue sacudido drásticamente; Venezuela e incluso toda la América meridional, y otros países más hacia el sur, pronto se verían comprometidos en una larga y sangrienta guerra que buscaba el cambio del orden social, económico y militar en las colonias. Las clases criollas comenzarían a exigir autonomía en cuanto a su derecho de existir, además de definir su papel dentro del contexto internacional.

> En nuestras batallas por la independencia continental la idea estuvo sobre las espadas: éstas sirviendo a aquellas, nunca la idea al servicio de las armas. Las acciones de guerra para que tengan validez humana deben representar civismo, ideales de libertad y de justicia pues de lo contrario sólo son choque bárbaro, inútil para la elevación de los pueblos, para la dignificación de las gentes (Nucete *et al.,* 1969, p. 4).

Simón Bolívar, formado académicamente por reconocidos maestros de la élite caraqueña y militarmente como cadete del Batallón de Milicias

de Blancos de los Valles de Aragua, se convertiría definitivamente en el líder político de un proyecto que comenzó décadas atrás. El joven general tendría la obligación de hacer un gran esfuerzo para agrupar todos los elementos necesarios para consolidar una línea política que le permitiera llevar con éxito su plan de libertar a la América meridional y darle un sistema político que pudiera ofrecer las mejores condiciones de vida a su pueblo. Bien lo decía Maquiavelo (2012): "Un ciudadano que llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tener a conservar su afecto, lo cual es fácil, ya que él pide únicamente no ser oprimido" (p. 66). Sin duda alguna, su crecimiento político lo fue concibiendo "en la lectura, en la práctica y en la relación con hombres notables por sus conocimientos políticos" (Bencomo, 2010, p. 15).

Las aptitudes políticas en el Libertador fueron consagradas en sus escritos, como, por ejemplo, su publicación en el *Morning Chronicle* del 5 de septiembre de 1810: "La idea de la unidad americana aprendida en Miranda" (Salcedo, 1983, p. 29); su discurso ante la Sociedad Patriótica entre el 3 y el 4 de julio de 1811: "Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdernos" (ADL, 1811, d. 85); en la memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño, conocida también como *Manifiesto de Cartagena*, del 15 de diciembre de 1812: "Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta memoria" (ADL, 1812, d. 112); el Manifiesto de Carúpano del 7 de septiembre de 1814: "Vosotros sois hombres, ellos son bestias, vosotros sois libres, ellos esclavos. Combatid, pues, y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia" (ADL, 1814, d. 924); y la Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta Isla, muy difundida con el nombre de *Carta de Jamaica* del 6 de septiembre de 1815: "¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!" (ADL, 1815, d. 1302); obras insignes de estudios políticos cuya vigencia han vencido al tiempo. Para Bolívar, cada acción militar estaba acompañada de una profunda lección política, y esto se puede verificar leyendo su extensa correspondencia, donde explica la organización política y administrativa que daba a las provincias liberadas por sus armas (Bencomo, 2010, p. 13).

Bolívar, en el Manifiesto de Cartagena y en la Carta de Jamaica, había criticado con argumentos inobjetables las instituciones adoptadas por los pueblos de Venezuela y Nueva Granada. Exaltando en cambio las ideas de unidad, solidez, estabilidad y eficiencia en el gobierno, deseaba para los pueblos americanos no la organización teórica más perfecta, sino la más conforme con sus convicciones físicas y económicas y con la situación creada por la guerra. En síntesis, un gobierno que fuera la convincente transición entre el régimen español y el nuevo régimen de libertad (Belaúnde, 1983, p. 156).

Tras los intentos fallidos de independencia, el general Simón Bolívar, caudillo que capitalizará el mando absoluto de los ejércitos desplegados a nivel nacional, volvería a trazar un nuevo plan para continuar con la guerra y asegurarse una importante victoria que debilitase a las fuerzas enemigas. De tal manera que, asociado a la estrategia militar, los aspectos políticos se vieron íntimamente involucrados en sus decisiones. El escenario que sortearía Bolívar en 1819 no se parecía en nada al de la Campaña Admirable de 1813; la República no sería aquella de 1811 surgida y amparada bajo una constitución y tampoco sería la de 1813 nacida de la guerra. Mucho menos contaría el Libertador entre sus colaboradores más cercanos con bizarros oficiales como Atanasio Girardot, Antonio Ricaurte, Vicente Campo Elías, José Félix Ribas o con un soberbio dragón como José María Rivas Dávila.

El general Bolívar reaparecería una vez más en el escenario de la guerra nombrado como jefe supremo de la República de Venezuela en 1816 (ADL, 1816, d. 1472), teniendo la difícil tarea de reorganizar las fuerzas militares y políticas de la nación. Para ello debió poner en práctica todo lo aprendido; no se tiene dudas de la calidad de su formación intelectual. Se sabe, como se citó anteriormente, de su afición por los clásicos filosóficos de la Antigüedad y de cada uno de ellos toma ciertas particularidades y las pone en práctica. De Montesquieu, por ejemplo, su originalidad "en su búsqueda sistemática de los hechos observados, de modo tal que se pueda descubrir la clave del funcionamiento de los mismos" (Ramos, 1999, p. 75). Perú de Lacroix (2009) dice que en su autor favorito, Voltaire, encontraba estilo, grandes y profundos pensamientos, filosofía, crítica fina y diversión (p. 140). Esta influencia se observa indis-

cutiblemente en sus grandes obras, incluso en su propia correspondencia. Cada comunicación suya lleva consigo una enseñanza. Por ejemplo, en carta al general Santander del 31 de julio de 1820 cita a Voltaire para manifestar algunas noticias desagradables: "como dice Voltaire, la hiel en el corazón y el vacío en la cabeza" (ADL, 1820, d. 4763).

Bolívar sortearía una difícil situación, pues los grandes caudillos patriotas, para el momento, se encontraban en total anarquía ante su jefatura. Por un lado, un Mariño junto a su paisano oriental Bermúdez no lo reconocían como jefe; un Páez desbocado por los llanos apureños y un Piar que actuaba como si fuese un jefe superior (Castillo, 1972, p. 147). "Es prueba de grandeza haber logrado imponer su autoridad a los revoltosos generales independientes y conservar la discrecional en el ambiente jurídico y de suspicacia que tendrán más tarde los consejos y congresos de Colombia" (Parra, 1984, p. 34). A mediados de 1817, le hace saber al coronel Pedro Briceño Méndez su opinión sobre el Congresillo de Cariaco del 8 de mayo de 1817. Bolívar le explica que había mantenido una conducta serena y moderada ante tales acciones y el comportamiento mezquino de sus colegas generales, pero exaltando su derecho legítimo de ser jefe dice: "Aquí no hay tiranos ni anarquía, mientras yo respire con la espada en la mano" (ADL, 1817, d. 1882).

> Él ha venido soportando y tragándose todas las anarquías, desconocimientos y desplantes de los pequeños y grandes caudillos. El tascar el freno se armonizaba mal con su carácter. Pero ahora rodeado de tropas y oficiales suyos, veteranos y fieles, y seguro del territorio guayanés, ve llegar el momento de imponer su autoridad y cortar la anarquía que los devoraba (Castillo, 1972, p. 150).

Ya en el último semestre del año 1817, como un buen creador de repúblicas, comienza a reorganizar política y económicamente la provincia de Guayana, donde ha encontrado cobijo para instalar su base de operaciones: "... organiza entonces el Gobierno. Le da un cariz de Estado soberano en sus órganos y administración. Crea un Consejo de Estado, con voto consultivo y en parte funciones legislativas" (p. 151). Por otro lado,

como un hombre cosmopolita, conocía el poder que tiene el multiplicar sus palabras en papel y el mantener informada a la población de los sucesos de la guerra; es por ello que se armó con una imprenta, sorprendente innovación tecnológica para entonces. "Cumple una extraordinaria función, de lucha, de enseñanza. Bolívar publica allí diversas notas y escritos. Metido a jefe de Relaciones Públicas, trata de presentar una imagen favorable de la revolución que tan deformada se presentaba al mundo" (p. 154). Procurará Bolívar no cometer los mismos errores de gobierno que en la Segunda República; esta vez contará con algunos años más de experiencia en lo político.

> La conquista de un arraigo territorial permite la estabilización de una república en armas y en harapos. La posesión de la humilde capital que es Angostura le permite en efecto restablecer un orden legal, por primera vez desde la derrota de 1814. Le asegura además a los patriotas una comodidad material y psicológica que desconocían desde la desbandada de diciembre de 1814. La legitimidad de este primer gobierno militar no es de esencia popular. Después de haber sido separadas, las fuerzas militares y la república ya no forman sino un solo conjunto, como lo demuestran las elecciones de 1818, donde es el ejército, ergo el pueblo, quien elige a los representantes del Congreso (Thibaud, 2003, p. 229).

El 1 de octubre de 1818 en su discurso en la sesión del Consejo de Estado en Angostura, Bolívar realizó un breve análisis sobre la situación de la guerra hasta el momento. Explicaba cómo el ejército español se encontraba en un estado de angustia y desorden producto de los continuos reveses en el campo de batalla. Por su parte, las tropas patriotas se encontraban en sus mejores momentos para continuar la guerra y llevarla a feliz término. Pero para seguir con la contienda armada era necesario el llamado al Congreso de Venezuela, la patria necesitaba el concurso de todos sus ciudadanos para lograr su victoria definitiva. Bolívar exponía en su discurso:

> … que nuestros guerreros combatan, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía. Todos debemos ocuparnos en la salud de la República; como debemos desear que todos a la vez la consignamos (ADL, 1818, d. 3310).

En la genialidad de su pensamiento político, llamar a un Congreso en Angostura significaría para él la autorización moral y jurídica para abrir su campaña libertadora en la Nueva Granada. "Afirmar el poder de los independentistas en un virreinato como Nueva Granada era dar un certero golpe al poderío español en todo el continente pues allí seguirían las victoriosas jornadas del Sur" (Nucete *et al.*, 1969, p. 5).

> Para comienzos de 1819 la situación en Venezuela había mejorado mucho: mayor cohesión en la política, más disciplina militar. Indultos, reglamentos para el ejército y el Poder Judicial dictó el Congreso reunido en febrero. La instalación del Congreso fue de efecto admirable tanto en el país como en el extranjero. Junto a su gran actividad Bolívar velaba por la República, por su prestigio y eficacia y hasta por el último de sus soldados (p. 13).

En el insigne Congreso de Angostura llevado a cabo desde el 15 de febrero de 1819 hasta el 31 de julio de 1821, el Libertador Simón Bolívar expuso sus ideas sobre la conformación de un gran Estado, libre, soberano y gustoso de las leyes. "El Discurso de Angostura, ejemplo de elocuencia y fuente clara e inagotable de ideas políticas, es la mejor prueba de que Bolívar estaba inspirado en un republicanismo efectivo, cónsono con el medio donde debía aplicarse" (Brice, 1968, p. 75). Por su parte, el general Héctor Bencomo Barrios (2010) realiza una síntesis sobre la ratificación de ciertos actos del mando político, incluidos en el discurso de Bolívar, parte de la cual se reproduce a continuación por considerarla de un excepcional valor histórico para la investigación. Además, aclarará sobre algunos aspectos políticos en que se encontraba Venezuela poco antes de dar inicio a la campaña de la Nueva Granada.

> Durante el tiempo empleado en el ejercicio del cargo de Jefe Supremo de Venezuela, Bolívar tomó todas las decisiones necesarias para el mando político de la República recién nacida en las "ardientes playas del Orinoco"; pero, claro está, todas sus acciones debían aguardar la ratificación y legitimación otorgadas por un Congreso, el cual sería convocado en breve plazo, como lo hizo y ante el cual pronuncia su memoria. En el acto de la presentación de la Constitución, aprovecha la ocasión para pedir la confirmación de las resoluciones más importantes de su gestión. La primera es la relativa a la abolición de la esclavitud, porque dice: "no se puede ser libre y esclavo a la vez". La segunda resolución está contenida en el decreto del 10 de octubre de 1817, firmado en Angostura, sobre la repartición de los bienes nacionales confiscados a los españoles y americanos partidarios de los realistas. Los beneficiarios de dicha medida han sido hasta el momento los integrantes del Ejército. La tercera decisión es la "Declaración de la República de Venezuela", hecha por Bolívar el 20 de noviembre de 1818, como respuesta a la invocación de la mediación de las potencias europeas, formulada por Fernando VII para el restablecimiento de su autoridad en los pueblos de América, sometidos por España. La cuarta resolución es aquella mediante la cual Venezuela recurrió a ciertos países para pedirle ayuda en hombres, material de guerra y equipo, imprescindibles para la ejecución de las operaciones militares con cierto grado de eficiencia. El mayor volumen de dichos medios se originó en Inglaterra (pp. 106, 107).

A las once de la mañana, con la descarga de tres salvas, se anuncia la llegada a la reunión del jefe supremo (Grases, 2011, p. 34). El Libertador inicia su participación en el Congreso leyendo su discurso, el cual tenía como principal objetivo exponer los fundamentos esenciales de un proyecto de Constitución, y reafirma lo anteriormente expuesto por el general Bencomo Barrios.

> Terminando su discurso, añadió: "El Congreso de Venezuela está instalado: en él reside desde este momento la soberanía nacional: mi

> espada (empuñándola) y las de mis ínclitos compañeros de armas están siempre prontas a sostener su augusta autoridad. ¡Viva el Congreso de Venezuela!". A esta voz, repetida muchas veces por el concurso, se siguió una salva de artillería (p. 35).

Ya contaría la República con verdaderos mecanismos políticos y administrativos que la enrumbarían al normal funcionamiento de sus actividades. Para entonces, Bolívar estaba atravesando por un interesante momento histórico en su vida. Sobre sus hombros pesaba un gran cúmulo de aprendizajes dejados por victorias y derrotas pasadas, además de la responsabilidad de no poder vacilar en encontrar la fórmula militar y política que pudiera asegurar el éxito de los planes futuros:

> La experiencia de los primeros años y más serias meditaciones han alejado a Bolívar de la ilusión de que bastaba proclamar los más avanzados principios de la democracia, y del fanatismo jacobino, pero aquella evolución de su espíritu no lo ha conducido al extremo contrario. Su ideal es encontrar la fórmula que concilie los principios fundamentales de la democracia con la necesidad de un Gobierno eficiente […]. Precisamente porque era un gran realista, tenía que completar al lado de la realidad geográfica, étnica y económica de Venezuela, que exigía un Gobierno estable y fuerte, la otra realidad espiritual no menos afectiva constituida por el estado general de opinión creado por la independencia y que sólo aceptaría un régimen republicano y de orientación democrática (Belaúnde, 1983, p. 160).

En otro excelente movimiento político, Bolívar llamaría la atención internacional y nacional al aprovechar la oportunidad en que la Corona española se dirigía a las grandes potencias imperiales del momento solicitando sus mediaciones para el restablecimiento de su derecho sobre las colonias de América. El general resolvió hacer público un documento fechado el 20 de noviembre de 1818 en Angostura, que, "por su importancia, algunos pensadores lo han comparado con el Acta de la Declaración solemne de la Independencia" (Bencomo, 2010, p. 94). Este

documento sería una contundente reafirmación de lo plasmado en aquella acta firmada por los padres de la República el 5 de julio de 1811, ante la Junta Nacional reunida en Angostura. Lanzaría al mundo la siguiente declaración:

> 1° Que la República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la Nación española y constituida en un Estado Independiente, Libre y Soberano;
> 2° Que la España no tiene justicia para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para intentar someterla al Gobierno español;
> 3° Que no ha solicitado, ni solicitará jamás su incorporación a la Nación española;
> 4° Que no ha solicitado la mediación de las Altas Potencias para reconciliarse con España;
> 5° Que no tratará jamás con la España sino de igual a igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones;
> 6° Que únicamente desea la mediación de las Potencias extranjeras para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humildad, invitando a la España a ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la Nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una Nación Libre, Independiente y Soberana;
> 7° Últimamente, declara la República de Venezuela que desde el 19 de Abril de 1810 está combatiendo por sus Derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus Derechos Soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el Pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español (O'Leary, 1981, t. 35, pp. 173, 174).

Se reproduce esta memorable declaración para que sirva de reflexión al lector y en general a todo el pueblo venezolano, ya que, a pesar del tiempo transcurrido, se mantiene vigente, constituye una extraordinaria

lección de soberanía nacional y un fundamento sólido de que la nación venezolana existirá únicamente bajo las premisas de libertad, independencia y soberanía. Sin duda alguna, el Libertador, con este manifiesto, expuso su resolución irrevocable de endurecer la lucha contra la Corona española o cualquier otra potencia imperial que trate de subyugar de nuevo a la América meridional. Utilizaría también esta declaración como un arma política en lo interno, ya que de esta manera justificaría sus futuros planes sin encontrar resistencia a sus decisiones militares. Un ejemplo de ello es la comunicación que le envía al almirante Luis Brion el 25 de noviembre de 1818, donde, entre otras informaciones y órdenes, le envía expresamente esta declaración como postura oficial del gobierno de Venezuela y la cual "debe verse como un ultimátum" (p. 175).

Siempre atento a los acontecimientos que ocurren fuera de las fronteras de la patria, y con mayor interés en suelo enemigo, Bolívar conoce la situación que vivía España a lo interno. "En ningún momento de la vida, aun en aquellos en que más ocupado le tuvo su América, Bolívar olvidó a Europa" (Parra, 1984, pp. 95, 96). La Corona, además de afrontar una guerra fuera de sus fronteras, atravesaba por serios problemas políticos y sociales internos. A propósito de estos acontecimientos, más tarde le comunicaba al general Páez el 10 de febrero de 1819, sobre la ventaja momentánea que se tenía para las acciones inmediatas en los campos de batalla. "La España, envuelta ahora en una espantosa guerra civil y en una anarquía horrorosa, no puede enviar un solo hombre a América, y nuestras fuerzas van a doblarse por momentos" (O'Leary, 1981, t. 35, p. 218), situación que el ejército libertador debe aprovechar. Especialmente lo comunica a Páez conociendo que aún para el momento, este prócer mantenía una conducta reservada hacia él, pero comprendiendo también el gran poder de caballería y liderazgo que concentraba en los llanos.

Los temas internacionales incidirían en la conducta política de la República. Cabe destacar que, desde los inicios de la revolución, los patriotas enfrentaron serios problemas para obtener el reconocimiento mundial. La naciente nación corría contra el tiempo para hacerse más fuerte, la guerra estaba diezmando su población y se consumía rápidamente buena parte de los recursos con que contaba. Por su parte, la Corona española y la misma "Europa se movía dentro de los imperialismos

desatados, no sólo en pos del colonialismo político, sino de la dominación económica" (Castillo, 1972, p. 155).

La altura moral del Libertador le permitió opinar sobre los temas internos de las grandes potencias del momento, sin mordazas ni ataduras. A pesar de no haber tenido éxito con los ingleses durante la misión diplomática de 1810, Bolívar siempre mostró cierta simpatía por el modelo político británico. En un artículo que publica en 1814, fue claro al exponer que la política y los intereses mercantiles entre las coronas inglesa y española se oponen abiertamente con respecto a la América. España ya no puede controlar la colonia y busca ahogarla en el exterminio, mientras que Inglaterra apuesta por nuestra independencia y prosperidad (ADL, 1814, d. 682). Los sucesos acaecidos ese mismo año en Europa con la derrota de Napoleón por la coalición de los ejércitos rusos, austriacos y prusianos, obligaron al emperador a abdicar y exiliarse en la isla de Elba, lo que cambió drásticamente el panorama internacional. Bolívar, atento a esta situación, reconocía que, una vez derrotado el tirano, la ocupación francesa en España culminaría y esta concentraría todos sus esfuerzos en sofocar las independencias de sus colonias en América. Es por ello que insta a Camilo Torres a nombrar un diputado por la Nueva Granada que junto al de Venezuela, irían en misión diplomática a Inglaterra para pedir los auxilios necesarios en nombre de ambas Repúblicas que estaban resueltas a ser libres e independientes (ADL, 1814, d. 667).

Tres años más tarde, le escribiría al general Bermúdez dándole noticias sobre el estado de confianza y cooperación que nacía entre las dos naciones.

> Nuestros negocios presentan cada día un aspecto más favorable. Hoy he recibido noticias de Inglaterra. La corbeta Dos Amigos ha llegado a Margarita con armas, pertrechos y oficiales que vienen de Londres. Este es el mismo buque que nuestro Agente en Londres, el señor Luis Méndez, me había anunciado debía salir en el mes de agosto y setiembre. Allí se preparan otras expediciones destinadas al socorro y auxilio de Venezuela. Cuerpos enteros reclutados en Inglaterra, entre ellos uno de 700 hombres, estarán ya en el mar con destino a nuestros puertos,

> perfectamente armados, equipados y vestidos, cuya expedición costea una casa poderosa de Londres, y cuyos gastos debemos pagar cuatro años después de reconocida la Independencia de Venezuela. Si estos señores no estuvieran casi seguros de las disposiciones favorables de su Gobierno hacia nosotros, no arriesgarían unas sumas tan enormes (ADL, 1817, d. 2335).

Cada vez se hacía más intensa la correspondencia del Libertador anunciando a sus oficiales sobre el estado de negocios con los ingleses y en los cuales ellos debían cooperar para el mejor desenvolvimiento de las órdenes. Al general de división Gregor MacGregor le informó sobre los cinco navíos de primera línea que adquirió la República en Inglaterra y los reclutas que vendrían para apoyar la causa, gracias a las diligencias del diputado en Londres don Luis López Méndez. Comunicaba también las órdenes que debían seguir una vez se tuviese contacto con estos refuerzos (ADL, 1818, d. 3064). Por otro lado, más tarde le notificó al general Páez sobre los nuevos refuerzos que estaban pronto a embarcarse.

> De Inglaterra me ofrecen nuevos recursos, y aun se dice que éstos serán enviados por el gobierno. Se vuelve a asegurar que Gregor viene con 2.400 hombres enviados por una comisión, cuyo presidente es un hijo del rey de Inglaterra (ADL, 1818, d. 3383).

Afortunadamente, la política internacional estaba virando a favor de la causa patriótica. La comisión del señor don Luis López Méndez, encargado de los negocios de Venezuela en Londres desde su nombramiento el 5 de enero de 1817 (ADL, 1817, d. 1749), estaba arrojando resultados positivos. Bolívar le escribiría a mediados de 1818, dándole el parte de la situación de los acontecimientos de la guerra en suelo patrio. Es enfático al decirle:

> Para ser libre Venezuela y para libertar ella a la Nueva Granada no necesita sino de armas y municiones. Si V.S. se interesa y esfuerza porque

> estos auxilios nos vengan abundantemente, esté V.S. cierto de que no adelantarán los españoles un paso en nuestro país (ADL, 1818, d. 2835).

Precisamente sobre este tema con Inglaterra, el historiador Alfonzo Rumazo González (2006) dice:

> En donde la revolución americana ha adquirido excepcional prestigio es en Inglaterra. Terminadas las campañas contra Napoleón, el Gobierno británico dispone de armas que no sabe en qué emplear y se las vende gustoso a los republicanos de Venezuela; tolera, además, el viaje de voluntarios, que, desplazados de la lucha Europea, no tienen cómo ganarse la vida y prefieren la aventura en tierras lejanas a morirse de hambre. Llegan así a Angostura varias embarcaciones con armas y soldados ingleses. Los expedicionarios de la lejana Albión fueron más una carga que una ayuda al principio, pues no hablaban una palabra de castellano y les venía dificilísimo adaptarse (p. 188).

Bolívar le daría al inicio de la Campaña de 1819 un extraordinario valor político que determinaría el resto de la guerra. Entendía que para el desarrollo de esta era de gran importancia el apoyo que se pudiera tener del exterior y sobre todo de otra potencia europea. El propio general en jefe arenga la llegada de una de las legiones británicas anunciando desde el Cuartel General de Angostura el 20 de febrero de 1819: "¡Ciudadanos! Una Legión Británica, protectora de nuestra Libertad, ha llegado a Venezuela a ayudarnos a quebrantar nuestras cadenas" (ADL, 1819, d. 3603). Por otro lado, el coronel James Hamilton, hombre de origen británico y de confianza de Bolívar, le informaba a su alteza real, el duque de Sussex, sobre los interesantes acontecimientos relacionados con la lucha en las Américas, pero, sobre todo, hacia un especial énfasis en el augusto Congreso de Angostura, diciendo:

> En efecto, el aspecto político de la República ha cambiado con la instalación del congreso, y este paso ha quitado al enemigo la esperanza

> de la discordia y de la división de los patriotas. Se empieza ya a consolidar un sistema regular y a poner fin a la revolución (Montaña, 1989, pp. 211-216).

Desde luego, dar orden a la nación y formar piso político sólido, era lo que se proponía Bolívar antes de comenzar a materializar su plan de incursión sobre la Nueva Granada y consolidar su propuesta sobre la creación de la República de Colombia. "En síntesis, durante los años de 1817 a 1819 el movimiento republicano logra un nivel de organización real como nunca antes, desde el inicio mismo de la Revolución" (Irwin, 2008, p. 47).

> "Ya la veo sentada sobre el trono de libertad empuñando el cetro de la justicia, coronada por la Gloria, mostrando al mundo antiguo la majestad del mundo moderno". Así se expresa Bolívar cuando presenta el tema referente a la reunión de Nueva Granada y Venezuela para formar un gran Estado, porque, según él, esto ha sido el voto uniforme de los pueblos y de los gobiernos de estos dos países. El estado propuesto es el que meses después nacería con el nombre de República de Colombia (Bencomo, 2010, p. 107).

La idea de unificación de ambas naciones la traía consigo desde el primer grito de independencia. Durante su período de amistad con el generalísimo Francisco de Miranda, conoció los proyectos mirandinos de unión y alianzas con otras naciones hermanas. En la praxis se dieron pasos agigantados para alcanzar este objetivo; basta con saber que el 28 de mayo de 1811 se dio como concluido el tratado estratégico de alianza y federación entre el presidente del Estado Independiente de Cundinamarca Jorge Tadeo Lozano de Peralta y González Manrique y el enviado de Venezuela, el canónigo doctor don José Cortés Madariaga.

> El objeto principal de este tratado, es asegurarse mutuamente los dos Estados contratantes, la libertad e independencia que acaban de

> conquistar y que, en caso de verse atacados por cualesquiera potencia extraña, sea la que fuere, con el objeto de privarlos de esta libertad e independencia, en el todo o en alguna parte, harán causa común y sostendrán la guerra a toda costa, sin deponer las armas hasta que estén asegurados de que no se despojará de aquellos preciosos bienes (Austria, 1960, pp. 238, 239).

Bolívar siempre mantuvo viva esta idea; no descansaría hasta verla materializada y convertida en un "vasto Estado geopolítico, maquinaria político-guerrera contra el absolutismo de España" (Nucete *et al.*, 1969, p. 71). La razón asiste al escritor Rómulo Niño (1966), cuando expone lo siguiente:

> A partir del año 19, Bolívar se va a dedicar con mayor empeño a la creación de Colombia y del órgano de consulta latinoamericano. En esta tarea se verá ayudado por los buenos sucesos militares, aunque tendrá los obstáculos de los reveses políticos y del incremento federal-separatista-caudillista (p. 117).

A pesar de las múltiples complicaciones que traía consigo la guerra, no perdió de vista este grandioso objetivo. En una comunicación escrita el 4 de marzo de 1813, explicaba a los representantes del Poder Ejecutivo de la Unión que: "La suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela; si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también" (ADL, 1813, d. 134). Más tarde, en su análisis geopolítico y geoestratégico llamado tradicionalmente *Carta de Jamaica*, profundizaría más sobre este tema de la perfecta unidad entre ambas y expresa lo siguiente:

> La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio

> puerto de Bahíahonda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil, y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goajira. Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al criador de nuestro hemisferio (ADL, 1815, d. 1302).

A lo largo de esta investigación se ha hecho especial referencia sobre el interés del Libertador en conocer los acontecimientos que se daban en Europa. De igual manera, jamás perdió de vista las acciones ocurridas en el resto de América. Seguía de cerca los levantamientos en contra de la dominación colonial que se generaban desde la América meridional hasta las zonas más alejadas del sur. "Junto a la agudización del conflicto metrópoli-colonia, maduraron las condiciones para levantar una auténtica revolución de masas, derivada de las contradicciones de una sociedad dividida en clases antagónicas y lastrada por un aberrado sistema de castas y desigualdades sociales" (Guerra, 2007, p. 10). Atento a esto, Bolívar no pierde la oportunidad de comunicarse con el excelentísimo señor supremo director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín Pueyredon, a quien le expresaba su reconocimiento por los esfuerzos realizados en el sur en nombre de la libertad; además aprovecha la ocasión de brindar su amistad y cooperación.

> Excmo. señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras Repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la

> reina de las naciones, y la madre de las Repúblicas. Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra generación (ADL, 1818, d. 2825).

Esta invitación de unir esfuerzos por la misma causa es un sorprendente movimiento político por parte de Bolívar. De esta manera comenzaría a abonar el terreno para sus planes futuros. Si bien en Angostura hablaba de la República de Colombia, pronto hablará de la América unida.

Volviendo al contexto de la futura campaña, es necesario conocer una serie de decisiones políticas internas que tomaría el Libertador para desarrollar sus planes. Un acontecimiento que no podemos pasar por alto, por su contenido político y militar, que incidió en el desarrollo de las futuras operaciones, fue el juicio y posterior fusilamiento del general en jefe Manuel Carlos María Francisco Piar Gómez. El historiador francés Clement Thibaout, en su obra *Repúblicas en armas*, ofrece un pequeño análisis crítico sobre el contenido político de tal decisión:

> Las circunstancias políticas también explican el inicuo acto. Bolívar se aprestaba a confiar provincias militares a cada comandante de las partidas. El reverso del riesgo asumido, necesario para construir un gobierno militar con base clientelista, no podía ser otro que una advertencia sangrienta sobre los límites de la autonomía de los capitanes irregulares. La experiencia que había tenido Piar en la revolución haitiana aterrorizaba sin duda no sólo a los patricios del exilio, sino también a algunos caudillos irregulares temerosos de la insubordinación de sus tropas. Esto explica tal vez la sorprendente obediencia de Cedeño a las órdenes del estado mayor bolivariano. El episodio muestra además el escaso arraigo del resentimiento racial. Si los mulatos hubieran tenido el menor deseo de levantarse y de "matar a todos los blancos" no hay duda que Bolívar no habría corrido el riesgo de hacerlo ejecutar (Thibaud, 2003, p. 226).

Con un panorama un poco más claro de la situación nacional, el 26 de mayo de 1819 comenzaba el Libertador a dar las instrucciones previas antes del movimiento de sus tropas. Al doctor Francisco Antonio Zea, vicepresidente del Estado, le informa sobre sus intenciones de marchar sobre Cúcuta y le explica que era el momento preciso para liberar a la Nueva Granada. Esto, dado a una serie de condiciones que el Libertador valora como estratégicas: las condiciones climáticas, el factor sorpresa, la rapidez del movimiento de tropas, como también el avituallamiento para el ejército en movimiento.

Por otro lado, la seguridad de los territorios libres de Venezuela y la estabilidad política debían permanecer íntegras, por lo que le ordenó al general Mariño que se incorporara al Congreso; al general Bermúdez le dio el mando de los ejércitos de oriente y al general Urdaneta le dio instrucciones precisas de desplazarse al Bajo Apure para cooperar con el incremento del parque de guerra del nuevo ejército, además con las ordenes de socorrer el oriente si así fuese requerido. A Zea le otorgó la autoridad sobre estos dos generales (O'Leary, 1981, t. 15, pp. 371-373).

> En sus viajes por el Orinoco y en medio de aquella naturaleza prodigiosa, Bolívar se entrega a sus meditaciones políticas. Tanto como este marco primitivo y libre, influye para dar a su pensamiento espontaneidad y sentido de la realidad la circunstancia de hallarse exento de la gravitación de los intereses políticos que habían de surgir después de consumada la independencia. Bolívar en este momento histórico es simplemente el luchador que ha encontrado la base firme de su obra y que conserva vivo el recuerdo de las lecciones de la experiencia anterior hecha de formidables contrastes; derrotas y desalientos más que esperanzas y triunfos. Consciente de que está jugando la partida definitiva, ha de poner toda la fuerza de su espíritu en el éxito de sus planes. Por estas circunstancias el momento que estudiamos señala el cenit del pensamiento bolivariano. En ningún otro sentido de la realidad y su desinteresado y noble idealismo. Las ideas que vemos esbozarse en el *Manifiesto de Cartagena* y en la *Carta de Jamaica* adquieren en el

Discurso de Angostura su pleno desenvolvimiento, su verdadera culminación (Belaúnde, 1983, p. 156).

El ingenio del Libertador le permitió manejar la fase preparatoria para la conquista de la Nueva Granada en tres grandes aspectos:

1. Reordenamiento político a través del Congreso de Angostura.
2. Reubicación de los mandos militares.
3. Apertura de la política exterior a través del estrechamiento de lazos diplomáticos con el imperio británico y con el resto de la América del Sur libre.

Ya para el año de 1819, el Libertador Simón Bolívar estaba consagrándose como un extraordinario líder conductor de tropas. Todo ello lo debía a su formación militar integral, que no era otra sino la armonía de su genio intelectual y guerrero. Sabía el general que, para cumplir con los objetivos propuestos exitosamente, antes de la movilización de las tropas era necesario estudiar detalladamente cada elemento que incide en la guerra: los hombres, el terreno, el clima, la política, entre otros. Una vez reunida la información, se analiza hasta que comienzan a generarse las conclusiones necesarias que permitan construir una estrategia. "La acepción moderna del término 'estrategia' entró en uso cerca del fin del siglo XVIII. Las primeras definiciones eran vagas e inadecuadas. En 1779 el Conde Guiber usó el término en su Defensa del Sistema de la Guerra Moderna" (Yuchak, 2010, p. 75).

Consideraciones previas antes de la incursión

Siempre en contra del tiempo, pero manteniendo la claridad sobre lo que tenía que hacer, Bolívar se aferra a la idea de su incursión en la Nueva Granada. Ya había probado con éxito su particular estilo de hacer la guerra durante la Campaña de 1813, que le valió extraordinarias victorias. En ella aplicó un amplio concepto de la guerra, manejó procedimientos combativos de la época, se destacó por sus movimientos rápidos y choques violentos, demostró firmeza en sus decisiones políticas; ade-

más, comprendía la importancia de conocer el espacio geográfico donde se llevarían a cabo las acciones.

> El comando patriota conserva desde el comienzo hasta el fin de la campaña la iniciativa estratégica, y los comandantes de unidades superiores (Ribas, Girardot, Urdaneta) proceden con verdadera actividad y energía en la ejecución de sus respectivas misiones, perfectamente penetrados de las ideas del comando en jefe (López, 1971, p. 42).

Esta nueva empresa que pretendía llevar a cabo necesitaba de un centro de operaciones estratégico. Anteriormente se comentaba sobre la difícil situación política en que se encontraba la nación entre los años de 1816 y 1818, cuando los choques de personalidades estaban a la orden del día entre los oficiales que se encontraban en el exilio y los que permanecieron en suelo patrio. A pesar de todo esto se necesitaba un centro de operaciones y en esos momentos no podía ser otro que Guayana. Razón tuvo el general Manuel Piar, cuando el 28 de noviembre de 1816 le escribió al general José Antonio Páez advirtiéndole que Guayana era la llave de los Llanos y la fortaleza de Venezuela. Contaba con un colosal muro de defensa como lo era el Orinoco, además de estar bendecida por innumerables recursos (Thibaud, 2003, p. 216). Un año más tarde le escribe al jefe supremo general Simón Bolívar, dándole parte acerca de su movimiento sobre la capital de Guayana que generó la derrota del enemigo en Caura. Los realistas, desprovistos de un sitio para refugiarse, decidieron encerrarse en la capital quedando el resto de la provincia en manos patriotas. Informa al jefe que, aunque ha tratado, no ha logrado entrar a la ciudad y le manifiesta su plan de sitiarla en vez de realizar ataques frontales que generarían gastos de recursos y así daría tiempo a que llegasen los refuerzos solicitados (O'Leary, 1981, t. 15, pp. 128, 129). En realidad, la razón asistía al general Piar en su plan, muy al estilo del filósofo militar Sun Tzu (2012) (aunque no se conocía para la época en América) quien, en sus enseñanzas en *El arte de la guerra*, dice que "la regla general para la utilización de los medios militares consiste en que es mejor conservar un país [enemigo] intacto que destruirlo" (p. 33). En su reporte al general

Bolívar, continúa explicándole sobre la importancia que significaba para la causa patriota apoderarse de la Provincia de Guayana.

> Las ventajas que nos ofrece esta Provincia libre son incalculables. Los inmensos caudales de los españoles en ella nos proporcionan los medios para adquirir de los extranjeros elementos militares: su situación nos da un asilo seguro, y la moral pura de sus habitantes, no corrompidos todavía, nos permite la organización de un ejército fuerte y valeroso, capaz de libertar la República si V.E. viene á Guayana. Todos estos recursos manejados por su sábia dirección adquirirán un nuevo mérito y producirán efectos más grandes. Los enemigos internos y externos temblarán: los pueblos concebirán esperanzas de ver restablecida la libertad, al contemplar nuestra situación militar; y todos los negocios tomarán un paso firme y regular (O'Leary, 1981, t. 15, p. 129).

Importantísima ventaja geoestratégica significaría la posesión de Guayana, ya que sumaría una excelente vía de comunicación fluvial al control de los patriotas. Contaría al fin Bolívar con una base donde comenzaría a mover sus piezas en este difícil juego de ajedrez en que se había convertido la empresa libertadora. En palabras de Clausewitz (2002), "para la estrategia, la concepción de una base es una necesidad real, y sin duda constituye un mérito haberla establecido" (p. 61). En realidad, para los realistas fue un duro golpe perder Guayana; y para los planes patriotas, contar con esta extraordinaria base de operaciones garantizaba las futuras victorias del proyecto bolivariano.

Instalado ya en su base, Bolívar, cansado de la guerra que arruinaba a la nación entera, le comunica al general Páez su decisión de abrir paso en busca del enemigo el 15 de diciembre de 1817.

> He concebido el proyecto de levantar un ejército de 7 u 8 mil hombres de todas armas, buscar el enemigo dondequiera que se encuentre, marchar sobre él, destruirlo y terminar para siempre la guerra que desola a Venezuela. Con este objeto he dado la ley que incluyo a V.S. De

> consiguiente vendrán reclutas de todo el territorio libre de la República y formaré el gran ejército. Ya empiezo a ver realizadas mis esperanzas, pues apenas se ha publicado la ley en esta ciudad y sus contornos y el ejército cuenta casi 4.000 hombres, de modo que no tengo la menor duda de completar el número que he indicado a V.S (ADL, 1817, d. 2497).

Estaba Bolívar dispuesto a jugarse todo con este ambicioso plan, por lo que reunió todas las fuerzas que pudo encontrar en los territorios libres, las de Guayana, Cumaná, Barcelona y Alto Llano de Caracas. Dadas todas las órdenes a sus oficiales, el 31 de diciembre de 1817 "se puso en marcha desde Angostura hacia el Apure siguiendo el ejército a pie por la orilla derecha del gran río Orinoco y con el material de guerra y algunos cuerpos embarcados en los únicos buques que pudo conseguir" (Lecuna, 1955, p. 89). No era de extrañar ya los prodigios que podía hacer el Libertador con los ejércitos a su mando. Movilizar a más de 600 kilómetros a un alto número de tropas, caballería y los demás recursos necesarios para la guerra no era sencillo y mucho menos por las orillas del caudaloso río. Extraordinario el movimiento de tropas y sorprendente la manera sigilosa en que fueron desplazándose por terrenos hostiles y pantanosos.

Ya para el 30 de enero de 1818 se daría el tan esperado encuentro. Al fin los dos grandes caudillos militares del momento, Bolívar y Páez, se encontrarían. El propio general Páez lo describe así:

> A principios de 1818, sabiendo que ya Bolívar se hallaba en el hato de Cañafístola, como á cuatro leguas de Payara, me adelanté á su encuentro, acompañado de los principales jefes de mi ejército. Apenas me vió á lo léjos, montó inmediatamente á caballo para salir á recibirme, y al encontrarnos echamos pié á tierra, y con muestras del mayor contento nos dimos un estrecho abrazo. Manifestéle yo que tenia por felicísimo presajio para la causa de la patria el verle en los llanos, y esperaba que su privilegiada inteligencia, encontrando nuevos medios y utilizando los recursos que poníamos á su disposicion, lanzaría rayos de destruccion contra el enemigo que estábamos tratando de vencer. Con la generosidad que le caracterizaba, me contestó en frases lisonjeras,

> ponderando mi constancia en resistir los peligros y necesidades de todo género con que habia tenido que luchar en defensa de la patria, y asegurando que con nuestros mútuos esfuerzos acabaríamos de destruir al enemigo que la oprimía (Páez, 1946, p. 139).

Los sucesos de esta campaña se fueron desarrollando inmediatamente. La unión de ambos ejércitos —orientales y llaneros— no fue sencilla, debido a las idiosincrasias tan diferentes presentes en ambos grupos alejados por las condiciones geográficas y las costumbres. Entre ellos mismos, con sus actuaciones, no dejaban de asombrarse los unos de los otros. Para Bolívar aún era dificultoso mantener el liderazgo entre los orientales y los llaneros de Páez. Esta campaña tuvo sus victorias: el ejército realista fue golpeado en su corazón y cerca de 4.000 soldados enemigos quedaron regados en los campos de batalla; Morillo fue mortalmente herido en la acción de Semen, al igual que La Torre en Cojedes. Murieron también los brigadieres Real y Correa. En fin, la oficialidad realista fue abatida casi en su totalidad, pero la falta de armas y municiones hicieron retroceder a las tropas patriotas, sin alcanzar su objetivo principal: conquistar la provincia de Caracas y su capital.

Preparativos para la incursión

Iniciamos este apartado recordando aquellas palabras proféticas citadas ya en varias oportunidades en esta obra: "La suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela; si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también" (ADL, 1813, d. 134). A pesar de todas las ocupaciones políticas, administrativas, económicas y militares que lo mantuvieron atareado desde su retorno en 1816, Bolívar siguió considerando que su próximo movimiento debía centrarse en un profundo análisis para determinar si ya las condiciones estaban dadas para su inesperado y secreto plan de operaciones. Las campañas del Centro y de Apure fueron las piezas que terminaron de ordenar las ideas que andaban sueltas en su mente.

El oficial patriota Francisco José de Paula Santander Omaña sería el encargado iniciar tan importante empresa. Una vez más demostraba el Libertador su estatura moral y su carisma de verdadero líder; no reparó en dejar atrás sus desaciertos con este oficial. Razones que más adelante se irán dilucidando para despejar las muchas interrogantes que se puedan plantear sobre por qué Bolívar le da tan importantísima jefatura a Santander. De hecho, a Perú de Lacroix le diría años más tarde, cuando trata de hacer una clasificación de sus generales y colaboradores, que el general Santander entraría en la clasificación número tres, donde se encuentran aquellos generales que tienen virtudes solo para el Estado Mayor y para atender funciones en el gabinete (Perú, 2009, p. 58).

El 12 de agosto de 1818, el jefe supremo de la República de Venezuela, Simón Bolívar, asciende al grado de general de brigada de los Ejércitos de Venezuela al coronel Francisco de Paula Santander (ADL, 1818, d. 3148). El 15 de agosto, aún con el sudor en la frente y las manos ensangrentadas de la Campaña del Centro, Bolívar reúne todas sus fuerzas y lanza una proclama a los granadinos, que entre otras cosas dice lo siguiente:

> ¡Granadinos! El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertasteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia poderosamente auxiliada, ahogará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad (ADL, 1818, d. 3164).

Luego de esta proclama, el 25 de los corrientes, informa su decisión de nombrar al frente de la vanguardia que redimirá la Nueva Granada al benemérito señor general de brigada Francisco de Paula Santander. “Teniendo en consideración los méritos, servicios y aptitud de usted, he

tenido a bien conferirle el mando en jefe de la vanguardia del ejército libertador de la Nueva Granada" (ADL, 1818, d. 3214). Formalmente Santander era ungido por el Libertador como comandante de la vanguardia y ya tenía instrucciones para movilizarse. De igual manera, el 19 de agosto de 1818 le informa la decisión al general Páez.

> He oficiado directamente al Comandante General de las armas de la Provincia de Casanare, y al Coronel Justo Briceño, que queden bajo las órdenes del General del ejército de operaciones de la Nueva Granada, Santander y a las autoridades civiles, le auxilien con cuanto necesite, para de este modo aprovechar el tiempo y obrar con prontitud. La operación que intento sobre la Nueva Granada debe necesariamente producir, tanto a aquella como a Venezuela, incalculables ventajas (ADL, 1818, d. 3183).

Santander, con su misión definida, sale de Angostura con cuatro barcos que transportaban 1.000 fusiles y 30 quintales de pólvora. Solo lo acompañan unos pocos oficiales y no tenía ningún soldado bajo sus órdenes (Thibaud, 2003, p. 296). Al llegar al Casanare, se consigue con una provincia de pocos habitantes, campesinos en su mayoría, donde la pobreza estaba a la orden del día; pero aun así logra formar una división de infantería y caballería, apoyado por algunos jefes locales. Ya la provincia estaba atenta a las órdenes del Libertador, aun sin acercarse sus ejércitos (Lecuna, 1960, pp. 295, 296). Bolívar, conociendo la situación que estaba atravesando, le escribe con palabras tranquilizadoras recordándole que su misión en la provincia era la de conservar el orden y la disciplina. Veía improbable que desde la Nueva Granada saliese una expedición exclusivamente por su presencia allí; el territorio era hostil y los separaba gran distancia., Le pidió que, si eso llegase a suceder, adoptase un sistema de guerrillas para desesperar al enemigo. Le dio la buena noticia de que estaba por llegar una expedición con los refuerzos de Inglaterra compuesta por 11 fragatas que transportan 2.600 hombres de infantería, otra más con 1.500 hombres y el general D'Evereux con un fuerte número de combatientes. Todo lo descrito, más los 5.000 hombres que integraban

el ejército, serían suficiente para dar la libertad a la Nueva Granada (O' Leary, 1981, t. 15, pp. 200, 201).

> Tras este paso, la tarea de domesticar a los amos de Casanare es más difícil. Las limitaciones de la guerrilla le van a permitir a Santander imponerse sobre ellos e imponerse a sí mismo las normas de las partidas. Recorre en sentido inverso el proceso por el que Páez lo había privado del mando en 1816. La época era la de la guerra irregular, el único medio de sobrevivir; su personalidad y sus hábitos se volvían no sólo inútiles sino engorrosos o peligrosos para los hombres que tenía a cargo. Pero en 1818, la regularización de la guerra impuesta por el cambio de estrategia, pone de nuevo las riendas en sus manos. Su conocimiento de la ciencia del estado mayor y las tácticas de infantería son un elemento invaluable en el proceso de normalización de las fuerzas armadas. Sin caer en una explicación de un determinismo muy estricto, se podría concluir que la forma de la guerra, que depende de las condiciones políticas y del progreso técnico de los beligerantes, controla los procesos de formalización del instrumento armado y de la personalidad de los oficiales que lo dirigen (Thibaud, 2003, p. 298).

Era necesario mantener y resguardar el oriente del país ante cualquier ataque realista, el cual se hacía cada vez más inminente, pues la joya preciosa de Guayana ya no estaba bajo su control y esta gentil provincia brindaba bienestar y protección al golpeado ejército patriota.

> Bolívar activa la organización de nuevos cuerpos de tropa utilizando el material de guerra que recibe por el bergantín inglés "Saruh", a cuyo fin dispone que Bermúdez, auxiliado por las escuadras de Brión y Díaz, actúe sobre las costas de Paria; Mariño en Maturín; Sedeño en los llanos orientales; Monagas, en Barcelona; Anzoátegui, en Las Misiones de Guayana, y Torres, en Angostura; a todos los cuales ordena desplegar gran actividad y energía en el reclutamiento y organización de

> los cuerpos, de modo de alistarlos para ser empleados conforme a los planes de comando (López, 1971, p. 132).

Finalizando el año de 1818, los planes operacionales no se sucedieron como los había planificado Bolívar. Por un lado, Bermúdez y Mariño fracasaron en sus misiones, y por el otro, se descubrió un movimiento subversivo liderado por el coronel Wilson, el cual desconocía la autoridad de Bolívar y reconocía el mando del general Páez como capitán general (p. 132).

El año de 1819 comenzaba con grandes preparativos de toda índole para el éxito de la empresa emprendida. En vista de los acontecimientos reseñados anteriormente, el Libertador decide incorporarse a las fuerzas de Apure. El 20 de enero de 1819 reorganizó el ejército. Al general José Antonio Páez le otorgó el mando de la Caballería y lo ascendió al grado de general de división; el mando de la Infantería se lo confió al general de división José Antonio Anzoátegui; la Artillería, al coronel Bartolomé Antonio de la Concepción Salom Borges; los hospitales sedentarios y ambulantes, al doctor Thomas Foley (O'Leary, 1981, t. 15, p. 212).

Pronto comenzaron a llegar noticias esperanzadoras para el Libertador. El general Santander cumplía a cabalidad con las órdenes dadas y mantenía activa la provincia, levantaba la opinión entre los pobladores sobre la causa libertaria y aumentó su división a 2.000 combatientes, apertrechándolos con los 1.200 fusiles que llegaron de Guayana. En marzo les hizo frente a las tropas del brigadier Barreiro y las hizo retroceder (López, 1971, pp. 134-136). Al enterarse de estas noticias, le demostró su agradecimiento por haber salvado los planes que se mantenían y, por ende, haber salvado la República. Ya llegaba la hora de tomar decisiones radicales para momentos complejos. A Santander, su comandante de vanguardia, le escribe:

> Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada, conviene que reúna US. todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior inmediatamente que reciba US. las órdenes que le comunicaré, luego que haya formado el plan y combinado los

> movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa.
> Aun no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así me limito a indicar a US. el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. US. sólo, sólo debe saberlo (ADL, 1819, d. 3715).

Movimientos de tropas

El 23 de mayo de 1819, exactamente a seis años después de haber sido aclamado como Libertador en la provincia de Mérida, desde su campamento ubicado en la aldea de Setenta, Bolívar se dispuso a reunir a sus oficiales para una junta de guerra. Asistieron a ella Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique (O'Leary, 1969, p. 184).

> Habló Bolívar y repitiendo lo que ya había dicho a Páez, pintóles el estado del ejército, el peligro de permanecer en los llanos durante la estación de las lluvias, consumiendo sus recursos y expuestos a las enfermedades en climas tan mortíferos. Leyó en seguida Soublette, jefe de estado mayor, los despachos que se habían recibido en Casanare, y volviendo Bolívar a tomar la palabra, expuso su plan de sorprender al enemigo que ocupaba la Nueva Granada, y que para ejecutarlo la invadiría por la vía de Cúcuta con las divisiones de Páez y Anzoátegui, en tanto que Santander haría una diversión por Casanare. Empero no era éste su verdadero plan; sin embargo, encargó a todos los presentes la más absoluta reserva, a que ninguno de ellos faltó; todos aprobaron el proyecto y nadie más que Iribarren, único que pocos días después trató de frustrarlo, induciendo a la deserción al cuerpo que él mandaba. El general Pedro León Torres no concurrió a esta junta ni supo lo que en ella se había resuelto, lo que le ofendió grandemente (p. 184).

El 26 de mayo de 1819 le escribe al señor vicepresidente, doctor Francisco Antonio Zea, para anunciarle la decisión que había tomado con la anuencia de sus altos oficiales. La marcha sobre la Nueva Granada ya no podía esperar:

> Mi pensamiento es marchar a Cúcuta con la mayor parte de este ejército, dejando aquí resto para la seguridad del Bajo Apure. Entretanto el señor general Santander entrará por Soatá a incorporarse con nosotros por aquella parte. La rapidez será la divisa de esta campaña. No daremos tiempo a Morillo para que nos tome la espalda, pues para cuando él pueda emprender algo contra nosotros ya habremos vuelto sobre él con fuerzas dobles o triples de las que llevamos. La Nueva Granada se halla en el estado más propicio para ser libertada, y creemos con fundamento que lo será con poca dificultad, y entonces nuestros medios para finalizar la guerra se habrán aumentado muy considerablemente. Hace mucho tiempo que estoy meditando esta empresa y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele; así lo creo y es de desear (ADL, 1819, d. 3720).

El plan contemplaba la reunión de Bolívar con Santander en Pamplona, dejando el Bajo Apure a la seguridad del general Pedro León Torres, mientras que el general Arismendi llamaría la atención del enemigo por Barinas. Bermúdez se mantendría en Guayana atento del oriente, de Caracas y Calabozo; y el general Rafael Urdaneta tenía orden de entrar en Apure. Ya lo advirtió O'Leary en su relato sobre la reunión en la aldea de Setenta: el primer plan que se proponía no era el verdadero; es por ello que el 3 de junio de 1819, le informa al vicepresidente del Estado, Francisco Zea, que para asegurar el éxito de las acciones ha resuelto modificar el plan, quedando entonces de la siguiente manera:

> Aunque la empresa es fácil del modo que la anuncié a V.E. para asegurar más el resultado he variado las operaciones. En lugar de ir a Cúcuta me dirijo a Casanare con la infantería. Reunido allí con el señor general

> Santander ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada. Entre tanto el señor general Páez con una columna de caballería, tomará los valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque obligamos al enemigo o a concentrar sus fuerzas en Sogamoso o a dividirlas para atender a todas partes. En el primer caso nos abandona las provincias de Pamplona y Socorro, y parte de las de Santa Marta y Tunja. En el segundo nos será muy fácil batirlo y es más seguro el resultado (ADL, 1819, d. 3734).

Por otro lado, Bolívar, concibiendo el plan desde una perspectiva bastante amplia y considerando todo el territorio de la Nueva Granada, en la misma comunicación a Zea le ordena que desde el propio Congreso se giren las instrucciones pertinentes para que el general McGregor abriese operaciones sobre la costa de Santa Marta. Los dos ejércitos, obrando desde dos puntos diferentes, les darían una considerable ventaja sobre el enemigo. Por un lado, presionaría a los realistas obligándolos a estar atentos en dos frentes, cortándoles además posibles vías de escape. Por otro lado, temiendo la falla de alguna de las expediciones, una podría ir en auxilio de la otra y permitiría un corredor para el escape.

El Libertador estaba convencido del alto valor estratégico de esta operación, por considerar que ella daría un rumbo diferente a la guerra. Los años de enfrentamiento armado entre la provincia y la Corona se habían alargado, se estaba perdiendo en los campos de batallas la hermosa juventud. Mientras que en otros países desarrollaban su industria y su tecnología, nuestra población aún andaba en mesnadas persiguiendo al enemigo o escapando de él.

De sus profundos análisis sobre esta maniobra, nacen los cambios dentro del plan rector que había concebido. No se puede descartar tampoco que el plan inicial fuera un engaño para los espías de la Corona, o por falta de confianza en algunos de sus oficiales. Clausewitz (2002) denomina esta situación como "estratagema".

> La estratagema presupone una intención oculta y, por lo tanto, es opuesta al modo de obrar recto, simple y directo, del mismo modo que

> la respuesta ingeniosa se opone a la argumentación directa. [...] Cuanto más desesperada sea la situación y más se concentre todo en un golpe temerario, tanto más dispuesta estará la estratagema en secundar a la audacia. Desprovistas de todo cálculo ulterior, liberadas de toda retribución subsiguiente, la audacia y la estratagema podrán reforzarse mutuamente y concentrar en un solo punto un rayo imperceptible que pueda servir de destello para prender una llama (pp. 121, 122).

A todo esto, el temor de Bolívar se volvería realidad: ocurrió que las órdenes dadas para la ejecución de las operaciones secundarias no fueron cumplidas. Páez, bajo cualquier pretexto, nunca se movió más allá de Apure. El Libertador, en comunicación fechada el 5 de junio de 1819, lo reprende y muestra su preocupación, ya que tan solo recibió para sus operaciones 200 yeguas inútiles de los 300 caballos que solicitó (ADL, 1819, d. 3741). Urdaneta encontró resistencia del general Arismendi, quien por razones personales siempre se creyó dueño de Margarita y no le permitió sacar las fuerzas de la isla. Bermúdez se mantuvo como espectador y dentro del seno del augusto Congreso de la Nación se desconoce la autoridad del jefe supremo y Francisco Zea es removido (Castillo, 1972, p. 169). Como ocurrió en la Campaña de 1813, Bolívar, una vez sumergido en el teatro de operaciones, no tomó importancia a las rivalidades internas, ni a las crisis políticas estériles, ya que atenderlas malgastaba el tiempo necesario que era utilizado para las acciones de comando.

Para movilizar el grueso de las tropas, Bolívar tenía que tomar una decisión final, tal vez la madre de todas y la que garantizaría el éxito o el fracaso de la operación. Debía dar a conocer cuál sería el camino ideal para tomar la capital de la Nueva Granada. En la mesa de discusión se planteaban tres alternativas.

La primera era por las Salinas de Chita, un paso accesible y tranquilo que los españoles utilizaron para explotar su variada riqueza natural, destacando principalmente las fuentes minerales salíferas. Bolívar consideró esta vía por ser la más rápida para llegar a Tunja, pero la situación era compleja por estar fuertemente fortificada. El 13 de junio de 1819, le comunicaba al general Páez su decisión de marchar por este camino, ya que "ofrece mil comodidades para las tropas que pernoctarán siempre en

poblado, y sufrirán poco el rigor de los páramos, por ser menos fuertes y no tan largos" (ADL, 1819, d. 3744), teniendo presente que las fuerzas acantonadas en Salinas eran de 600 hombres. Si tomaba esta ruta llegaba a Sogamosa, a unos sesenta kilómetros aproximadamente de Socha, a las faldas del Páramo de Pisba, ahorrando el largo y esforzado camino del río Casanare a Nunchia (Lecuna, 1960, p. 315).

La segunda vía propuesta era través de Labranza Grande, la cual presentaba características similares al de Salinas de Chita, y en un tiempo había sido punto estratégico para el intercambio comercial, en especial para el negocio del ganado. Este camino conducía a Mongua, pueblo muy cercano a Sogamoso, donde estaba ubicado el Cuartel General de los realistas.

La última propuesta fue remontar el páramo de Pisba, ruta extremadamente peligrosa; solo los baquianos podían transitar por sus caminos (de allí su nombre, *sendero de indios*). Solitario e inhóspito por sus características, era entonces poco transitado y por lo tanto poco reguardado. Por esta vía, el Libertador podía sacar provecho al factor sorpresa.

> La sorpresa deviene, pues, el medio con el cual puede lograrse la superioridad numérica; pero también cabe considerarla en sí misma como un principio independiente, a causa del efecto moral que provoca. Cuando la sorpresa consigue alcanzar el éxito en alto grado, las consecuencias que acarrea son la confusión y el desaliento en las filas enemigas, y esto multiplica el efecto del éxito, como puede ser mostrado mediante suficientes ejemplos, tanto grandes como pequeños. No nos referimos ahora a una súbita irrupción, que corresponde al capítulo correspondiente al ataque, sino al esfuerzo para sorprender al enemigo por medio de medidas generales y, en especial, por la distribución de las fuerzas, que es igualmente concebible en posiciones de defensa y constituye un factor importante, sobre todo cuando se trata de una defensa táctica (Clausewitz, 2002, p. 118).

La decisión había sido tomada: sería el Páramo de Pisba la ruta libertadora de la Nueva Granada. Bolívar no se detuvo en Guasdualito;

atravesó el Arauca sin detener su marcha hasta llegar al Casanare. Las tropas soportaron durante este trayecto todo tipo de penurias inimaginables por el hombre: sed, hambre, enfermedades, caminos fangosos que detenían el rápido movimiento; los llanos estaban totalmente inundados porque la estación de lluvia ya había comenzado. Las tropas marchaban por horas con el agua de los ríos hasta la cintura, los soldados y las bestias eran cruelmente mordidos por las pirañas y de vez en cuando alguno podía terminar en las fauces de un caimán, animal que infundía terror entre los llaneros (Vawell, 1974, p. 148).

> La reorganización del Ejército Libertador fue anunciada por Orden General del 15 de junio de 1819: "Reunidas las fuerzas de Occidente a las que obraban en esta Provincia para dar principio a las operaciones sobre la Nueva Granada, ha dispuesto el Excelentísimo Señor Presidente de la República dar la siguiente organización. Todas las tropas que actualmente están bajo las órdenes del Señor General de Brigada Francisco de P. Santander continuarán del mismo modo bajo la denominación de División de Vanguardia que se le había dado anteriormente. Todas las tropas de infantería y caballería nacionales y extranjeras pertenecientes al Ejército de Occidente formarán una sola División a las órdenes del Señor General de Brigada José Antonio Anzoátegui y se denominará División de Retaguardia. Habrá un solo cuerpo de artillería a las órdenes del señor Comandante del ramo, Coronel Bartolomé Salom, y a él se reunirán todos los Oficiales de esta rama de ambas Divisiones. El señor Coronel Pedro Fortuol es Jefe de Estado Mayor de la División de Vanguardia, y el Teniente Coronel José María Córdova lo es de la Retaguardia. Para que sea uniforme el modo de reconocerse los individuos del Ejército, al ¿QUIÉN VIVE? Se responderá ¡AMÉRICA LIBRE!" (Pérez *et al*., 1969, pp. 127, 128).

Las tropas terminarían de llegar a la población del Pore el 23 de junio de 1819. Luego de haberse publicado las órdenes generales para la reorganización del ejército libertador, la distribución definitiva quedó de la siguiente manera:

Tabla 5

JEFE DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA: EL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR		
Rango	**Nombre**	**Empleo**
General	Carlos Soublette	Jefe del Estado Mayor
Coronel	Jacinto Lara	Subjefe del Estado Mayor
Coronel	Pedro Briceño Méndez	Secretario de Guerra
Coronel	Manuel Manrique	Ayudante General
Sargento Mayor	Gabriel Pérez	Ayudante General
Capitán	Felipe Álvarez Erazo	Ayudante del Libertador
Capitán	Daniel Florencio O'Leary	Ayudante del Libertador y adjunto al E. M. de la División de la Retaguardia
Capitán	Diego Ibarra	Ayudante del Libertador
	José Rafael Revenga	Secretario General
Doctor	Thomas Foley	Cirujano
Sargento	José Palacios	Asistente

DIVISIÓN DE VANGUARDIA		
Rango	**Nombre**	**Empleo**
General de Brigada	Francisco de Paula Santander	Comandante General
Coronel	Pedro Fortoul	Jefe del Estado Mayor
Tte. Coronel	Antonio Morales	Subjefe del Estado Mayor
Tte. Coronel	José María Cansino	Comandante General de la Artillería
Tte. Coronel	Vicente González	Ayudante General
Capitán	Pedro A. Galindo	Ayudante General
Capitán	Vicente Almeida	Adjunto al Estado Mayor
Capitán	Francisco Montaña	Adjunto al Estado Mayor
Doctor	Francisco Soto	Secretario
Capitán	Antonio María Ramírez	Comisario General
Capitán	José Sebastián Soler	Tesorero General
Capitán	Remigio Cañarete	Contador
Capitán	Santos Rodríguez	Conductor de Equipajes
Coronel	Juan Galea	Agregado

Coronel Fray	Ignacio Mariño	Capellán General
Fray	Joaquín	Capellán del 1º
Presbítero	Gayetano Reyes	Capellán de la Caballería

Fuente: Elaboración propia.

Según Pérez Tenreiro (1969), los efectivos de la División de Vanguardia pueden calcularse entre 1.200 y 1.400 hombres (p. 130).

Tabla 6

BATALLÓN DE CAZADORES		
Rango	**Nombre**	**Empleo**
Tte. Coronel	Antonio Arredondo	Primer Jefe
Mayor	Joaquín París	Sargento
	Fernando Vargas	Primer Ayudante
Capitán	Custodio Gutiérrez	Segundo Ayudante
Capitán	Vicente Andara	Ayudante del General
	Eusebio Carvallo	Abanderado

BATALLÓN 1.ª LÍNEA		
Rango	**Nombre**	**Empleo**
Tte. Coronel	Antonio Obando	Primer Jefe
Mayor	Ramón Guerra	Sargento
	León Galindo	Primer Ayudante
Capitán	Ambrosio Almeida	Segundo Ayudante
Capitán	Juan Nepomuceno Toscano	Agregado
Sargento Mayor	José María Villate	Compañía de Zapadores
Coronel	Juan Nepomuceno Moreno	Caballería Comandante General
Tte. Coronel	Francisco Rodríguez	Escuadrón de Dragones
Tte. Coronel	Santiago Bejar	Guías del General
Tte. Coronel	Manuel Ortega	1º de Lanceros
Capitán	Juan José Reyes	1º de Lanceros (a este el Libertador lo apellidaría Patria)

Tte. Coronel	Miguel Pérez	2º de Lanceros
Tte. Coronel	Antonio Durán	2º de Lanceros
Tte. Coronel	Juan José Manzaneda	Escuadrón Invictos de Arauca
Capitán	Luciano Buiton	Escuadrón 1º del Meta

DIVISIÓN DE RETAGUARDIA		
Rango	**Nombre**	**Empleo**
General de Brigada	José Antonio Anzoátegui	Comandante General
Coronel	Justo Briceño	Adjunto al General
Tte. Coronel	José María Córdova	Jefe del Estado Mayor
Tte. Coronel	José Gabriel Lugo	Subjefe del Estado Mayor
Capitán	Vicente Andara	Ayudante del General
Coronel	Santos Molina	Ayudante General
Capitán	José Ignacio Pulido	Adjunto
Coronel	Bartolomé Salom	Cuerpo de Artillería
Coronel	Francisco de Paula Alcántara	Comandante de la 1.ª Brigada
Tte. Coronel Graduado	Arturo Sandes	Batallón “Rifles”
Coronel	Ambrosio Plaza	Comandante Batallón “Barcelona”
Tte. Coronel	Hermenegildo Mujica	Regimiento “Guías de Apure”
Sargento Mayor	Juan Mellao	Escuadrón Carabineros
Coronel	Jaime Rooke	Segunda Brigada
Coronel	Cruz Carrillo	Comandante Batallón “Bravos de Páez”
Sargento Mayor	Juan Mackintosh	Legión Británica
Tte. Coronel	Juan José Rondón	Escuadrón “1º de Llano Arriba”
Tte. Coronel	Leonardo Infante	Escuadrón “2º de Llano Arriba”

Fuente: Elaboración propia.

“En total, sumando los efectivos de las dos Divisiones, antes del ascenso hacia los páramos, se podrían calcular en unos 3.000 hombres. De los que sólo desembocarían cerca de 2.500” (p. 131).

Marcha de montaña

De las tres opciones para la ruta libertadora, Pisba era la acertada por ser una zona inhóspita y sin resguardo; las otras dos, aunque ofrecían las condiciones óptimas para la marcha de las tropas, estaban fuertemente custodiadas. Una vez conocidos todos los pormenores que llevaron a la elección de cruzar el páramo de Pisba, llega el momento en que el ejército libertador se encuentre con el majestuoso sistema montañoso conocido por los antiguos aborígenes de la zona con el nombre de "digno dominio de atrás" en su lengua originaria.

> Fueron cuatro duras jornadas para atravesar el páramo. La vanguardia llegó a La Quebrada el 4 de julio y en los días siguientes fue llegando el resto del ejército, o mejor sus restos. Santander, un testigo presencial, escribe en esos días: "Un número considerable de soldados quedaron muertos, al rigor del frío, en el Páramo de Pisba: un número mayor había llenado los hospitales y el resto de la tropa no podía hacer la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería, llegaron a Socha sin un caballo, sin monturas y hasta sin armas… El ejército era un cuerpo moribundo: uno u otro jefe eran los únicos que podían hacer el servicio. ¿Pero qué se podía temer, si a su frente estaba el General Bolívar? Aquí es donde este hombre se hace superior a todos los hombres, desplegando una energía y firmeza extraordinarias" (Castillo, 1972, pp. 172,173).

Para comprender esta difícil maniobra es necesario analizar algunos elementos por separado, por ejemplo: la tropa, el avituallamiento, el terreno, la inteligencia, el enemigo.

La tropa

Para que el ser humano pueda mantener el normal funcionamiento de su ciclo vital, debe cumplir con ciertas funciones básicas, como respirar, alimentarse, descansar, mantener la temperatura corporal, entre otras, alte-

rando el protocolo normal de vida. Tan solo recordar las penurias que soportaron los sobrevivientes de las campañas de los años 17 y 18 como las del Centro y Apure, serviría para incrementar la ansiedad entre las tropas. "El miedo de que las plagas, las lluvias que anegaban las sabanas, la falta de agua para beber y el hambre diezmaran las tropas expedicionarias condicionaba los movimientos" (Martínez et al., 2010, p. 93). Este escenario de calor y humedad cambiará drásticamente al iniciarse la marcha de montaña.

> En 1819, el ascenso al páramo de Pisba —en donde no se podía conseguir nada para comer, la muerte de los animales de transporte e incluso las ocasiones en las que la tropa se deshizo de sus raciones para protegerse del frío— contrasta con la abundancia que encontraron los patriotas en los valles más templados y abastecidos del altiplano. Las poblaciones de la provincia de Tunja, quienes desde 1816 cargaban con el sostenimiento de los soldados del Rey, recibieron, alimentaron y aprovisionaron al ejército libertador, mientras que un cansado y hambriento ejército real será derrotado en el campo de Boyacá (p. 105).

Las tropas literalmente trepaban los escarpados caminos del páramo; el furioso viento los azotaba y las bajas temperaturas comenzaron a causar estragos entre el ejército y las pocas bestias de carga que los acompañaban. El propio O'Leary (1969) dice:

> El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados y así logró salvarse a un coronel de caballería (p. 184).

Según afirma el doctor colombiano, Tiberio Álvarez Echeverri (2016), anestesiólogo y especialista en alivio del dolor, el tratamiento para darle mejoría a los pacientes emparamados estaba dirigido a mejorar la bradipnea, la bradicardia, la hipotensión y la hipotermia, utilizando

métodos físicos, como "fricciones, masajes, abrigo, alimentos calientes, estimulantes cardíacos y respiratorios. El procedimiento que usaban los patriotas era drástico y consistía en flagelar a los emparamados, con lo cual se contribuía a que el organismo produjera mayor cantidad de calor" (p. 13). Por otro lado, las tropas compuestas en su mayoría de llaneros no estaban acostumbraban a tomar agua fría, que les causaba a los combatientes serios espasmos estomacales y cuadros diarreicos.

En una carta que le escribe Anzoátegui a su esposa en Bogotá el 28 de agosto de 1819, le contaba lo vivido en esta travesía:

> Una vez en el páramo de Pisba, yo y todos los compañeros nos creímos perdidos porque perdimos mucha gente muerta por el frío y casi todos nos enfermamos. Sólo el genio del Libertador pudo salvarnos y nos salvó efectivamente; auxiliado eso sí por el patriotismo y el entusiasmo de los patriotas de la provincia de Tunja, especialísimamente por las mujeres que, no lo creerás se despojaron realmente de su ropa para hacer con ella camisas, calzoncillos y chaquetas para nuestros soldados y de todo lo que tenían en sus casas para socorrernos. Fue esta una resurrección milagrosa. Nos volvió la vida, el valor, y la fe, como lo verás por los papeles que te adjunto, en donde se da cuenta de nuestras victorias de Pantano de Vargas y Boyacá, y de mi ascenso a general de división en ese campo de batalla, título que pone a tus pies tu querido esposo.- José (Libro de órdenes, 1969, pp. 18, 19).

Es necesario mencionar la participación de los soldados pertenecientes a la Legión Británica, quienes para sobrevivir debieron adaptarse a todo lo nuevo que encontraron en la América meridional.

El avituallamiento

Santander, como jefe de la Vanguardia, tendría la difícil tarea de avituallarse y de garantizar los suministros para el resto del ejército. El 2 de junio de 1819, el Libertador le escribe y es enfático al recordarle que confía en que haya tomado las medidas necesarias "para tener abundan-

tes transportes para el parque, y todo, caballos útiles que sean posibles para remontarnos, pues los que lleva el ejército apenas alcanzarán hasta el Cuartel General de US" (ADL, 1819, d. 3740). Y el 4 de julio de 1819, le comunicó al general Páez una serie de órdenes entre las que destaca: "Según los estados de los fusiles traídos al Apure, deberíamos tener 3.500, de los cuales sólo existen entre los que están en mano, los que traigo en el parque y los que quedan en el parque del Caujaral, 2.500" (O´Leary, 1981, t. 15 p. 393). Ya se había descrito anteriormente que Santander salió de Angostura con 1.000 fusiles y 30 quintales de pólvora y que para enero de 1819 ya contaba con una división de 2.000 combatientes con los 1.200 fusiles más que llegaban de Guayana. Tal vez, parte de este parque quedó en el fondo de los ríos del Apure y el Casanare; otra parte, atascada en los pantanos y buena parte de ellos en los desfiladeros del páramo.

Se ha advertido sobre la mala o inexistente alimentación de las tropas. La dieta era fundamentalmente la carne vacuna y todo aquello que el soldado pudiese soportar en su estómago. La carne era arrancada del animal en tiras y únicamente utilizando sal se ponía a secar al sol; los cueros secos que quedaban eran consumidos como alimento. Sobre este asunto, el Libertador manifiesta su preocupación a Santander y le informa que tuvo que enviar a su jefe de Estado Mayor, Soublette, para acelerar la marcha del ganado que estaba al otro lado del Tocaria, ya que su división no tenía nada para comer. Afortunadamente, al día siguiente el general Soublette cumplió con la orden y ya se acercaba con unas trescientas reses; de este ganado, Bolívar destinaría una parte para la Vanguardia (O'Leary, 1981, t. 15 pp. 402, 403).

En la orden general del 16 de junio de 1819 desde el Tame, el general explica la forma de traslado de parte del material de guerra:

> La conducción del Parque se hará por los indios del país que al cargo de sus oficiales se ponen a la disposición del Sr. Comandante General de Artillería para que arregle este ramo. Además el Jefe de E.M. de Retaguardia le pondrá a su disposición todos los oficiales sobrantes y agregados a los dos cuerpos de Dragones y podrá reemplazar al Capitán Álvarez y al Mayor Cegarra, todo con el objeto de que destine un oficial al mando de cada 16 ó 20 mulas con sus correspondientes arrieros (*Libro de órdenes,* 1969, p. 83).

El terreno

Ya se han señalado algunas de las razones para escoger esta ruta. El páramo de Pisba se ubica a una altura de 2.400-3.900 metros sobre el nivel del mar, con temperaturas que oscilan entre los 10 ºC y los 18 ºC. El terreno, por supuesto, es un elemento importantísimo de considerar al momento de planificar la guerra.

> Las fronteras que defienden los imperios consisten en llanuras, colinas y montañas. Si un ejército desea cruzarlas y es superior en la caballería, hará bien en tomar su línea de operaciones a través de las llanuras. Si su brazo montado es inferior, preferirá las colinas; pero para el terreno montañoso debe asegurar cuidadosamente cada paso mientras las atraviesa (Yuchak, 2010, p. 118).

Bolívar, como estudioso de las tácticas de Napoleón Bonaparte, tendría presente esta importante máxima napoleónica, y suficientes conocimientos en su bagaje sobre la guerra y marchas de montañas. De hecho, Bonaparte no recomienda en la línea de operaciones atravesar terrenos montañosos, debido a las grandes exigencias que ello implica y a que en una marcha vital no siempre se cuenta con el tiempo suficiente para la preparación. Bonaparte también recomienda que:

> El truco del arte militar en la montaña es no atacar nunca, porque aun cuando uno desee conquistar, deberá abrirse camino por medio de maniobras de posiciones que dejen al cuerpo del ejército encargado de la defensa sin ninguna alternativa más que atacar o retirarse; y finalmente porque una línea de operaciones debe servir como línea de retirada, ¿y cómo puede alguien pensar en retirarse a través de gargantas, desfiladeros y precipicios? (p. 119).

Ahora bien, la misión que tenía el ejército libertador era atravesar el páramo de Pisba de manera rápida y sigilosa, evitando por todos los

medios encontrarse con el enemigo, para luego reunirse todas las divisiones en Socha. Bolívar tenía aún frescos sus recuerdos de seis años antes, cuando en medio de la Campaña Admirable había atravesado los páramos de los Andes venezolanos, y conocía, por su experiencia, cómo debía comandar las tropas en las altas montañas y así se lo hacía saber a sus oficiales. Igualmente, el Libertador mantenía en su mente las enseñanzas sobre la guerra y en especial en las montañas de los teóricos militares del siglo XVIII. "Bolívar con seguridad los leyó. De uno guardaba el texto; de otro llegaba al extremo de parafrasearlo en ocasiones y del último se le puede seguir el rastro en algunos de sus escritos. Ellos son: Montecuculli, Mauricio de Sajonia y el Conde Guibert" (Pérez, 1969, p. 83). Sun Tzu (2012) catalogaría este territorio de acción como terreno desfavorable: "Cuando atraviesas montañas boscosas, desfiladeros abruptos, marismas u otros accidentes difíciles de atravesar" (p. 103).

La inteligencia

Cuando se planifica una campaña es necesario contar con toda la información precisa sobre las condiciones del enemigo y del espacio geográfico donde las tropas van a desarrollar las acciones. Sobre la utilización de espías, el sabio Sun Tzu decía:

> Una gran operación militar significa un gran esfuerzo para la nación, y la guerra puede durar muchos años para obtener una victoria de un día. Así pues, dejar de conocer la situación de los adversarios por resistencia a aprobar gastos para asuntos de espionaje es extremadamente inhumano, y no es típico de un buen jefe militar, de un consejero de gobierno, ni de un gobernante victorioso. Por lo tanto, lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es la información previa (p. 121).

El método de inteligencia ya lo conocía y lo había practicado el Libertador desde los tiempos en que tuvo que navegar el río Magdalena y

darle esas victorias tempranas a la Nueva Granada. Para esta campaña era indispensable obtener todo tipo de información que pudiera ser útil para ajustar los movimientos y exponer los planes. En el caso de la campaña en estudio, se conoce que:

> Bolívar comisionó a Blanco para que efectuase un viaje de exploración por las provincias de la Nueva Granada, que el sacerdote guerrero asegura haber realizado disfrazado de mercader ambulante.
> Las informaciones recogidas por el padre Blanco, que robustecieron las que desde Casanare llevó el capitán Uribe, decidieron al Libertador a realizar la empresa de invadir la Nueva Granada (Troconis, 1953, p. 111).

Por su parte, Lino Iribarren (1960) está de acuerdo con Troconis sobre la misión cumplida por el sacerdote, pero es enfático al señalar que no cree que la información suministrada fuera el detonante definitivo para que el Libertador tomara la decisión (pp. 79, 80).

El enemigo

La situación de los realistas en la América meridional entre los años 1816 y 1819 no era favorable. En el caso específico de Venezuela habían perdido la isla de Margarita y la Provincia de Guayana. Ante esta situación, los altos mandos de la Corona se encontraban inquietos y preocupados, pues esto significaba que los patriotas podían contar con vías seguras para conectarse con el resto del mundo.

Entre los realistas más emblemáticos de este período histórico podemos mencionar al conde de Cartagena, marqués de La Puerta y conocido como "El Pacificador", Pablo Morillo y Morillo, que aún mantenía el control militar en la región.

> El general Pablo Morillo, sin ser un Gonzalo de Córdoba, fue personalidad de cuenta, genuino exponente de la heroicidad española. Con

igual bizarría luchó en la guerra de España contra los franceses napoleónicos y en la guerra de América contra las huestes bolivarianas (Blanco, 1916, p. 11).

El virrey don Juan Sámano, un hombre que tenía ciertos conocimientos militares y muy recto en su actuar, le mostró en todo momento su preocupación al rey sobre la guerra en las colonias desde la toma de su cargo, solicitando constantes refuerzos. Destacaba también, en el campo de batalla, Miguel de la Torre, quien ascendió a brigadier después de la reconquista de Nueva Granada; fue además comandante de los ejércitos de los Llanos de Colombia y Venezuela. Finalmente, el cuarto elemento fuerte del lado realista era el veterano coronel don José Barreiro, comandante de la Tercera División en Nueva Granada.

El venezolano defensor a ultranza de la Corona española, José Domingo Díaz, sostenía que, para finales del año 1818, la presencia del ejército de la Corona en la región contaba con trece mil hombres, de los cuales tan solo tres mil eran europeos y el resto americanos. "En este lugar en donde se debe igualmente notar que casi todos los americanos que componían este valentísimo ejército eran indios y mulatos, zambos o negros libres, pero no esclavos" (Díaz, 2012, p. 200).

La decisión de invadir la Nueva Granada por el páramo de Pisba, a pesar de las miserias soportadas por las tropas en los llanos y las bajas temperaturas del páramo fue la más acertada. Se mantuvieron claras las dos premisas fundamentales a cumplir: sorpresa y rapidez de los movimientos.

Bolívar, durante estas dos campañas, probaría exitosamente que con la reunión de un ejército multinacional podía lograr grandes proezas, experiencia que llevaría a la Campaña del Sur. Con la Campaña Admirable de 1813 dio paso al nacimiento de la Segunda República. La Campaña de la Nueva Granada acabó con el poderío de todo un virreinato, luego de la victoria obtenida en Boyacá el 7 de agosto de 1819.

A manera de conclusión

A continuación abordaremos algunas consideraciones finales cuyo objetivo es darle el valor agregado a esta producción intelectual que tiene como interés el despertar de nuestras instituciones académicas y militares para retomar el estudio sobre la visión estratégica que nos legó nuestro Libertador Simón Bolívar en dos hechos transcendentales de su vida como político y militar: la Campaña Admirable de 1813 y el inicio de la Campaña de la Nueva Granada de 1819, enseñándonos cómo en momentos de crisis, cuando las fuerzas no estaban equilibradas, logró expulsar a un imperio que había dominado la América meridional por trecientos años.

Nuestro país nació en los campos de la lucha armada, donde el pueblo demostró su arrojo y su resolución de ser libres, contando, como líderes y lideresas, con un puñado de jóvenes que se curtieron de la política y de las estrategias militares en el propio radio de acción. La inclinación militar de estos jóvenes no era casual; basta recordar que la Capitanía General de Venezuela, por su valor geoestratégico, tenía la suerte de ser un inmenso cuartel para proteger las actividades económicas que se derivaban de la extracción de los recursos del denominado *Nuevo Mundo* hacia la metrópoli española. De allí la conformación de las milicias que luego se convertirán en un gran ejército libertador que salió de sus fronteras para romper las cadenas de opresión imperiales. Sin duda alguna, estas experiencias de nuestros antepasados libertadores hacen que se desarrolle en el país una cultura militarista. Pero ¿cuál es la cultura militar sana que deben nuestros estados mayores militares y políticos practicar? Es una gran pregunta que halla respuesta en las pinceladas históricas expuestas en el desarrollo de este trabajo. Aquí se han dilucidado y han cobrado vida escritos quizás ya olvidados, pero que hoy día cobran más vigencia que nunca, al desarrollarse el método táctico de resistencia revolucionaria, doctrina bolivariana.

El ejército libertador, sin duda alguna, nació del propio ingenio de Bolívar. Tal vez los días de penurias en Curazao le permitieron ir desa-

rrollando la idea, y es por ello que al llegar a la Nueva Granada no vaciló en solicitar su incorporación al ejército para continuar la lucha independentista. Sus conocimientos sobre el pensamiento militar de grandes generales que cambiaron el curso de la historia universal sirvieron para convertir un grupo de paisanos en un ejército robusto que expulsó de sus fronteras a la poderosa maquinaria militar que una vez dominó casi toda Europa.

Bolívar logró unificar todos los elementos posibles para sacar adelante una empresa que para muchos, en su momento, era una simple locura. Rompió con los viejos paradigmas de la forma de hacer la guerra, mezcló las técnicas de guerrilla y las prácticas poco ortodoxas con maniobras tradicionales de carga de caballería y de infantería. Apostó por los choques rápidos y violentos para inducir el miedo en el enemigo y apoderándose de esa situación exterminaba cortándoles la retirada. Comprendía muy bien el general en jefe que los realistas podían recibir refuerzos en cualquier momento mientras no se controlasen los puertos más importantes del país; comprendió amargamente que la guerra se hace desde todos los puntos cardinales, incluyendo todos los ámbitos sociales; es por ello que enfocaría sus fuerzas para lograr la unidad perfecta entre los combatientes, fueran civiles o militares.

Pero alcanzar tal hazaña no bastaba su capacidad intelectual, su liderazgo en un grupo de gallardos oficiales, ni disponer de una tropa disciplinada; solo los años de ejercicio del poder, del aprendizaje de las victorias y de las derrotas, lograron la transformación del joven caraqueño de la alta sociedad en un estadista, hoy día reconocido universalmente. Los años de historia de la Capitanía General de Venezuela fueron parte de esta proeza. Aún se mantenían en pie las edificaciones militares hechas por los españoles que pronto formaron parte de nuestra naciente fuerza armada; el aparato productivo del país, muy golpeado por la guerra, cumplió con su parte para el éxito de estas campañas; incluso su propia fortuna no escapó de formar parte de su deseo libertario al ponerla al servicio de su patria.

El imperio de las leyes era su premisa fundamental; contó con el apoyo de hombres letrados de la época que pronto resolvieron dictaminar normas jurídicas para la elaboración de planes que le ayudasen en

la conformación del gobierno. La propaganda a través de los boletines del ejército libertador, la *Gaceta de Caracas* y luego el *Correo del Orinoco* influyeron en las élites sociales que sabían leer, multiplicando a su vez la información. En definitiva, fueron innumerables los aspectos que sirvieron a una misma causa y que todos debían estar prestos a sus servicios.

A pesar de que en la actualidad las instituciones académicas y castrenses venezolanas han rescatado buena parte de los valores heredados de nuestros Libertadores, no deja de ser cierto que aún falta mucho por andar. Hoy en día se continúan revisando los principios doctrinarios de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana para innovar en un nuevo pensamiento militar. La nueva doctrina militar venezolana plantea la defensa integral, haciendo hincapié en el principio de que fuerza armada y pueblo pueden coexistir como un órgano articulado que esté presto para la defensa de la nación en cualquier circunstancia. El ejército libertador demostró que tal articulación puede lograrse como un importante binomio.

Ahora más que nunca, nuestra patria vive momentos de asedio por otra potencia imperial; ya no es España sino los Estados Unidos de América. En su visión estratégica ya lo advertía Bolívar cuando dijo: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad" (ADL, 1829, d. 2083).

El oficial venezolano debe tomar ejemplo de los oficiales de Bolívar en campaña, donde los conceptos de honor y lealtad a su jefe y al país estaban por encima de cualquier otra cosa. Bien lo dice el general Pérez Arcay (2002): "Tan sólo el honor y la gloria había de conservarse en medio del huracán de pasiones recurrentes que se desencadenaron en el proceso de la forja de la libertad americana" (p. 100). Es necesaria la formación intelectual en nuestras aulas militares y el reconocimiento de la historia militar de la América meridional en nuestras escuelas de historia. Bolívar demostró que para ser un militar completo se debe tener un alto grado de conocimientos en todas las materias que exija la situación de un país con características diversas. El soldado venezolano debe saber de matemáticas, de historia, de geopolítica, de estrategia y de valores humanos.

> La defensa auténtica del país requiere, pues, de hombres formados en escuelas militares y cuarteles donde la educación, la realización de su personalidad en función de vocación castrense, disciplina y subordinación, forjen en su espíritu permanentes mecanismos de sublimación, es decir, una segunda naturaleza. Sólo así podremos mantener el patrimonio histórico que costó la vida de Bolívar y al millón de grandes que le siguieron en la sublime empresa de la libertad americana. Sólo así se podrán portar "símbolos tan grávidos de asombro", según reza el himno glorioso de la Academia Militar de Venezuela (p. 125).

Luego de haber dado un extraordinario recorrido por una de las décadas históricas más interesantes de Venezuela que comenzó con la declaración de la Independencia y culminó con las grandes hazañas políticas, militares y estratégicas llevadas a cabo por sus hijos más jóvenes, movidos por el derecho divino de marcar sus propios destinos, es necesario resaltar cómo, para el año de 1819, los factores político-militares fueron confluyendo hasta lograr una perfecta armonía que permitió generar las condiciones necesarias para que los patriotas lograran dar golpes certeros a la Corona española y así poder ir rompiendo las estructuras históricas que nos mantuvieron atados. En poco tiempo, ciudadanos que vivían acomodados en sus rutinas diarias heredadas de sus antepasados por siglos tuvieron que abandonarlas abruptamente y convertirse en soldados, oficiales, diplomáticos, juristas y burócratas para lograr así crear una República. Fueron varios los intentos para consolidar la República, infructuosos dos de ellos, pero el espíritu inquebrantable de sus líderes no permitió que los proyectos de libertad se sumergieran en solo el deseo.

Como un antecedente previo a la estocada mortal dada a la Corona española con la libertad del Virreinato de la Nueva Granada por parte de los patriotas, fue imprescindible haber expulsado a los realistas de la Provincia de Guayana, enclave fundamental para el éxito de la campaña que ya se estaba gestando en la mente del Libertador.

> Bolívar piensa en las operaciones de la campaña como si estuviera jugando ajedrez y calcula, con precisión que asombra, todas las

> posibilidades favorables o adversas, las jugadas del enemigo y los medios de contrarrestarlas antes de que puedan causar un perjuicio a su plan definitivo (Troconis, 1953, p. 14).

La provincia de Guayana, para el momento en que se desarrollaba la lucha armada por la independencia de Venezuela, debido a su lejanía con la capital y de los teatros de operaciones donde se desarrollaban los combates, poco sufrió de los terribles embates y tragedias de la confrontación armada; esto permitió que se mantuviera una modesta pero confiable producción agrícola y ganadera. "Los misioneros habían realizado una extraordinaria tarea de civilización y reducción de los indios. 36 pueblos tierra adentro y una producción enorme, demostraban su labor. Guayana fue el granero y Banco de la República" (Castillo, 1972, p. 148).

> A causa de su vacío poblacional, Guayana era el punto débil del Imperio Español en América, siempre en peligro de convertirse en presa fácil de las ambiciones político-territoriales de otras naciones europeas. En este sentido, la Corona española asumió durante el siglo XVIII una política encaminada a poblarlo pensándose en la penetración misional.
> Sin lugar a dudas, las misiones juegan un papel fundamental en el poblamiento de Guayana, convirtiéndose en motores de la transformación ocurrida en la zona, especialmente a partir de 1724 cuando se establecen los hatos ganaderos, lo que permitió enraizarse en el lugar y poseer base propia (Donís, 2010, p. 45).

Bolívar, bajo una estricta disciplina, supo determinar la administración de Guayana. El control de los recursos que entraban y salían debía estar vigilado para el beneficio de la República. La estratégica Provincia de Guayana, además de su importancia para las operaciones del ejército libertador, dejó para la posteridad, y sobre todo para el pensamiento meridional, una gran enseñanza: fue aquí donde el Libertador reunió el augusto Congreso de Angostura, donde se debatió cuál era el mejor sistema de gobierno para la República, tomando en cuenta los modelos políticos de las naciones ya existentes y todas las corrientes del pensamiento

humano conocidas hasta el momento. Aquí Bolívar presentó su proyecto de Constitución; ya no hablaría de una República, sino de una gran nación madre de todas las Repúblicas. Comenzaría a echar las bases para la construcción de la República de Colombia.

Otra enseñanza que nos deja Angostura es la de continuar estudiando a Bolívar en su pensar, actuar y firmeza en la toma de decisiones. Como líder de una revolución, debía estar al corriente de todas las situaciones que se presentasen. Debió manejarse con cuidado entre líneas muy delgadas de la sociedad venezolana de aquel entonces; entre sus responsabilidades civiles y militares. Durante el recorrido de esta obra se comentó que el Libertador acompañaba cada decisión militar con una política. Un siglo después, el filósofo y político Antonio Gramsci, al comentar los sucesos de la batalla de Caporetto (1917), hacía la siguiente referencia: "Todo hecho militar es también un hecho político y social" (1984, t. 3, p. 29).

Las enseñanzas que dejaron las anteriores Campañas del Centro y de Apure son historias de triunfos y derrotas, donde el personalismo de los jefes melló sobre la actuación de las tropas y puso en peligro una vez más la República. "El éxito de un ejército y su bienestar dependen esencialmente del orden y la disciplina, que hará que nos quiera la gente que viene a saludarnos y con la cual compartimos enemigos" (Yuchak, 2010, p. 21). Este tiempo le permitió al Libertador valorar la calidad de jefes con que contaba para su futuro plan. En Santander veía a un hombre inteligente, dotado de muchos conocimientos administrativos, jurídicos, y que también manejaba los clásicos la guerra; pero su comportamiento en el campo de batalla no era muy dado, de hecho, ya se advirtió que en la clasificación de generales echa a Perú de Lacroix está de tercero. Pero Santander tenía algo con lo que los demás jefes no contaban: su patriotismo y su amor a la Nueva Granada; ningún otro oficial pudo haber estado más comprometido con la redención de su suelo materno. Páez, por el contrario, se manejaba en el campo de batalla con tal soltura que parecía disfrutar de todo aquello; esta misma osadía nublaba su sentido táctico. Pero Bolívar no podía desguarnecer los territorios que tanto había costado recuperar; por ello, Páez y sus llaneros serían la clave para las futuras victorias. José Antonio Anzoátegui, veterano de la Campaña

Admirable y quien fungió de jefe de la Retaguardia del ejército libertador, reunió las cualidades de los dos generales nombrados anteriormente. Su hoja de servicios data desde el mismo grito de la independencia, dejando a un lado las comodidades que ofrecía su linaje para tomar el fusil. En los momentos cuando Bolívar necesitaba oficiales leales a su causa, ahí estaba Anzoátegui.

Solo el liderazgo de un comando como el de Bolívar pudo hacer que sus tropas lo siguieran hasta los confines más inhóspitos, dominando incluso hasta los cuatro elementos para cumplir la misión. Literalmente, fue así: la geografía venezolana y granadina sometió a las tropas patriotas a fuertes condiciones climatológicas; todas rayaron en la exageración. Los llanos ardían, era difícil encontrar agua que no estuviese contaminada, el calor redujo a las tropas a la inacción. La selva y los pantanos de las orillas de los ríos subyugaban a los soldados a enfermedades y accidentes. Se hacía difícil mantenerse seco en la época de lluvia; y por último, el frío de los páramos penetraba la piel incrustándose en los huesos. Como se dijo, todo era en exageración y lo más increíble era ver a un Bolívar pasando las mismas necesidades de la tropa manteniendo su espíritu inquebrantable y arengando a sus soldados constantemente.

La Campaña de 1819, y en especial el paso de las tropas patriotas por el páramo de Pisba, indiscutiblemente han dejado su aporte para incrementar el pensamiento militar. Probaría exitosamente Bolívar reunir un ejército multinacional en una campaña tan importante y compleja como esta. Ya lo había hecho anteriormente en la Campaña Admirable de 1813 dando paso al nacimiento de la Segunda República. Ahora, con esta que traería consigo la gran victoria de Boyacá, expulsando a los realistas de suelo granadino y acabando con un virreinato entero. De esta manera se logra abrir las puertas para la independencia definitiva de la América meridional.

Bolívar confiaba en la creación de un gran y poderoso ejército, capaz de enfrentar a cualquier otro imperio que tratase de subyugar de nuevo al pueblo libre de la América meridional. Es por ello que algunos años más tarde, el 15 de julio de 1826, se estaría firmando en Panamá el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, donde los representantes plenipotenciarios de Colombia, Centroamérica, Perú y Estados Unidos Mexi-

canos, estarían certificando, a través de un documento jurídico de carácter internacional, la legitimación de la unión de los países de la América meridional. Es interesante observar cómo doscientos años después de los gritos de independencias se vuelven a escuchar los gritos bolivarianos de unidad. El pensamiento del Libertador cada día cobra más vigencia. De allí la necesidad de seguir estudiando las ideas bolivarianas para sobrevivir como nación libre e independiente.

Este trabajo, nutrido de una extraordinaria fuente primaria y una excelente historiografía, fue elaborado con un estilo pedagógico que deja la puerta abierta a quienes deseen investigar y profundizar en este tema, ya que los sucesos acaecidos durante los años estudiados cambiaron radicalmente el curso de la guerra por la independencia.

Anexos

Reglamento sobre sueldos y salarios

Deseando que los dignos ciudadanos que voluntaria y generosamente ofrecen sus vidas para sostener la libertad de Venezuela, disfruten sin desfalco alguno el haber del reglamento de sueldos que se señale a las clases desde la de Sargento primero, hasta la de soldado; y convencido de que el único medio de realizar mis intenciones, es el de disponer que el Estado provea por su cuenta a las mencionadas clases del alimento y vestuario, y además abone en dinero la diferencia que hay entre el valor de estos dos indispensables auxilios, y el del haber del reglamento; he resuelto, que inmediatamente se pongan en práctica mis ideas, según van detalladas en los artículos siguientes:

1. Todo sargento, cabo, y soldado de cualesquiera Batallón o Escuadrón de línea gozará diariamente de una ración compuesta de un medio real de carne, y un cuartillo de aquel pan que se encuentre en el país en que resida.
2. Recibirá también en dinero diariamente el socorro que a continuación se expresa.

....	Reales
Sargento primero, y tambor mayor..................	2 1/2
Sargento segundo...	2
Cabo primero..	1/2
Cabo segundo, y trompeta de orden.................	1 1/4
Soldado, tambor, trompeta, y pífano.................	1

3. Recibirá también un vestuario de paño con las demás piezas de lienzo, zapatos, y sombrero, cuyo valor sea equivalente a la diferencia que hay entre el valor de la ración y socorro diario, y el haber total, a cuyo vestuario se asignará la duración que deba tener con respecto a su costo.
4. Siempre que algún individuo de las expresadas clases y cuerpos no recibiese la ración asignada, ya sea por no haber provisión establecida, ya por escasear ésta de los renglones necesarios para suministrar la ración, ya por hallarse fuera del cuerpo en comisión o con licen-

cia, o ya sea en fin por hallarse en el hospital, recibirá diariamente además del socorro, los tres cuartos de real, valor de la ración.

5. Siempre que alguno de los expresados individuos se hallase en el hospital, tendrá el abono de la ración, respecto a que no la recibe; pero dejará el socorro que a su plaza esté asignado, para con él pagar las estancias de hospital.
6. Cuando por escasez de la carne, o del pan, no recibiere alguno de los renglones, se le abonará por el primero, medio real; y por el segundo un cuarto de real.
7. Para recaudar y distribuir todo aquello que pertenezca al cuerpo, habrá en cada Batallón, o Escuadrón de Línea un empleado por la Hacienda nacional que tendrá el título de Comisario, y cuyas funciones son las que se expresan en los artículos subsecuentes.
8. Para suministrarse a un Batallón o Escuadrón la ración asignada a cada individuo de él, recibirá el Comisario diariamente del Sargento mayor un estado en que por compañías se manifieste las que se necesitan para cada una de ellas, cuyo estado se formará con las noticias que den anticipadamente los Comandantes de Compañías. El Comisario pasará acompañado de un Sargento y dos o más soldados de cada una de ellas, a las provisiones de la carne y del pan, y después de haber examinado la calidad de los alimentos, hará se entregue por peso y medida, a cada Sargento la cantidad que corresponda al todo de la compañía. Dejará a continuación un recibo del total de raciones que a su cuerpo ha suministrado el proveedor de cada ramo en aquel día, y éste al fin del mes pasará al empleado de rentas que haya de ajustar a su cuerpo el cargo total de raciones, quien lo hará al Comisario para que éste lo transmita a los Comandantes de compañías en los ajustamientos que les formen.
9. Para dar a sus cuerpos las pagas y socorros asignados a las diferentes clases de él, el Comisario pedirá al Sargento mayor con anticipación a los días primero, y 15 de cada mes dos estados que detallen, el uno las pagas de todas las clases de oficiales existentes, y el otro el total de socorros que deben darse a cada compañía, recogerá recibos de las cantidades que entregue a oficiales y Comandantes de compañías. Estos entregarán diariamente en mano a cada individuo de ella la

cantidad que por socorro le está asignada; y al fin de cada mes le formará su ajuste abonándole en él las raciones y socorros que debe recibir en los días que tiene el mes, y cargándole después los que ha recibido en todo él, el Comandante confrontará a todos los individuos de su compañía, a presencia del Mayor, quien hará se satisfaga en el acto, cuanto al soldado le deba.

10. Para distribuir el vestuario a los cuerpos, el Comisario recibirá un documento, firmado por el Sargento mayor, y visado por el Comandante, en el cual se exprese por compañías el número de aquéllos, que se deben dar para el cuerpo. Con esta relación pasará el Comisario al depositario, o encargado de los vestuarios, y tomará de ellos los que constan en la relación para distribuirlos en las compañías, según el número detallado para cada una.
11. Será un deber también del Comisario el recaudar y pagar al armero el valor de la composición de armas de su cuerpo. Con este objeto pedirá al Sargento mayor una relación en que por compañías se indique las composiciones que se han hecho en las armas de cada una de ellas, con expresión del importe particular de la composición con arreglo a la contrata celebrada entre el cuerpo y el armero, y aprobada por el Inspector; esta relación la presentará con el visto bueno del Comandante en la tesorería, o administración en que se le ajuste; recibirá la cantidad a que monta, y la entregará al armero de quien tomará el competente recibo.
12. En aquellos parajes en que no haya forraje inmediato y que sea común a todo habitante, se suministrará por cuenta del Estado, a todo individuo desde la clase de Sargento hasta la de soldado una ración para la cabalgadura. Para que el costo de este forraje sea equitativo, el Comandante después de informado del precio que tiene en el país en que resida, aquella cantidad de forraje necesaria a tener bien alimentada una caballería, procederá a fijar carteles, invitando a que se presenten los que quieran encargarse de suministrar el número de raciones que diariamente necesite el Escuadrón de su mando. Entre los postores elegirá el Comandante con acuerdo del Mayor, y del Comisario, a aquel que prometa más ventajas al erario y al cuerpo. Esta contrata se formalizará firmándola el Comandante, el Mayor, el

Comisario, y el contratista; se pasará una copia de ella a la tesorería o administración que deba ajustar al cuerpo; y en virtud de ella el Comisario cobrará, y satisfará la cantidad estipulada por cada plaza, que diariamente tenga su cuerpo.

13. Todas cuantas dudas ocurran acerca del espíritu de este Reglamento, ya sea a los Jefes militares, ya sea a los de la Hacienda nacional, todas cuantas adiciones crean convenientes hacer; y en fin todo cuanto tenga relación con el dicho reglamento se me dirigirá por conducto del Inspector General ciudadano Manuel Aldao, quien expresará su parecer acerca de la duda, o proyecto y me lo dirigirá para mi resolución.

Cuartel General de Valencia, 10 de octubre de 1813, tercero de la Independencia, y primero de la Guerra a Muerte.

Simón Bolívar.
Antonio Rafael Mendiri.
Secretario de Guerra
(ADL, 1813, d. 436)

Reglamento para los uniformes, divisas y graduaciones de los ejércitos de la República de Venezuela

Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, y General en Jefe de sus Ejércitos, etc.

Para que el ejército de la República de Venezuela se distinga de las tropas españolas en el uniforme, divisas, y orden de grados de aquella nación, he resuelto y resuelvo lo siguiente:

1° El empleo de General en Jefe será desde hoy en adelante el último grado militar, y equivalente al de Capitán General que queda suprimido.

2° En el de General de División quedarán reasumidos los de Teniente General, y Mariscal de Campo, que también se suprimen.

3° El de General de Brigada corresponderá al de Brigadier.

4° El uniforme de los Generales en Jefe, será casaca azul, vuelta, collarín, y solapa encarnada, botón de oro, y una palma de laurel de lo mismo, bordada en la vuelta, collarín y solapa, dos charreteras de oro, con tres estrellas en la pala, pantalón, chupa y banda encarnada con borlas de oro.

5° El de los Generales de División, casaca encarnada, vuelta, collarín y solapa azul, botón y bordado como el de los Generales en Jefe, dos charreteras de oro con dos estrellas en la pala, pantalón, chupa y banda azul, con borlas de oro.

6° El de los Generales de Brigada, casaca azul, vuelta, collarín y solapa anteada, botón y bordado como el de los Generales en Jefe, dos charreteras de oro con una estrella en la pala, pantalón, chupa, y banda anteada con borlas de oro.

7° El de los edecanes de los Generales en Jefe, será casaca encarnada, vuelta, collarín, y solapa anteada, botón de oro, galones de lo mismo

en los ojales de la casaca, la divisa de su grado en los términos que se detallará, pantalón, chupa, y banda anteada con borlas de seda.

8° El de los edecanes de los Generales de División, será lo mismo que el de éstos, con la diferencia de que no llevan bordados, y que las borlas de la banda son de seda; divisa la de su grado.

9° El de los edecanes de los Generales de Brigada, será igual al de sus Jefes con la diferencia de que no llevan bordados, ni borlas de oro en la banda.

10° La divisa de los Coroneles, será dos charreteras con canelones.

11° La de los Tenientes Coroneles, una charretera con canelones a la derecha, y una espoleta sin ellos a la izquierda.

12° La de los Sargentos mayores, una charretera con canelones a la izquierda, y una espoleta sin ellos a la derecha.

13° Los Coroneles, Tenientes Coroneles, y Sargentos mayores, usarán banda encarnada con borlas de seda.

14° La divisa de los Capitanes, será dos espoletas.

15° La de los Tenientes, una espoleta a la derecha.

16° La de los Subtenientes, una a la izquierda.

17° La clase de cadetes queda extinguida, y en su lugar se establece la de voluntarios.

18° Usarán por divisas los Sargentos primeros dos galones de seda en el brazo, y uno los segundos y los cabos primeros, dos en la vuelta, y uno los segundos.

19° El uniforme general del ejército será casaca y pantalón azul de paño, vuelta y collarín encarnado, una sola botonadura por el centro y vivo encarnado.

20° La infantería de línea, como el artículo anterior, con cabos de oro.

21° La infantería ligera, chaqueta en lugar de casaca, y cabos de oro.

22° El cuerpo de artillería, como el artículo veinte, con dos granadas en el collarín.

23° El cuerpo de ingenieros, como el artículo veinte, cabos blancos, y dos castillos en el collarín.

24° La caballería ligera, como el artículo 21, y cabos de plata.

25° Los Dragones, del mismo modo que el artículo antecedente, con alamares de seda en la chaqueta.

26° Todos los forros de los uniformes serán del color de la vuelta, y cuello, excepto el de plaza, que es como sigue:

27° El uniforme de plaza será casaca azul, vuelta y cuello encarnado, solapa y forro blanco, con una sardineta blanca en el cuello, botón dorado, chupa y pantalón blanco con galón ancho en la manga.

28° La infantería usará botines, y la caballería, bota alta.

29° Se tendrá éste por un reglamento general que se cumplirá inviolablemente en todos los cuerpos del ejército de Venezuela.

Se imprimirá y comunicará a quien corresponda. Dado en el Cuartel General de Caracas, a 17 de octubre de 1813, tercero de la Independencia, y primero de la Guerra a Muerte. Firmado de mi mano, sellado con [el sello] provisional de la República, y refrendado por el Secretario de Guerra.

Simón Bolívar.
Antonio Rafael Mendiri.
(ADL, 1813, d. 450)

Decreto de la institución de la Orden de los Libertadores de Venezuela

SIMÓN BOLÍVAR,
Libertador de Venezuela
y General en Jefe de sus Ejércitos, etc., etc.

La gloria, el móvil de la noble profesión de las armas, es el más poderoso estímulo, para que los hombres arrostren los peligros, olvidándose de sí mismos, por la felicidad de sus conciudadanos. Sólo los honores tributados a los talentos y virtudes militares, puede ser una digna recompensa de los heroicos sacrificios que hacen los defensores de la patria, pero éstos perderían sus atractivos para las almas grandes, si no fueran el testimonio de servicios hechos por la libertad y la justicia, combatiendo a los opresores de la humanidad.

Los guerreros ilustres han sido en todos tiempos y en todas las naciones, distinguidos con los primeros honores, y aún se ven hoy día los monumentos elevados en los antiguos pueblos para inmortalizar la memoria de sus libertadores. Así han llegado a la posteridad, y nuestros descendientes clamarían contra nuestra ingratitud, si por distinciones particulares no preserváramos del olvido los nombres de los que han redimido a Venezuela. Al leer la historia de tres siglos de ignominiosas cadenas, y al verse libres de ellas, lamentarían no poder presentar a la memoria de sus Libertadores, un tributo de reconocimiento.

No la vana ambición, no un valor soberbio han puesto en manos de nuestros soldados sus armas vencedoras. El santo amor a la humanidad, el grito de la justicia ofendida, la razón, la naturaleza y la libertad han implorado el socorro de las armas; y las armas libertadoras, guiadas por el Dios de los ejércitos, han triunfado de los tiranos. Títulos de bienhechores, más bien que de guerreros famosos, son los debidos a los que han rescatado a un pueblo oprimido.

Considerando por lo tanto, que el distintivo de Libertador reúne los honores cívicos y triunfales, he venido en instituir la Orden de los Libertadores de Venezuela para condecorar a los militares granadinos y venezolanos que la libertaron, y a los que se hagan acreedores en la presente campaña a la misma condecoración; y al efecto decreto lo siguiente:

1° La venera de la Orden será una estrella de siete radios, símbolo de las siete Provincias que componen la República. En la orla habrá esta inscripción: Libertador de Venezuela, y al reverso el nombre del Libertador. Se llevará al costado izquierdo pendiente de un lazo amarillo.

2° Esta venera es el distintivo de todos aquellos que por una serie de victorias han merecido justamente el renombre de libertadores, y ningún militar podrá obtenerla sin haber vencido tres veces por lo menos.

3° Serán tenidos en la República y por el Gobierno de ella como los bienhechores de la Patria; llevarán el título de beneméritos; tendrán siempre un derecho incontestable a militar bajo las banderas nacionales; en concurrencia con personas de igual mérito obtendrán la preferencia; no podrán ser suspendidos, y mucho menos despojados de sus empleos, grados y venera, sin un convencimiento de traición a la República, o algún acto de cobardía o deshonor.

4° Habrá un Gran Maestre y seis colegas de los más antiguos de la Orden, que se reunirán para formar la constitución de ella, implorando antes el auxilio divino; y todos los años en el mismo día se celebrará una solemnidad eclesiástica en acción de gracias al Ser Supremo. Este mismo Consejo juzgará del mérito de los militares a quienes deba hacerse el honor de admitir en ella, o el deshonor de expulsarse; y las ceremonias de admisión y expulsión se harán pública y solemnemente, y con toda la pompa necesaria en la morada del Gran Maestre.

5° Se expedirá a cada uno de los condecorados una patente firmada del Gran Maestre, y esta institución de la Orden. Se llevara por el Secretario de ella un registro, que será el protocolo de los libertadores de Venezuela, y de las grandes acciones que los hayan hecho acreedores a esta distinción.

Se imprimirá, y distribuirá a quien corresponda.

Dado en el Cuartel General de Caracas, a 22 de octubre de 1813, 3° y 1°, firmado de mi mano, sellado con el sello provisional de la República, y refrendado por el Secretario de Guerra.

Simón Bolívar.
Antonio Rafael Mendiri.
Secretario Interino de Guerra.
(ADL, 1813, d. 462)

Bibliografía

Fuentes documentales
Archivo General de la Nación (AGN)
Archivo del Libertador (ADL)

Fuentes bibliográficas

Austria, José. *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, t. II, n.° 30, 1960.

Autores y Temas Merideños. "La Campaña Admirable". Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Merideños, n.° 4, 1965.

Belaúnde, Víctor Andrés. *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana.* Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.

Bencomo Barrios, Héctor. *Bolívar ante la política*. Caracas: Archivo General de la Nación, 2010.

Blanco Fombona, Rufino. *Mocedades de Bolívar*. Caracas: El Centauro ed., 2007, p. 43.

Brewer-Carías, Allan R. *Documentos constitucionales de la Independencia*. Caracas: Editorial Jurídica Venezolana, 2012.

Brewer-Carías, Allan R. *Los inicios del proceso constituyente hispano y americano.* Caracas: Bid & co. Editor, 2011.

Brice, Ángel Francisco. *Bolívar, Libertador y estadista*. Madrid: Universidad del Zulia, 1968.

Bolívar, Simón. *Obras completas*. Caracas: Lisama, vol. I. s/f.

Castillo Lara, Guillermo. *Bolívar, Pasión de Libertad*. Caracas: Diario La Verdad, 1972.

Castillo Lara, Lucas Guillermo. *Sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar 1830-1980*. Mérida: Imprenta Oficial de Mérida, 1981.

Cardoza Sáez, Ebert Roberto. *Milicias, conflictividad social y reforma militar en la región andina venezolana 1781-1810* [Tesis doctoral no publicada]. Universidad Central de Venezuela, 2012.

Cardozo Uzcátegui, Alejandro. *El año velado de Simón Bolívar. Bilbao 1801-1802*. Bilbao: Simón Bolívar Museoa, 2010.

Cardozo Uzcátegui, Alejandro y Buttó, Luis Alberto [Dirs.]. "Imaginario, símbolos y cultura política de lo cívico-militar: desde la colonia hasta la fundación de la patria: 1769-1830", en *El Incesto Republicano, relaciones civiles y militares en Venezuela 1812-2012*. Caracas: Editorial Buenos Aires, 2013.

Chalbaud Cardona, Esteban. *Nuestra Segunda República*. Caracas: Congreso de la República / Gobernación de Mérida, 1983.

Cova, J. A. *El Súper Hombre. Vida y obra del Libertador*. Caracas: Distribuidora Escolar S.A., s/f. p. 84.

Díaz, José Domingo. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas.* Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, n.° 9, 2012.

Donís Ríos, Manuel Alberto. *Historia territorial y cartografía histórica venezolana.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 2010.

Duarte, Carlos. *Testimonios de la visita de los oficiales franceses a Venezuela en 1783.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, n.° 242, 1998.

Falcón, Fernando. *El cadete de los valles de Aragua*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2006.

Febres Cordero, Tulio. *Obras completas*, tomo IV. Mérida (Venezuela): Banco Hipotecario del Occidente, 1991.

García Ponce, Guillermo. *Bolívar y las armas en la guerra de Independencia*. Caracas: Publicaciones Monfort, C.A, 2002.

Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*, t. III. México: Ediciones Era S.A., 1984.

Grases, Pedro (Compilador y prólogo). *Pensamiento político de la emancipación venezolana.* Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, n.° 133, 1988.

Herrera Vaillant, Antonio. *Bolívar empresario*. Caracas: Planeta Venezolana, S.A., 2014.

Herrera-Vaillant, Antonio. *El nudo deshecho: compendio genealógico del Libertador*. Caracas: Gráficas Lauki, C.A., 2010.

Iribarren Celis, Lino. *La Campaña Admirable*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963.

Irwin, Domingo e Ingrid Micett. *Caudillos militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2008.

Laffin, John. *Grandes batallas de la historia*. Buenos Aires: Editorial el Ateneo, 2012.

Langue, Frédérique. *Aristócratas, honor y subversión en la Venezuela del siglo XVIII*. Caracas: Academia de la Historia, 2000.

Lecuna, Vicente. Bolívar. *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, tomo I. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.

Lecuna, Vicente. *Bolívar y el arte militar*. Nueva York: The Colonial Press INC, 1955.

Lecuna, Vicente. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Nueva York: The Colonial Book, 1960.

Liendo, Carmen Brunilde. *El Cuartel San Carlos y el Ejército de Caracas 1771-1884*. Caracas, 2001.

Liévano Aguirre, Indalecio. *Bolívar*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2011.

López Contreras, Eleazar. *Bolívar conductor de tropas*. Caracas: Biblioteca de Historia del Ejército, Colección Carabobo, 1971.

Maquiavelo, Nicolás. *El arte de la guerra*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 2007.

Mago de Chópite, Lila. *El Cabildo de Caracas durante el período de los Borbones. Cartas del Cabildo de Caracas 1741-1821*. Caracas: Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 2012.

Mijares, Augusto. *El Libertador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.

Montaña, Andrés (Comp.). *Santander y los ejércitos patriotas 1811-1819*, tomo II. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1989.

Moreno Olmedo, Alejandro. *Pastor celestial, rebaño terrenal, lobo infernal. Expediente a don Juan Vicente de Bolívar*. Caracas: Bid & co. Editor, 2006.

Niño, Rómulo. *Alfa y eclipse del Genio*. Caracas: Editorial Senda-Ávila, 1966.

Nucete, Pérez e Iribarren C., Lino. *La Campaña Libertadora de 1819*, t. I. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1969.

O´Leary, Daniel Florencio. *Memorias del general O´Leary*, tomo XIII, Barcelona-España: Ministerio de la Defensa de Venezuela, 1981.

Organización Militar para la Defensa y Seguridad de la Provincia de Caracas. En Pedro Grases, *La forja de un ejército, documentos de historia militar 1810-1814.* Caracas: Instituto Nacional de Hipódromos, 1967.

Páez, José Antonio. *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Nueva York: H. R. Elliot & Co., Inc., 1946.

Parra Pérez, Caracciolo. *Bolívar: Contribución al estudio de sus ideas políticas.* Mérida-Venezuela: Talleres Gráficos Universitarios ULA, 1984.

Pérez Arcay, Jacinto. *El fuego sagrado*. Caracas: Imprenta Nacional, 2002.

Pino Iturrieta, Elías. *Simón Bolívar*. Caracas: Editorial Alfa, 2012.

Pérez Vila, Manuel. *La formación intelectual del Libertador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1979.

Perú de Lacroix, Luis María. *El diario de Bucaramanga*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información, 2009.

Picón Salas, Mariano. *Miranda*. Mérida-Venezuela: Ediciones del Instituto Municipal de la Cultura, 2006.

Prieto Figueroa, Luis B. *El magisterio americano de Bolívar*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006.

Ramos Jiménez, Alfredo. *Comprender el Estado. Introducción a la politología*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes, 1999.

Rumazo González, Alfonso. *Simón Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 2006.

Salcedo Bastardo, J. M. *Simón Bolívar, la esperanza del universo*. París (Francia): Unesco, 1983.

Suárez, Santiago Gerardo. *Fortificación y defensa*. Caracas: Italgráfica, S.R.L., 1978.

Suarez, Santiago-Gerardo. *Marina, milicias y ejército en la Colonia*. Caracas: Tipografía Caja de Trabajo Penitenciario, 1971.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*. Versión de Thomas Cleary, 41.ª ed. Madrid: 2012.

Thibaud, Clément. *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá-Lima: Planeta, Institut Français d'Etudes Andines, 2003.

Troconis Porras, Gabriel. *Campaña bolivariana por la libertad*. Caracas: Imprenta Nacional, 1953.

Uslar Pietri, Juan. *Historia de la rebelión popular de 1814*. Caracas-Madrid: Edime, 1962.

Vawel, Richard. *Memorias de un oficial de la Legión Británica*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1974.

Yuchak, Jean Pierre. *El arte de la guerra de Napoleón Bonaparte: los escritos militares del conquistador de Europa*. Buenos Aires: Distal, 2010.

Fuentes electrónicas

Álvarez, Tiberio (2016). "Una Historia de la Reanimación". *Revista Colombiana de Anestesiología*, p. 13. http://www.revcolanestold.com.co/pdf/esp/1989/1989%20Enero%20-%20Marzo%20(simposio%20RCCP%20Medellin%20sep.1988)/mej/Una%20historia%20de%20la%20reanimacion.pdf

Andújar Castillo, Francisco. "La educación de los militares en la España del siglo XVIII". En: *Chronica Nova*. 1991, vol. 19, pp. 31-55. [http://hdl.handle.net/10481/24629]

Blanco Fombona, Rufino, en Sevilla, Rafael. *Memorias de un Oficial del Ejército Español. Campañas contra Bolívar y los separatistas de América*. Madrid: Editorial América, 1916, p. 11. http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/libros/brblaa716372.pdf.

Clausewitz, Karl von. *De la Guerra*. 2002, editorial librodot.com

Libro de Órdenes Generales del Ejército de Operaciones de la Nueva Granada 1819. Bogotá: Edición del Banco Cafetero, 1969. http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/libros/brblaa654373.pdf

Martínez Martín, Abel Fernando; Otálora Cascante, Andrés Ricardo. (2010). "Hambriento un pueblo lucha". La alimentación en los ejércitos del Rey y del Libertador durante la independencia de Colombia (1815-1819): *Historia Crítica*. Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia 41 (mayo-agosto), 86-109. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81114844008

Publicado por el Centro de Estudios Simón Bolívar
en junio de 2023
Caracas, Venezuela

Simón Bolívar, forjador de victorias

Simón Bolívar, forjador de victorias presenta una compilación de investigaciones que Richard Lobo Sivoli ha desarrollado a lo largo de su carrera académica. En el primer capítulo, "La República y los Bolívar", aborda el contexto social y económico en el que se dio la primera fractura del orden monárquico, el 19 de abril de 1810. El segundo capítulo, "De coronel vencido a brigadier victorioso", describe el tránsito entre las gestiones de Bolívar como delegado ante Londres en busca de apoyo para la causa republicana, su relación con Francisco de Miranda hasta sus incursiones armadas de 1812 y 1813. De la Campaña Admirable de 1813 –determinante para recuperar la segunda república y formar una nueva doctrina militar– se ocupa el tercer capítulo. La obra cierra con las implicaciones políticas, estratégicas y militares de la Campaña de la Nueva Granada de 1819. Si bien estos hechos han sido ampliamente estudiados, Lobo Sivoli se concentra en cómo el Libertador pudo superar situaciones adversas hasta expulsar al imperio que había dominado buena parte de América del Sur por trecientos años.

COLECCIÓN BOLÍVAR XXI

Richard José Lobo Sivoli

Licenciado en Historia por la Universidad de Los Andes y en Educación en la Universidad Católica Cecilio Acosta. Maestrías en Historia de Venezuela (ULA) y en Historia Militar (UMV-Iaesen). Doctor en Gestión para la Creación Intelectual por la Universidad Politécnica Territorial de Mérida Kléber Ramírez. Miembro de la Sociedad Divulgadora de la Historia Militar de la República Bolivariana de Venezuela. Es autor de *Bolívar y la Segunda República* (2005), *Bolívar y el Ejército Libertador de Occidente* (2015), *Pisba: ruta Libertadora 1819* (2016), *Hacia la ruta libertadora de Pisba* (2018), *Visión Estratégica del Libertador Simón Bolívar 1813 y 1819* (2021) y *Bolívar, arquitecto de victorias* (2021).




ISBN: 978-980-7975-14-8